



STEPHEN KING

HISTORIAS
FANTÁSTICAS

El maestro del terror vuelve a ofrecer unas páginas electrizantes escritas en su mejor estilo. Siguiendo la tradición de Poe, Stevenson y Lovecraft, King nos abre la puerta de acceso a un mundo de horrores inimaginables. **Stephen King** ha fundido aquí imágenes de terrores ancestrales con la iconografía de la actual sociedad norteamericana. Los relatos incluidos en este libro, originales y trepidantes, han cautivado a millones de lectores en todo el mundo.

Stephen King

Historias fantásticas

Skeleton Crew - 3

ePub r1.1

GONZALEZ 03.03.14

Título original: *Skeleton Crew*
Stephen King, 1985
Traducción: Rosa S. de Naveira

Corrección de erratas: nixkevan
ePub base r1.0



HAY TIGRES

Charles necesitaba desesperadamente ir al lavabo. Era inútil engañarse pensando que podía esperar al recreo. Su vejiga protestaba desesperadamente, y miss Bird le había descubierto retorciéndose.

Había tres profesoras en el tercer curso del colegio de Acorn Street. Miss Kinney era joven, rubia y llena de vivacidad. Mrs. Trask tenía la hechura de un almohadón moruno, se peinaba con trenzas y reía ruidosamente. Y luego estaba miss Bird.

Charles había sabido que acabaría con miss Bird. Era inevitable. Porque estaba claro que miss Bird quería destruirle. No permitía que los niños fueran al sótano. El sótano, explicó miss Bird, era donde se encontraban las calderas de la calefacción, y las señoras y los señores bien educados jamás iban *allí*, porque los sótanos eran lugares decrepitos y llenos de hollín. Los jóvenes y las señoritas, repitió, no bajan al sótano. Van al *cuarto de baño*, dijo.

Charles volvió a retorcerse. Miss Bird le miró.

—Charles —dijo mientras señalaba Bolivia con el puntero—, ¿no necesitas ir al baño?

Cathy Scott, que tenía el pupitre delante de él, rió cubriéndose prudentemente la boca con la mano.

Kenny Griffen hizo una mueca y le dio una patada por debajo del pupitre. Charles se ruborizó.

—Di algo, Charles —insistió miss Bird—. Necesitas... (*dirá orinar, siempre dice orinar*)

—Sí, miss Bird.

—¿Sí qué?

—Que tengo que ir al só... al baño.

Miss Bird sonrió.

—Muy bien, Charles. Puedes ir al baño a orinar. ¿Es eso lo que necesitas hacer? ¿Orinar?

Charles bajó la cabeza abrumado.

—Muy bien, Charles. Ve. Y la próxima vez, por favor, no esperes a que te lo pregunte.

Risitas sofocadas. Miss Bird golpeó su mesa con el puntero.

Charles recorrió el pasillo hasta la puerta, con treinta pares de ojos clavados a su espalda. Cada uno de esos niños, incluida Cathy Scott, sabía que iba al baño a orinar. La puerta estaba a una distancia tan larga como un campo de fútbol. Miss Bird no siguió con la clase, sino que guardó silencio hasta que él hubo abierto la puerta, pasado al vestíbulo milagrosamente vacío, y vuelto a cerrar la puerta.

Anduvo hacia el baño de los chicos...

(*sótano, sótano, sótano, sí QUIERO*)

... arrastrando los dedos a lo largo de la fresca tira de mosaico de la pared, dejándolos tamborilear sobre el tablón de anuncios con los boletines pegados con chinchetas y resbalar sobre la...

(ROMPAN EL CRISTAL EN CASO DE EMERGENCIA).

... superficie roja de la caja de la alarma contra incendios.

Miss Bird disfrutaba haciéndole ruborizarse. Delante de Cathy Scott —que nunca necesitaba ir al sótano, ¿hay derecho?— y de todos los demás.

P-e-r-r-a, pensó. Lo deletreó porque el año pasado había decidido que, si se deletreaba, Dios no lo consideraba pecado.

Entró en el baño de los chicos.

Dentro estaba muy fresco, con un leve y no desagradable olor a cloro. Ahora, a media mañana estaba limpio y desierto, tranquilo y agradable, no como el maloliente y humoso cubículo del Star Theatre en la ciudad.

El baño...

(*¡sótano!*)

... estaba construido como una L, la pata corta con una hilera de pequeños espejos cuadrados sobre palanganas de porcelana y un rollo de toallas de papel...

(NIBROC).

... y la pata más larga con dos urinarios y tres cubículos con sus tazas.

Charles enfiló la esquina después de contemplar, aburrido, su rostro delgado y pálido en uno de los espejos.

El tigre estaba echado al fondo, exactamente debajo del ventanuco blanco. Era un gran tigre, con rayas y manchas oscuras en su piel. Levantó la cabeza vivamente para mirar a Charles y sus ojos verdes se estrecharon. Una especie de gruñido, suave como un ronroneo, escapó de su boca. Los ágiles músculos se flexionaron y el tigre se levantó. Agitó la cola y golpeó contra los lados de porcelana del último urinario.

El felino parecía muy hambriento y agresivo.

Charles salió precipitadamente por donde había entrado. La puerta pareció tardar años en cerrarse, neumáticamente, tras él, pero cuando lo hizo se consideró a salvo. No recordaba haber leído u oído que los tigres supieran abrir puertas.

Charles se secó la nariz con el dorso de la mano. Su corazón palpitaba desbocadamente. Seguía necesitando ir al sótano, más que nunca.

Se revolvió y apretó la mano contra el vientre. *Tenía* que ir al sótano. Si pudiera tener la seguridad de que no se acercaría nadie, podría entrar en el de las niñas. Estaba del otro lado del vestíbulo. Charles lo miró anhelante, sabiendo que no se atrevería ni en un millón de años. ¿Y si llegaba Cathy Scott? Oh, horror de los horrores... ¿Y si la que llegaba era miss Bird?

Quizá el tigre habían sido imaginaciones suyas.

Abrió la puerta lo suficiente para mirar por el resquicio.

El tigre le miró a su vez desde el ángulo de la L, con los ojos de un verde resplandeciente. Charles imaginó ver una minúscula manchita azul en aquel brillo profundo, como si el tigre se hubiera comido uno de sus ojos. Como si...

Una mano rodeó su cuello.

Charles lanzó un grito sofocado y sintió que el corazón y el estómago se le anudaban en la garganta. Por un momento tuvo la terrible sensación de que iba a orinarse encima.

Era Kenny Griffin, sonriendo burlonamente.

—Me ha mandado miss Bird porque llevas años sin volver. Prepárate.

—Sí, pero aún no he podido entrar en el baño —dijo Charles medio muerto del susto que le había dado Kenny.

—¡Estás estreñado! —exclamó Kenny alegremente—. ¡Espera a que se lo cuente a Cathy!

—¡No se te ocurra! —dijo Charles—. Además, no lo estoy. Ahí dentro hay un tigre.

—¿Y qué está haciendo? —preguntó Kenny—. ¿Pis?

—No lo sé —murmuró Charles mirando a la pared—. Yo sólo quiero que se vaya. —Y se echó a llorar.

—Eh —dijo Kenny, desconcertado—. ¿Qué te ocurre?

—*Tengo* que ir al lavabo. Pero no puedo entrar ahí... Miss Bird dirá que...

—Vamos —insistió Kenny, cogiéndole del brazo con una mano y empujando la puerta con la otra—. Te lo estás inventando.

Estuvieron dentro antes de que Charles, aterrorizado, pudiera zafarse y retroceder.

—¡Un tigre! —se burló Kenny—. Chico, miss Bird te matará.

—Está del otro lado.

Kenny empezó a avanzar junto a las palanganas:

—Gatito, gatito... ¡Gatito!

—¡No lo hagas! —chilló Charles.

Kenny desapareció tras la esquina.

—Gatito, gatito... Gat...

Charles salió disparado por la puerta y se apoyó contra la pared, esperando, cubriéndose la boca con las manos, y los ojos cerrados con fuerza.

No se oyó ningún grito.

No sabía cuánto tiempo permaneció allí, paralizado, con la vejiga a punto de reventar. Contemplaba la puerta del lavabo de chicos. Pero no le decía nada. Era sólo una puerta.

No iría.

No *podría*.

Pero al fin entró.

Las palanganas y los espejos seguían ordenados, y el vago olor a cloro persistía. Pero ahora parecía que había otro olor por debajo de aquél, un olor vagamente desagradable, como de cobre.

Con gemidos de impaciencia pero silenciosos se acercó al ángulo de la L y miró.

El tigre estaba echado en el suelo, lamiendo sus patas con una enorme lengua rosa. Miró a Charles con indiferencia. En una de sus garras había un trozo de camisa.

Pero la necesidad era ya pura agonía, y no podía esperar un segundo más. Tenía que orinar. Se acercó de puntillas a la palangana más cercana a la puerta.

Miss Bird entró como un vendaval cuando él ya se abrochaba los pantalones.

—¡Vaya, niño repugnante! —le increpó.

Charles, asustado, no dejaba de mirar la esquina.

—Lo siento, miss Bird... el tigre... voy a limpiar la palangana... lo haré con jabón... le aseguro que lo haré...

—¿Dónde está Kenneth? —preguntó miss Bird con calma.

—No lo sé. —Era verdad.

—¿Está ahí dentro?

—¡No! —gritó Charles.

Miss Bird se acercó a la esquina.

—Ven aquí, Kenneth. Ahora mismo.

—Miss Bird...

Pero ella ya había desaparecido tras la esquina. Iba dispuesta a atacar, pensó Charles, pero iba a descubrir lo que era un ataque de verdad.

Volvió a salir por la puerta. Bebió agua en la fuente de la entrada. Miró la bandera norteamericana colgada sobre la entrada del gimnasio. Miró el tablón de anuncios. *Mochuelo del Bosque* avisaba: GRITAD, PERO NO CONTAMINÉIS. *Buen Amigo* aconsejaba: NO OS VAYÁIS CON DESCONOCIDOS. Charles lo leyó todo dos veces.

Después volvió a la clase, recorrió el pasillo hasta su sitio con la mirada en el suelo, y se deslizó en su asiento. Eran las once menos cuarto. Sacó *Caminos a todas partes* y se puso a leer la lección «Bill en el Rodeo».

APARECIÓ CAÍN

Garrish salió del resplandeciente sol de mayo y pasó al frescor del vestíbulo. Le costó un poco enfocar la vista y en un primer momento Harry el Castor no fue más que una voz incorpórea saliendo de las sombras.

—Era una zorra, ¿verdad? —preguntó Castor—. ¿Verdad que era una zorra?

—Sí —contestó Garrish—. Fue difícil.

Ahora pudo fijar sus ojos en Castor. Se estaba frotando los granos de la frente y le sudaban las orejas. Llevaba sandalias y una camiseta con el número 69 y una chapa en la parte delantera que ponía: «Bienvenido es un perverso». Los enormes dientes delanteros de Castor se distinguían en la oscuridad.

—Iba a dejarlo en enero —explicó Castor—. Me lo repetí una y otra vez mientras todavía tenía tiempo. Pero pasaron las recuperaciones y ya fue cuestión de volver a intentarlo o dejar el curso incompleto. Creo que he suspendido, Curt. Estoy seguro.

La gobernanta estaba en la esquina, junto a los buzones. Era una mujer muy alta que se parecía vagamente a Rodolfo Valentino. Estaba intentando ajustarse un tirante del sostén por el sobaco sudado de su traje con una mano, mientras con la otra ponía una chincheta a una hoja de salida de dormitorio.

—Muy difícil —repitió Garrish.

—Quise copiar algo de ti, pero no me atreví, aquel tío tiene ojos de águila. ¿Crees que sacaste un diez?

—A lo mejor he suspendido —dijo Garrish.

—¿Crees que *tú* suspendiste? —exclamó el Castor—. Crees que...

—Voy a ducharme, ¿vale?

—Claro, Curt. ¿Fue éste tu último examen?

—Sí. Lo fue.

Garrish cruzó el vestíbulo, empujó la puerta y empezó a subir por la escalera. El hueco olía a sudor rancio. Siempre la dichosa escalera. Su habitación estaba en el quinto piso.

Quinn y aquel otro idiota del tercero, el de las piernas peludas, le adelantaron

lanzándose una pelotita. Un pequeño, con gafas de montura de concha y un incipiente principio de barba, le cruzó entre el cuarto y el quinto, con un libro de aritmética apretado contra su pecho como si fuera la Biblia, y desgranando un rosario de logaritmos. Tenía los ojos tan vacíos como pizarras.

Garrish se detuvo para mirarle, preguntándose si no estaría mejor muerto, pero el pequeño ya sólo era una sombra móvil en la pared. Volvió a verle una vez más y luego desapareció del todo. Garrish llegó al quinto y anduvo hasta su habitación. Pig Pen se había marchado hacía dos días. Cuatro finales en tres días y adiós muy buenas. Pig Pen sabía arreglar sus cosas. Había dejado únicamente sus cromos en la pared, dos calcetines sucios y una parodia, en cerámica, del *Pensador* de Rodin sentado en la taza de un retrete.

Garrish metió la llave en la cerradura.

—¡Curt! ¡Eh, Curt!

Rollins, el imbécil encargado del piso, que había enviado a Jimmy Brody a ver al decano porque había bebido, se acercaba por el corredor, haciéndole señas con la mano. Era alto, bien plantado, con el cabello cortado a cepillo, simétrico en todo. Parecía barnizado.

—¿Has terminado todo? —preguntó Rollins.

—Sí.

—No te olvides de barrer tu habitación y llenar la hoja de incidencias, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Pasé una hoja de incidencias por debajo de tu puerta el otro día, ¿verdad?

—Sí.

—Si no me encuentras en mi habitación, echa la hoja por debajo de la puerta, y la llave también.

—Está bien.

Rollins le cogió la mano y se la sacudió un par de veces, rápidamente. La mano de Rollins estaba seca y rasposa. Estrecharla era como estrechar un puñado de sal.

—Que tengas un buen verano.

—Gracias.

—No trabajes demasiado.

—No.

—Úsalo, pero no abuses.

—Sí y no.

Rollins pareció desconcertado, pero se echó a reír y dijo:

—Cuídate.

Le dio una palmada en el hombro y se volvió, parándose una vez para advertir a Ron Frane que apagara el estéreo. Garrish imaginó a Rollins muerto en una cuneta con los ojos llenos de gusanos. A Rollins no le importaría. A los gusanos tampoco. O te comías el mundo o el mundo te comía a ti, y estaba bien de ambos modos.

Garrish se quedó pensativo viendo alejarse a Rollins hasta que lo perdió de vista; luego entró en su habitación.

Con el desorden ciclónico de Pig Pen desaparecido, la habitación parecía yerma y estéril. De la montaña desordenada que había sido la cama de Pig Pen no quedaba sino el colchón... manchado. Dos portadas de *Playboy* le contemplaban con dos succulentos pechos bidimensionales.

No había mucha diferencia en la parte de habitación correspondiente a Garrish, que siempre estaba perfectamente ordenada al estilo militar. Si dejabas caer una moneda sobre la colcha de la cama de Garrish, rebotaba. Tanto orden había crispado los nervios de Piggy. Se había graduado en inglés y su sintaxis era perfecta. A Garrish le llamaba el encasillado. Lo único que había en la pared sobre la cama de Garrish era un enorme póster de Humphrey Bogart que había comprado en la librería de la facultad. El actor llevaba una pistola automática en cada mano y lucía tirantes. Pig Pen decía que las pistolas y los tirantes eran símbolos de impotencia. Garrish no creía que Bogart hubiera sido impotente, aunque nunca había leído nada sobre él.

Se acercó a su ropero, lo abrió y sacó el gran rifle Magnum 352 de culata de nogal que su padre, un ministro metodista, le había comprado por Navidad. En marzo, él había comprado la mira telescópica.

No debían guardarse armas en la habitación, ni siquiera escopetas de caza, pero no había sido difícil. Lo había sacado la víspera de la consigna de armas de la universidad, con una autorización para retirarlo, falsificada. Lo metió en su funda impermeable y lo escondió en el bosque, detrás del campo de fútbol. Luego, de madrugada, a eso de las tres, salió a buscarlo y lo llevó arriba por los dormidos corredores.

Se sentó en la cama con el rifle sobre las rodillas y sollozó. El *Pensador*, sentado en su taza, le estaba mirando. Garrish dejó el arma sobre la cama, cruzó la estancia y de un manotazo lo hizo caer de la mesa al suelo, donde se hizo añicos. Llamaron a la puerta. Garrish metió el rifle debajo de la cama.

—Entre.

Era Bailey, en calzoncillos. No había futuro para Bailey. Se casaría con una chica estúpida y tendría hijos estúpidos. Después moriría de cáncer o de insuficiencia renal.

—¿Cómo estuvo el final de química, Curt?

—Muy bien.

—Me preguntaba si podrías prestarme tus apuntes. Yo lo tengo mañana.

—Lo siento, pero los quemé con todo lo que no me servía.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lo ha hecho Piggy? —Señaló los restos del *Pensador*.

—Creo que sí.

—¿Por qué lo hizo? A mí me gustaba. Iba a comprárselo.

Bailey tenía facciones como de ratón. Los calzoncillos le colgaban por detrás. Garrish podía ver cómo sería con el tiempo, cómo moriría de enfisema o de algo, metido en una tienda de oxígeno. Tendría un tono amarillento. Yo podría ayudarte, pensó Garrish.

—¿Crees que le importaría si me quedara con sus tetudas?

—Supongo que no.

—Bien. —Bailey cruzó la habitación, eludiendo cuidadosamente con sus pies desnudos los fragmentos de cerámica, y quitó las chinchetas de las portadas de *Playboy*—. Esta fotografía de Bogart es realmente asombrosa —dijo—. ¡Sin tetas, pero...! Oye. —Miró a Garrish para ver si sonreía. Al ver que no lo hacía, le preguntó—: Supongo que no piensas tirarla o algo así, ¿verdad?

—No. Mira, pensaba tomar una ducha, si no te importa.

—Bueno. Que tengas un buen verano, Curt.

—Gracias.

Bailey se dirigió hacia la puerta meneando el fondillo del calzoncillo. Se detuvo y preguntó:

—¿Cuatro puntos este semestre, Curt?

—Como mínimo.

—Enhorabuena. Hasta el curso que viene.

Salió y cerró la puerta. Garrish se quedó sentado en la cama un momento, luego sacó el rifle, lo desmontó y lo limpió. Se acercó el cañón al ojo y contempló el pequeño círculo de luz al otro extremo. El cañón estaba limpio. Volvió a montar el arma.

En el tercer cajón de su escritorio había tres cajas de balas Winchester. Las colocó en el alféizar de la ventana. Cerró con llave la puerta del cuarto y volvió a la ventana. Subió las persianas.

La explanada estaba salpicada de estudiantes que paseaban. Quinn y su amigo idiota estaban jugando con una pelota. Corrían de un lado a otro como hormigas huyendo de un hormiguero aplastado.

—Voy a decirte algo —dijo Garrish a Bogart—: Dios se enfureció con Caín porque éste suponía que Dios era vegetariano. Su hermano lo veía de otro modo.

Dios hizo el mundo a Su imagen, y si no te comes el mundo, el mundo te come a ti. Así que Caín va y le dice a su hermano: «¿Por qué no me lo dijiste?». Y su hermano contesta: «¿Por qué no me escuchaste?». Y Caín dice: «Está bien, ahora te escucho». Así que se carga a su hermano y luego dice: «¡Eh, Dios! ¿Quieres carne? ¡Aquí la tienes! ¿Quieres lomo, chuletas o qué?». Y Dios le dice que se prepare... ¿No es gracioso?

Bogart no contestó.

Garrish abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar, sin dejar que al cañón del rifle le diera el sol. Puso el ojo en la mira.

Lo tenía apuntando al dormitorio de chicas del Carlton Memorial, del otro lado de la explanada. Carlton era popularmente conocido como «la perrera». Situó la cruz de la mira sobre una furgoneta Ford. Una rubia con tejanos y una blusa azul pálido estaba hablando con sus padres, mientras su padre, rubicundo y calvo, cargaba las maletas en el coche.

Alguien llamó a la puerta.

Garrish esperó.

Volvieron a llamar.

—¿Curt? Te daré medio pavo por el póster de Bogart.

Bailey.

Garrish no contestó. La chica y su madre se reían de algo, sin saber que sus intestinos estaban llenos de bacterias que comían y se multiplicaban. El padre se reunió con ellas y se quedaron juntos al sol, un retrato de familia en la cruz de la mira.

—¡Maldita sea! —protestó Bailey, sus pasos se oyeron pasillo abajo.

Garrish apretó el gatillo.

El rifle retrocedió contra su hombro, el retroceso blando y perfecto que recibes cuando has apoyado el arma exactamente en el punto apropiado. La cabeza rubia de la muchacha sonriente se desintegró.

Su madre siguió sonriendo por un instante y luego se llevó la mano a la boca, chillando. Garrish le disparó. Mano y cabeza se desintegraron en un estallido rojo. El padre, que había estado cargando las maletas, echó a correr. Garrish le siguió y le disparó a la espalda.

Levantó la cabeza, abandonando la mira por un momento. Quinn sostenía la pelota y contemplaba los sesos de la chica rubia que habían salpicado el cartel de PROHIBIDO APARCAR que había detrás de su cuerpo tendido. Quinn no se movió. En toda la explanada la gente se había quedado petrificada, como niños jugando a estatuas.

Alguien volvió a llamar a la puerta y sacudió el picaporte. Otra vez Bailey:

—¿Curt? ¿Estás bien, Curt? Creo que alguien ha...

—Muy bien, buen Dios, ¡vamos allá! —exclamó Garrish y disparó a Quinn, pero el tiro salió desviado. Quinn echó a correr. Bien. El segundo disparo le dio en el cuello y le arrojó cinco metros adelante.

—¡Curt Garrish se está matando! —chillaba Bailey—. ¡Rollins! ¡Rollins! ¡Ven, aprisa!

Sus pasos volvieron a perderse por el corredor.

Ahora todos echaban a correr. Garrish oía cómo gritaban, y el apagado rumor de los pies en la explanada.

Miró a Bogart, que empuñaba sus dos pistolas y miraba por encima de él. Contempló los restos esparcidos del *Pensador* de Piggy y se preguntó qué estaría haciendo Piggy hoy; ¿durmiendo, viendo la televisión, disfrutando de un maravilloso ágape?

¡Cómete el mundo, Piggy!, pensó Garrish. ¡Hay que tragarlo de golpe!

—¡Garrish! —Ahora era Rollins el que golpeaba la puerta—. ¡Abre, Garrish!

—Se ha encerrado —jadeó Bailey—. Tenía mala cara, se ha matado, lo sé.

Garrish volvió a sacar el cañón por la ventana. Un muchacho con una camisa a cuadros estaba en cuclillas detrás de un seto, espiando las ventanas de los dormitorios con desesperación. Quería escapar, correr, Garrish lo sabía, pero sus piernas estaban yertas.

—Buen Dios, vamos allá —murmuró Garrish, y empezó a disparar de nuevo.

ZARABANDA NUPCIAL

En 1927 estuvimos tocando jazz en una taberna de Morgan, Illinois, una ciudad a unos cien kilómetros de Chicago. Era una región algo despoblada, no había ninguna otra ciudad grande en un radio de treinta kilómetros. Pero había muchos granjeros que suspiraban por algo más fuerte que una música dulzona y por muchas supuestas bailarinas de jazz que acudían al local. También acudían algunos casados (se les reconoce siempre, amigo, como si llevaran una etiqueta), pues allí nadie les reconocería mientras se daban un garbeo con las chicas.

Esto ocurría cuando el jazz era jazz, no ruido. Formábamos un grupo de cinco: batería, clarinete, trombón, piano y trompeta, y éramos muy buenos. Esto ocurrió tres años antes de que grabáramos nuestro primer disco y cuatro antes del cine sonoro.

Estábamos tocando *Bamboo Bay* cuando entró un individuo muy alto, vestido de blanco y fumando una pipa con más adornos que un cuerno de caza. Nosotros estábamos algo bebidos para entonces, y la gente estaba ciega y armando jaleo, pero sin dar guerra; no habíamos tenido una sola pelea en toda la noche. Todos sudábamos a mares y Tommy Englander, el que llevaba el negocio, seguía mandándonos al escenario un whisky tan suave como la seda. Englander era un buen patrono, y le gustaba la música que hacíamos. Se había ganado mi aprecio.

El tío del traje blanco se sentó en la barra y me olvidé de él. Terminamos la noche con *Aunt Hagar's Blues*, una composición de 16 compases que por entonces se consideraba atrevida, y nos ganamos unos buenos aplausos. Manny lucía una gran sonrisa que le iluminaba el rostro cuando dejó su trompeta y yo le palmeé la espalda al bajar del escenario. Vi a una muchacha de aspecto solitario, con traje de fiesta verde, que no me había quitado los ojos de encima en toda la noche. Era pelirroja, y yo siempre he tenido debilidad por las pelirrojas. Sus ojos y la inclinación de la cabeza eran como una llamada, así que me abrí paso entre la gente para invitarla a beber algo.

Me encontraba a mitad de camino cuando el hombre del traje blanco se plantó delante de mí. Visto de cerca tenía aspecto de tío duro. Se le erizaba el pelo en el

cogote a pesar de que olía como una botella entera de gomina, y tenía esa clase de ojos planos, de extraño brillo, que poseen ciertos peces de aguas profundas.

—Quiero hablar con usted; fuera —me dijo.

La pelirroja apartó la mirada con un mohín de desencanto.

—Más tarde —dije—. Déjeme pasar.

—Me llamo Scollay. Mike Scollay.

Me sonaba el nombre. Mike Scollay era un gángster de poca monta que pagaba su cerveza y sus juergas traficando con alcohol procedente de Canadá. Su ascendencia irlandesa le rezumaba por todos los poros. Su fotografía había aparecido alguna vez en los periódicos; la última, cuando un rival en el negocio del alcohol había tratado de coserle a tiros.

—Se encuentra usted muy lejos de Chicago, amigo —le dije.

—Me he traído algunos acompañantes, no se preocupe. Vamos fuera.

La pelirroja me lanzó otra mirada. Le señalé a Scollay y me encogí de hombros. Arrugó la nariz y me dio la espalda.

—Mire —protesté—. Me ha chafado el plan.

—Nenas como ésa las hay a montones en Chi.

—Yo no quiero un montón.

—Andando.

Le seguí, claro. El aire resultaba fresco, después de la atmósfera cargada de humo del club, perfumado por el aroma dulce de la alfalfa recién cortada. Las estrellas habían salido y brillaban dulcemente. También habían salido los acompañantes, pero su aspecto no tenía nada de dulce, y lo único que brillaba eran sus cigarrillos.

—Tengo un trabajo para usted —dijo Scollay.

—No me diga.

—La paga será de doscientos pavos. Puede repartirla con su banda o quedársela para usted solo.

—¿De qué se trata?

—De música, ¿qué, si no? Mi hermana va a casarse y quiero que usted toque en la boda. Le encanta el jazz. Dos de mis muchachos dicen que lo hace usted muy bien.

Ya les he dicho que trabajar para Englander estaba muy bien. Nos pagaba ochenta dólares por semana. Pero aquel tío me ofrecía más del doble por una sola noche.

—Será el próximo viernes, de cinco a ocho —aclaró Scollay en la sala de Los Hijos de Erin en la calle Grover.

—Es demasiado dinero —dije—. ¿Por qué?

—Por dos razones.

Scollay dio unas chupadas a su pipa, que parecía fuera de lugar en aquella cara. Hubiera debido tener un Lucky Strike, colgando de los labios, o mejor un Sweet Caporal, el cigarrillo de los vagos. Aquella pipa le hacía parecer triste y patético.

—Por dos razones —repitió—. Tal vez ha oído decir que el Griego intentó liquidarme.

—Vi su fotografía en el periódico. Usted era el hombre que se arrastraba por la acera.

—Muy listo —masculló—. Soy demasiado grande para él. El Griego se está haciendo viejo. Debería regresar a su tierra a cultivar olivos y contemplar el Pacífico.

—Me parece que es el Egeo —le corregí.

—Me importa una mierda incluso si es el lago Hurón. El caso es que no quiere envejecer. Sigue queriendo liquidarme. Pero no sabe lo que se le viene encima, ni viéndolo.

—Y eso es usted.

—Es usted un jodido listillo de primera clase.

—En otras palabras, me va a pagar doscientos pavos porque nuestra última pieza podría tocarse con acompañamiento de ametralladora.

La ira iluminó su rostro, pero había algo más. No supe entonces qué era, pero ahora lo sé: era tristeza.

—Bien, tío listo, tengo la mejor protección que se puede conseguir con dinero. Si algún gracioso intenta meter las narices por allá, no tendrá la oportunidad de contarlos.

—¿Y la segunda razón?

—Mi hermana se casa con un italiano —musitó.

—Tan buen católico como usted —repuse.

Apareció la ira de nuevo, incandescente, y por un minuto creí haber ido demasiado lejos.

—¡Soy un buen irlandés! ¡De vieja raíz irlandesa, tío listo, y mejor que no lo olvide! —Y añadió, tan bajo que casi no pude oírle—: Aunque he perdido la mayor parte del cabello, lo tenía rojo.

Intenté decir algo, pero no me dio la oportunidad. Me hizo girar y me acercó su cara tanto que nuestras narices casi se tocaban. Jamás había visto tanta rabia y determinación en la cara de un hombre. Hoy en día ya no se ve tal expresión en un rostro blanco, como se siente uno cuando le hieren y humillan. Todo ese orgullo y todo ese odio. Pero lo vi en su rostro aquella noche y supe que si decía otra frase

chistosa podía darme por muerto.

—Mi hermana es gorda —murmuró, y su aliento olía a menta—. Mucha gente se ha burlado de mí a mis espaldas. Pero no lo hacen cuando puedo verles. Le diré una cosa, señor músico: quizá ese hombre sea el único que lo consiguió. Pero usted no va a reírse de mí, ni de ella ni del italiano. Porque usted va a tocar, y a tocar muy fuerte. Nadie va a reírse de mi hermana.

—Nunca nos reímos cuando tocamos... No podríamos soplar.

Mi respuesta alivió la tensión. Él prorrumpió en una risa seca, como un ladrido, y dijo:

—Bueno, preséntese allí a las cinco, dispuesto a tocar. Los Hijos de Erin, en la calle Grover. También les pagaré los gastos de viaje, ida y vuelta.

Me vi obligado a cerrar el trato, sin tiempo de consultarlo con los demás músicos. A continuación se dirigió a su cupé Packard mientras uno de los acompañantes le mantenía abierta la portezuela.

Se marcharon. Permanecí fuera un rato más y fumé un cigarrillo. La noche era agradable y suave, y por un momento Scollay me pareció la criatura de un sueño. Estaba pensando en sacar la tarima al aparcamiento para tocar allá, cuando Biff apoyó una mano en mi hombro.

—Ya es hora —me dijo.

—Bien.

Volvimos dentro. La pelirroja había cazado a un marinero entrecano que parecía doblarle la edad. Ignoro lo que un miembro de la armada estaba haciendo en Illinois, pero allá ella sí tenía tan mal gusto. No me sentía bien, el whisky se me había subido a la cabeza y Scollay me parecía más real allí dentro, donde las emanaciones de lo que él y los de su calaña vendían eran bastante sólidas para flotar encima de ellas.

—Nos han pedido *Camptown Races* —dijo Charlie.

—Olvídalo —repliqué—. No tocamos esa música negra hasta pasada la medianoche.

Pude ver a Billy Boy, sentado al piano, crispase fugazmente. Me hubiera dado un puñetazo de buena gana pero, maldita sea, un hombre no puede cambiar su ritmo, su vocabulario, de la noche a la mañana, o en un año, o quizá incluso en diez. En aquellos días, negro era una palabra que odiaba y que sin embargo decía continuamente. Me acerqué a él:

—Lo siento Bill... esta noche estoy gilipollas.

—Claro —respondió, pero sus ojos miraron por encima de mi hombro y comprendí que no aceptaba mis excusas. Mal asunto, pero les diré lo que era mucho peor: saber que le había decepcionado.

Les hablé de la propuesta de Scollay en el siguiente descanso, siendo sincero con ellos respecto al dinero y les dije que Scollay era un gángster de medio pelo (aunque no les conté sobre el otro que iba tras él). También les dije que su hermana era gorda y que Scollay era muy sensible en ese aspecto. Que cualquiera que hiciera bromas sobre ballenas en tierra podía terminar como un colador.

Mientras hablaba no perdía de vista a Billy Boy Williams, pero no pude leer nada en aquella cara de gato. Habría sido más fácil intentar descubrir lo que pensaba una nuez leyéndole las arrugas de la cáscara. Billy Boy era el mejor pianista que habíamos tenido y lamentábamos los disgustos que sufría cuando viajábamos de un lugar para otro. Lo peor, naturalmente, era el Sur, pero tampoco lo pasaba muy bien en el Norte. ¿Y qué podía hacer yo? Pues nada. En aquellos días uno tenía que vivir con toda esa basura racial.

Llegamos a la sala de Los Hijos de Erin el viernes a las cuatro, una hora antes. Viajamos en un camioncillo Ford que Biff y Manny y yo habíamos acondicionado. La parte de atrás estaba cubierta por una lona y dentro llevábamos dos literas atornilladas al suelo. Incluso llevábamos un hornillo eléctrico, enchufado a la batería, y el nombre del grupo pintado a ambos lados.

El día era perfecto, como hecho a medida, si alguna vez ha habido uno, con nubecillas de verano blancas proyectando sombras sobre los campos. Pero en la ciudad hacía calor y estaba sucia, llena del ajetreo que uno acaba olvidando cuando se vive en un lugar como Morgan. Para cuando aterrizamos en la sala, la ropa se me pegaba al cuerpo y necesitaba repostar en la barra de algún bar. Me hubiera sentado bien un trago del elixir de Tommy Englander.

Los Hijos de Erin era un gran edificio de madera perteneciente a la iglesia donde la hermana de Scollay iba a casarse. Ya saben el tipo de lugar, si han hecho la comunión: reuniones de jubilados los martes, bingo los miércoles y una fiesta para niños los sábados.

Emprendimos la marcha llevando cada uno su instrumento y parte de los componentes de la batería de Biff. Una señora delgada, sin delantera aparente, por decirlo de algún modo, dirigía el tráfico en el interior. Dos hombres sudorosos colgaban guirnaldas de papel. Había una tarima para la banda en la parte delantera de la sala y por encima una bandera y un par de enormes campanas de papel rosa. Las letras doradas de la bandera auguraban LO MEJOR PARA MAUREEN Y RICO.

Maureen y Rico. Pobre Scollay. Sin duda lo estaba pasando muy mal.

La señora delgada se acercó a nosotros. Como parecía tener mucho que decir, me adelanté anunciando:

—Somos los músicos.

—¿Los músicos? —Miró con recelo los instrumentos—. Oh, esperaba que fueran los de la comida.

Sonreí como si los proveedores de comida llegaran siempre con timbales y trombones.

—Bien... —empezó, pero justo en aquel momento nos interrumpió un joven de unos veinte años. Le colgaba un cigarrillo de la comisura de los labios pero, por lo que pude ver, aquello no mejoraba su imagen y en cambio le hacía llorar el ojo izquierdo.

—Abran esta mierda —ordenó.

Charlie y Biff me miraron. Me encogí de hombros. Abrimos nuestros estuches y él examinó los instrumentos. Viendo que no había nada que pudiese cargarse y disparar, se volvió a su rincón y se sentó en una silla plegable.

—Pueden montar sus cosas cuando quieran —prosiguió la señora delgada como si nunca la hubieran interrumpido—. Hay un piano en la otra habitación. Haré que lo traigan aquí tan pronto como terminen de colocar las decoraciones.

Biff empezó a arrastrar sus tambores hasta el pequeño escenario.

—Yo creí que eran los proveedores —repitió la mujer con desconsuelo—. El señor Scollay encargó un pastel de bodas y hay unos entrantes, y carne de buey y...

—Ya llegarán, señora —le dije—. No se preocupe.

—... y costillas de cerdo y un cordero y el señor Scollay se pondrá *furioso* si... —Vio a un hombre encendiendo un cigarrillo precisamente debajo de una guirnalda de papel y le gritó—: ¡¡Henry!! —El hombre dio un respingo como si le hubieran disparado. Yo subí a la tarima.

A las cinco menos cuarto estábamos listos. Charlie, el del trombón, practicaba en sordina y Biff se desentumecía las muñecas. Los proveedores habían llegado a las cuatro y media y miss Gibson (así se llamaba la mujer; su negocio era ese tipo de fiestas) casi se les echó al cuello.

Habían montado cuatro mesas largas, cubiertas de manteles blancos, y cuatro mujeres negras con cofia y delantales blancos ponían platos y cubiertos. El pastel fue colocado en el centro de la sala para que todo el mundo pudiera verlo y admirarlo. Tenía seis pisos de altura y arriba habían colocado una parejita de

novios.

Salí a la calle para fumar un cigarrillo y a mitad de camino les oí llegar con gran estrépito. Me quedé donde estaba hasta que vi el primer coche dar la vuelta a la esquina más cercana a la iglesia; entonces desistí de fumar y entré.

—Ya vienen —dije a miss Gibson.

Palideció y casi se tambaleó sobre sus tacones. He aquí una mujer que debió haber elegido otra profesión... decoradora, quizá, o bibliotecaria.

—¡El zumo de tomate! —chilló—. ¡Traigan el zumo de tomate!

Volví junto al grupo y nos preparamos. Habíamos tocado en celebraciones como ésa —¿quién no?—, y cuando se abrieron las puertas atacamos una interpretación sincopada de la *Marcha Nupcial*, que yo mismo había arreglado. Todo el mundo aplaudía y gritaba y silbaba, luego empezaron a hablar entre ellos. Pero por la forma en que algunos movían los pies mientras hablaban, pensé que iba siendo hora. Empezamos. Me dije que iba a ser una buena fiesta. Sé todo lo que se dice de los irlandeses, y la mayor parte es verdad, pero que me aspen si no lo pasan en grande una vez se han decidido a hacerlo.

De todos modos, tengo que reconocer que por poco lo estropeo todo cuando el novio y la ruborosa novia entraron. Scollay, vestido de chaqué, me fulminó con la mirada y no crean que no lo advertí. Logré mantener un rostro impasible, y el resto del grupo también... ninguno desafinó. Fue una suerte para nosotros. Al parecer todos los invitados eran los guardaespaldas de Scollay y sus mujeres, y ya habían sufrido la primera impresión. Tenía que ser así si antes habían estado en la iglesia.

Ya habrán oído hablar de Jack Sprat y su mujer. Bien, pues esto era cien veces peor. La hermana de Scollay tenía el mismo pelo rojo que él estaba perdiendo, y lo tenía largo y rizado. Pero no era aquel bonito color cobrizo que a lo mejor imaginan. No, éste era rojo de la región de Cork... brillante como una zanahoria y rizado como los muelles de una cama. Su tez era blanca pero estaba cubierta de pecas. Y ¿no había dicho Scollay que era gorda? Vaya si lo era. Parecía un hipopótamo... ciento cincuenta kilos como mínimo. Y estaban todos en el pecho, las caderas y los muslos, como suele ocurrir con las gordas, haciendo que lo que debía ser sensual fuera grotesco y terrorífico a la vez. Algunas gorditas tienen caras patéticamente bonitas, pero la hermana de Scollay ni siquiera había sido agraciada con eso. Sus ojos estaban demasiado juntos, su boca era demasiado grande y las orejas parecían abanicos. Además, claro, estaban las pecas. Incluso delgada, hubiera sido lo bastante fea para parar un reloj... demonios, todo un escaparate de relojes.

Esto, por sí solo, no hubiera hecho reír a nadie, a menos que fuera estúpido y

de naturaleza malvada. Era cuando se añadía el novio, Rico, cuando uno deseaba reír hasta llorar. Podía haberse puesto una chistera y así todo no le hubiese llegado al hombro. Debía de pesar cuarenta kilos. Era delgado como un riel y su tez, olivácea oscura. Cuando sonreía nervioso, sus dientes parecían una valla de los suburbios.

Seguimos tocando.

Scollay rugió:

—¡Vivan los novios! ¡Que Dios les dé toda la felicidad del mundo!

«Y si Dios no se las da —anunciaba su expresión feroz—, más os vale dársela vosotros... por lo menos hoy».

Todo el mundo gritó y aplaudió. Terminamos nuestro número con un floreo que recogió entusiastas aplausos. Maureen, la hermana de Scollay, sonrió. Dios, qué inmensa era su boca. Rico reía como un bobalicón.

De momento, todo el mundo hablaba, comía canapés y bebía el mejor whisky de Scollay. Yo había bebido ya tres, entre tema y tema, y dejaba en la sombra al de Tommy Englander.

Scollay pareció también más feliz... un poco, por lo menos.

Se acercó a la tarima y nos dijo:

—Tocáis muy bien.

Viniendo de un amante de la música como él, supuse que era un verdadero cumplido.

Antes de que todos se sentaran a la mesa, Maureen se acercó personalmente. Vista de cerca aún era más fea y su traje blanco (debía de haber suficiente raso blanco alrededor de aquella mole para cubrir tres camas) no la ayudaba nada. Nos preguntó si podíamos tocar *Rosas de Picardía*, de Red Nichols y sus Five Pennies, porque, nos dijo, era su canción favorita. Fea y gorda sí era, pero no tonta como algunas de las que habían venido a pedirnos temas. La tocamos, pero no muy bien. De todas formas nos dedicó una dulce sonrisa que casi la hacía bonita, y aplaudió cuando terminamos.

Se sentaron a comer sobre las seis y media y las camareras de miss Gibson les fueron sirviendo. Se abalanzaron sobre los platos como una manada de animales famélicos, lo que no sorprendía demasiado, y siguieron ingiriendo aquel whisky de alto octanaje todo el tiempo. Yo no pude evitar espiar cómo comía Maureen. Me esforcé por desviar la mirada, pero mis ojos volvían como para asegurarse de que estaban viendo lo que veían. Los demás también tragaban, pero ella les hacía parecer damas remilgadas en un salón de té. Ya no tenía tiempo ni para dulces sonrisas ni para escuchar *Rosas de Picardía*; podía haberse colocado un letrero delante de ella que rezara: MUJER TRABAJANDO. Aquella mujer no necesitaba

cuchillo ni tenedor, sino una pala mecánica y una excavadora. Era patético contemplarla. Y Rico (solamente se le veía la barbilla sobre la mesa donde se sentaba la novia y un par de ojos castaños tan tímidos como los de un ciervo) le iba pasando platos, sin por ello perder su sonrisa bobalicona.

Descansamos veinte minutos mientras tenía lugar la ceremonia de cortar el pastel y la propia miss Gibson nos sirvió la comida en la cocina. Hacía un calor espantoso porque el fogón estaba encendido y ninguno de nosotros tenía mucha hambre. La fiesta había empezado bien, pero se había torcido. Lo leía en las caras de mis muchachos, y también en la de miss Gibson.

Cuando volvimos al escenario, el beberaje había empezado en serio. Unos individuos con aspecto de duros se paseaban con falsas sonrisas en sus caras o se reunían en los rincones para rellenar hojas de apuestas. Algunas parejas querían bailar charleston, así que tocamos *Aunt Hagar's Blues* (y aquellos memos se lo tragaron), y *I'm Gonna Charleston Back to Charleston* y otros temas por el estilo. Las muchachas se sacudían en la pista, enseñando las medias y chasqueando los dedos junto a la cara y chillando *vi-do-di-oh-du*, una expresión que hasta hoy me produce náuseas. Estaba oscureciendo. Las mosquiteras de algunas ventanas se habían caído y las polillas entraron y revolotearon en bandadas alrededor de las luces. Y como dice la canción, la orquesta siguió tocando. La novia y el novio se mantenían en segundo plano —ninguno de los dos parecía interesado en marcharse—, casi olvidados. Incluso Scollay parecía haberse olvidado de ellos. Estaba bastante bebido.

Serían casi las ocho cuando entró el hombrecito. Lo advertí al momento, porque estaba sobrio y tan asustado como un gato en una perrera. Se acercó a Scollay, que estaba hablando con una muñeca junto al escenario, y le tocó en el hombro. Scollay se volvió y yo oí cada una de las palabras que dijeron. Ojalá no hubiera oído nada.

—¿Quién demonios eres? —ladró Scollay.

—Me llamo Demetrius —dijo el hombrecito—. Demetrius Katzenos. Vengo de parte del Griego.

Todo movimiento cesó en la sala. Se desabrocharon las chaquetas y las manos desaparecieron debajo de las solapas. Manny se puso nervioso. Maldición, yo tampoco me sentía muy tranquilo. Pero seguimos tocando.

—¿De verdad? —respondió Scollay con arrogancia.

—Yo no quería venir, señor Scollay —dijo el hombrecillo—. El Griego tiene a mi mujer. Dice que la matará si no le doy su recado.

—¿Qué recado? —gruñó Scollay, ceñudo.

—Dice... —El pobre hombre esbozó una expresión angustiada. Se le movía la

garganta como si las palabras fueran cosas vivas atrapadas que le estuvieran ahogando—. Dijo que le dijera que su hermana es una cerda gorda. Dice... dice... —Sus ojos enloquecieron al ver la expresión asesina de Scollay. Eché una mirada a Maureen. Parecía como si la hubieran abofeteado. Pero el hombrecillo, a su pesar, prosiguió—: Dice que su hermana tiene escozor. Dice que si una gorda tiene escozor en la espalda, se compra un rascador. Pero si tiene escozor en cierto sitio, se compra un hombre...

Maureen lanzó un grito ahogado y salió corriendo, sollozando. El suelo tembló. Rico corrió tras ella, desconcertado, retorciéndose las manos.

Scollay había enrojecido y sus mejillas estaban realmente moradas. Yo temí que los sesos se le salieran por el oído. Y volví a ver aquella expresión de enloquecida angustia que le había visto aquella noche, delante del local de Englander. Tal vez era un gángster de poca monta, pero le compadecí. Cualquiera lo habría hecho.

Cuando volvió a hablar su voz sonó tranquila... casi bondadosa.

—¿Hay algo más?

El hombrecillo se encogió y, con voz quebrada por el pánico suplicó:

—¡Por favor, no me mate, señor Scollay! Mi mujer... el Griego tiene a mi mujer. Yo no quería decir estas cosas. Pero él tiene a mi esposa...

—No voy a hacerte daño —dijo Scollay con voz aun más serena—. Pero termina de decírmelo todo.

—Dijo que toda la ciudad se está riendo de usted.

Por unos segundos hubo un silencio de muerte. Entonces Scollay elevó los ojos al techo. Le temblaban las manos y las cruzó delante del estómago. Las mantenía tan apretadas que me pareció verle los tendones.

—¡Muy bien! —chilló—. ¡Muy bien!

Se dirigió hacia la puerta. Dos de sus hombres intentaron detenerle, trataron de decirle que aquello era un suicidio, que era lo que precisamente quería el Griego, pero Scollay estaba frenético. Los apartó de un empujón y salió fuera, a la noche veraniega.

En el silencio absoluto que siguió, lo único que pude oír fue la entrecortada respiración del mensajero y, en el fondo del salón, el apagado llanto de la novia.

Entonces, el jovenzuelo que nos había registrado cuando llegamos soltó una maldición y corrió hacia la puerta. Fue el único.

Antes de que pasase por debajo del gran trébol de papel de la entrada, se oyó el rugir de varios motores y el chirriar de frenos y neumáticos. Sonaba como el Memorial Day.

—¡Oh, maldita sea! —chilló el joven desde la entrada—. ¡Es una jodida

encerrona! ¡Agáchese jefe! ¡Agáchese...!

La noche se llenó de ráfagas y disparos. Por un minuto, aquello fue como la Primera Guerra Mundial. Las balas entraban por la puerta del vestíbulo y uno de los globos de luz del techo explotó. Fuera la noche resplandecía con los fuegos artificiales de los Thompson y los Colt. Luego los coches se marcharon. Una de las invitadas a la fiesta se estaba quitando fragmentos de cristal del cabello.

Ahora que había terminado el tiroteo, el resto de los acompañantes se precipitó fuera. La puerta de la cocina se abrió de golpe y Maureen la cruzó corriendo. Toda su gordura se zarandeaba. Su cara estaba más hinchada de lo normal. Rico fue tras ella como un sirviente desconcertado.

Miss Gibson permaneció en la sala vacía, con los ojos como platos, impresionada. El hombrecillo que había empezado todo aquel jaleo se había esfumado.

—¿Fue un tiroteo? —murmuró miss Gibson—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que el Griego acaba de freír al irlandés —dijo Biff.

Me miró, asombrada, pero antes de que pudiera traducir, Billy Boy dijo con su voz dulce y correcta:

—Quiere decir que han liquidado al señor Scollay, miss Gibson.

La mujer se quedó mirándome, con los ojos cada vez más abiertos, y de pronto se desmayó. Yo también me sentí dispuesto a imitarla.

Precisamente entonces, desde fuera llegó el grito más angustiado que jamás oí. Aquel espantoso aullido parecía que no iba a acabar nunca. No había que asomarse a la puerta para saber quién estaba desgañitándose en la calle, llorando sobre el cadáver de su hermano mientras los polis y los periodistas seguramente ya estaban de camino.

—Esfumémonos —dije.

Antes de que pasaran cinco minutos lo habíamos recogido todo. Algunos matones volvieron a entrar, pero estaban demasiado borrachos y demasiado asustados para fijarse en nosotros.

Salimos por la parte de atrás, llevando cada uno parte de la batería de Biff. ¡Vaya espectáculo debimos dar yendo calle arriba! Yo abría la marcha con el estuche de mi trompeta bajo el brazo y un tambor en cada mano. Los muchachos esperaron en la esquina mientras yo iba en busca del camioncillo. La poli no había llegado aún. La pobre gorda estaba agachada junto al cuerpo de su hermano, en mitad de la calle, gimiendo como un alma en pena irlandesa, mientras su escuálido marido giraba alrededor como una luna en órbita de un gran planeta.

Llevé el vehículo a la esquina y los muchachos lo echaron todo dentro apresuradamente. Luego pusimos pies en polvorosa. Hicimos una media de

setenta kilómetros por hora, de regreso a Morgan, por caminos vecinales y secundarios. Por lo demás, o bien los hombres de Scollay no pensaron en denunciarnos a la policía, o a la policía no les interesamos, porque nunca tuvimos noticias suyas.

Tampoco cobramos los doscientos dólares.

Diez días después, una chica irlandesa, gordísima, vestida de luto, apareció en el local de Tommy Englander cuando estábamos tocando. El negro le sentaba tan mal como el raso blanco.

Englander debía de saber quién era (su fotografía había aparecido en los periódicos de Chicago, junto a la de Scollay), porque la acompañó personalmente a una mesa e hizo callar a un par de borrachos que se estaban burlando de la pobre Maureen.

Yo lo sentí por ella, lo mismo que compadezco a veces a Billy Boy. No hace falta estar en su lugar para comprenderlos, aunque también creo que uno no puede saber verdaderamente lo que es sentirse objeto del escarnio y la burla constante. Y la había encontrado simpática, por lo poco que hablé con ella.

Cuando llegó el descanso, me acerqué a su mesa.

—Siento lo de su hermano —le dije—. Sé que la quería mucho y...

—Fue como si yo hubiera disparado contra él. —Se miró las manos, y ahora que me fijaba en ellas vi que realmente era lo mejor que tenía, pequeñas y bien formadas—. Todo lo que aquel hombrecillo dijo era verdad.

—Oh, no lo diga —repliqué, pero no supe qué más decirle. Lamenté haberme acercado. Maureen hablaba de una forma muy rara, como una posesa.

—Pero no voy a divorciarme de él —prosiguió—. Antes me mataría y me condenaría al infierno.

—No diga esas cosas —insistí.

—¿Nunca ha querido matarse? —preguntó mirándome exaltada—. ¿No lo ha pensado nunca cuando la gente le trata mal y encima se ríen de usted? ¿O nunca nadie se lo ha hecho? Aunque me lo diga, no le creeré. ¿Sabe lo que se siente cuando uno come y come y se odia por ello, y sigue comiendo? ¿Sabe lo que una siente cuando mata a su propio hermano porque está *gorda*?

La gente se volvía a mirarnos, y los dos borrachos volvieron a reírse.

—Lo siento —murmuró.

Quería decirle que yo también lo sentía. Quería decirle cualquier cosa que la hiciera sentirse mejor... pero no se me ocurrió nada. Sólo le dije:

—He de irme. Tenemos que volver a tocar.

—Ya —musitó con dulzura—. Claro que debe irse... o empezarán a reírse de *usted*. Pero yo venía por... ¿Quiere tocar *Rosas de Picardía*? Lo tocaron muy bien en la fiesta. ¿Quiere hacerlo por mí?

—Por supuesto.

Y lo tocamos. Pero se marchó a mitad del tema, y como era una melodía que desentonaba en el local de Englander, lo dejamos y nos lanzamos a una versión sincopada de *Varsity Drag*. Esto siempre les encanta. Bebí demasiado aquella noche y al acabar me había olvidado de ella. Bueno, casi.

Cuando ya me iba, se me ocurrió lo que debí haberle dicho: que la vida sigue. Eso es lo que debí decirle. Es lo que se dice a alguien cuando se le muere un ser querido. Pero, pensándolo mejor, me alegro de no haberlo hecho. Porque quizá eso era lo que la asustaba.

Naturalmente, ahora todo el mundo conoce a Maureen Romano y a su esposo Rico, que la ha sobrevivido como invitado de los contribuyentes en la Penitenciaría Estatal de Illinois. Se sabe que ella se hizo cargo de la modesta organización mafiosa de Scollay y la transformó en un imperio que rivalizó con el de Capone, que liquidó a otros dos gánsters de la región y absorbió sus operaciones, que mandó traer al Griego ante ella y al parecer le mató metiéndole una cuerda de piano por el ojo izquierdo hasta llegar al cerebro. Rico, el asombrado esposo, fue su primer lugarteniente y responsable de una docena de matanzas.

Fui siguiendo las hazañas de Maureen desde la costa Oeste, donde estábamos grabando unos discos de gran éxito. Pero sin Billy Boy. Él había formado su propio grupo poco después de que dejáramos a Englander, un grupo enteramente negro que tocaban jazz del bueno. Tuvieron mucha suerte y yo me alegré por ellos. Aún recordaba que en muchos lugares no querían contratarnos porque nuestro pianista era un negro.

Pero les estaba hablando de Maureen. Era siempre noticia, y no solamente porque fuera una especie de Ma Baker con cerebro, aunque esto también contaba. Era *terriblemente* gorda y *terriblemente* mala, y los americanos de costa a costa sentían un extraño afecto por ella. Cuando murió, de un colapso cardíaco en 1933, algunos periódicos publicaron que pesaba doscientos cincuenta kilos. Pero yo lo dudo. No creo que nadie pueda ser tan gordo, ¿no creen?

En todo caso, su entierro llenó las primeras páginas, mucho más que el de su hermano, que no pasó de la página cuatro en toda su miserable carrera. Se necesitaron diez hombres para llevar el ataúd. En un periódico publicaron una

fotografía del séquito fúnebre. Era una fotografía horrible; no se podía mirar. Su ataúd era del tamaño de una cámara frigorífica.

Rico no era lo bastante inteligente para llevar solo el negocio y le atraparon por asalto e intento de asesinato al año siguiente.

Nunca he podido olvidarla, ni tampoco la expresión angustiada de Scollay la primera noche en que habló de ella. Pero volviendo la vista atrás, tampoco la compadezco demasiado. Los gordos pueden siempre dejar de comer, pero los muchachos como Billy Boy Williams sólo pueden dejar de respirar. Todavía no veo bien qué pude haber hecho para ayudarles, pero de vez en cuando me remuerde la conciencia. Probablemente será porque he envejecido y no duermo tan bien como antes, cuando era joven. Será esto, ¿no les parece?

¿No les parece?

PARANOIA: UN CANTO

Ya no puedo salir.
Hay un hombre junto a la puerta
con impermeable
fumando un cigarrillo.
Pero
Lo he anotado en mi diario
y las direcciones están todas en una columna
sobre la cama, ensangrentadas por la luz
del letrero del bar vecino.
Él sabe que si muero
(o incluso si desaparezco).
aparece el diario y todo el mundo se entera
que la CIA está en Virginia.
Quinientas etiquetas compradas en
quinientos mostradores de tiendas, todas distintas,
y quinientos cuadernos
con quinientas páginas en cada uno.
Estoy preparado
Puedo verle desde aquí.
Su cigarrillo brilla
por encima del cuello de la gabardina
y por alguna parte hay un hombre en un metro
sentado debajo de un anuncio y pensando en mi nombre.
Los hombres me han sentenciado en cuartos traseros.
Si suena el teléfono sólo hay aliento de muerte.
En el bar, al otro lado de la calle, un revólver
ha cambiado de dueño en el lavabo.
Cada bala lleva mi nombre.
Mi nombre está escrito en viejos ficheros

y buscado en las listas del depósito de cadáveres.
Mi madre ha sido investigada;
gracias a Dios que ha muerto.
Tienen muestras de escritura
y examinan las vueltas de las pes
y las cruces de las tes.
Mi hermano está con ellos, ¿saben?
Su esposa es rusa y él
no deja de pedirme que rellene formularios.
Lo tengo en mi diario.
Escuchen... escuchen escuchen por favor; deben escucharme.
Bajo la lluvia, en la parada del autobús,
negros cuervos con negros paraguas
simulan mirar sus relojes, pero
no está lloviendo. Sus ojos son dólares de plata.
Algunos son eruditos a sueldo del FBI,
la mayoría extranjeros que invaden
nuestras calles. Les engañé
salté del autobús entre la Veinticinco y Lexington
donde un taxista me miró por encima de su periódico.
En la habitación que hay sobre la mía, una vieja
ha montado una succión eléctrica en su suelo.
Se lleva rayos de mi instalación eléctrica
y ahora escribo a oscuras
al resplandor del letrero del bar.
Les digo que lo sé.
Me mandarán un perro con manchas pardas
y una radio de telaraña en el hocico.
Lo ahogué en la fregadera y lo escribí
en la carpeta GAMMA.
Ya he dejado de mirar el buzón.
Las felicitaciones son cartas-bomba.
(¡Aléjate! ¡Maldito seas!
¡Aléjate! ¡Ya conozco a los altos!
¡Les digo que conozco a gente *muy* alta!).
El pequeño restaurante equipado con suelos parlantes
y la camarera dijo que era sal, pero yo conozco el arsénico
cuando me lo ponen delante. Y el gusto amarillo de la mostaza

para encubrir el amargo olor de las almendras.
He visto extrañas luces en el cielo.
Anoche, un hombre oscuro, sin rostro, se arrastró trece kilómetros
de recorrido de cloacas para salir en mi retrete, esperando
oír llamadas telefónicas a través de la endeble madera
con orejas de cromo.
Se lo digo, hombre, *oigo*.
Vi las huellas embarradas de sus manos
sobre la porcelana.
Ya no contesto al teléfono,
¿saben?
Se proponen inundar la tierra con mierda.
Se proponen penetrar a la fuerza.
Tienen médicos que
abogan por extrañas posturas sexuales.
Fabrican laxantes con droga
y supositorios que queman.
Saben cómo apagar el sol
con explosivos.
Yo me envuelvo en hielo... ¿saben?
Evita sus infralances.
Conozco encantamientos y llevo amuletos.
Podéis creer que me teméis, pero podría destruirlos
ahora, en cualquier momento.
En cualquier momento.
En cualquier momento.
¿Quieres un café, mi amor?
¿Les dije que ya no puedo salir?
Hay un hombre junto a la puerta
con un impermeable.

EL ORDENADOR DE LOS DIOSES

A primera vista parecía un ordenador Wang. Tenía un teclado Wang y una carcasa de hardware Wang. Solamente cuando Richard Hagstrom lo miró por segunda vez vio que la carcasa del monitor había sido abierta (y no con cuidado; el trabajo parecía hecho con una sierra casera) para encajar en él una pantalla IBM ligeramente más gruesa. Los disquetes de ese extraño bastardo no eran nada flexibles, sino tan duros como los disparos que Richard había oído de niño.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto? —preguntó Lina, cuando él y el señor Nordhoff lo trasladaron penosamente hasta su despacho. Nordhoff había sido vecino de la familia del hermano de Richard Hagstrom: Roger, Belinda y su hijo Jonathan.

—Una cosa que construyó Jon —explicó Richard—. El señor Nordhoff dice que quería que yo lo tuviera. Parece un ordenador.

—Eso es —dijo Nordhoff. Tenía más de sesenta años y respiraba con dificultad—. Eso mismo fue lo que dijo que era, pobrecillo... ¿Cree que podríamos descansar un momento, señor Hagstrom? Estoy sin aliento.

—No faltaba más —respondió Richard y llamó a su hijo, Seth, que estaba rasgueando acordes disonantes en su guitarra Fender en la habitación que Richard había destinado como sala de estar pero que se había transformado en «sala de ensayo» de su hijo—. ¡Seth! —gritó—. Ven a echarnos una mano.

Abajo, Seth siguió arrancando acordes a su Fender. Richard miró a Nordhoff y se encogió de hombros, incapaz de disimular su bochorno. Nordhoff hizo lo mismo, como si quisiera decirle: «¿Quién puede esperar nada bueno de los chicos hoy en día?». Excepto que ambos sabían que Jon, el hijo de su hermano loco, había sido estupendo.

—Ha sido usted muy amable ayudándome con esto —dijo Richard.

—¿Qué otra cosa puede hacer un viejo con el tiempo que le sobra? Y creo que es lo menos que puedo hacer por Jon. Venía a cortarme el césped, gratis, ¿sabe? Quería pagarle, pero el muchacho no lo aceptó nunca. Era un gran chico... —Nordhoff seguía ahogándose—. ¿Podría darme un vaso de agua, señor Hagstrom?

—Claro. —Fue a buscarlo él mismo al ver que su mujer no se movía de la cocina donde estaba leyendo una novela barata y comiendo galletas—. ¡Seth! —volvió a llamar—. Sube y ayúdanos, ¿quieres?

Pero Seth siguió tocando sus acordes amortiguados y desagradables en su Fender, por la que Richard aún estaba pagando cuotas.

Invitó a Nordhoff a que se quedara a cenar, pero él se excusó cortésmente. Richard lo aceptó, de nuevo abochornado pero disimulándolo mejor esta vez. «¿Qué hace un tipo estupendo como tú con una familia como ésta?», le preguntó un día su amigo Bernie Epstein, y Richard sólo pudo menear la cabeza, sintiendo el mismo embarazo que sentía ahora. Era un buen tipo, y ya ven, esto era lo que le había tocado: una mujer gorda y aburrida que se sentía estafada por no tener lo mejor de la vida, que sentía que había apostado por un caballo perdedor (pero era incapaz de atreverse a decirlo), y un hijo de quince años taciturno que estudiaba lo menos posible en el mismo instituto donde Richard enseñaba, un hijo que tocaba horripilantes acordes en la guitarra, mañana, tarde y noche (sobre todo por la noche), y que parecía pensar que aquello le bastaría para salir adelante.

—Bueno, ¿y qué me dice de una cerveza? —preguntó Richard. Se resistía a dejar marchar a Nordhoff; quería oír más sobre Jon.

—Una cerveza no me haría daño —dijo Nordhoff, y Richard se lo agradeció.

—Magnífico. —Y fue a buscar un par de Buds.

Su despacho estaba en un pequeño pabellón, que más parecía un cobertizo, separado de la casa y, lo mismo que la sala de estar, se lo había arreglado él mismo. Pero, al contrario de la sala de estar, éste era un lugar que consideraba propio... un lugar donde podía aislarse de la desconocida con la que se había casado y del extraño que había concebido.

A Lina, por supuesto, no le parecía bien que él tuviera un refugio personal, pero no había podido evitarlo; había sido una de las pocas y pequeñas victorias que él había conseguido. Suponía que, en cierto modo, ella sí había apostado por un perdedor. Cuando se casaron, dieciséis años atrás, ambos creían que él escribiría novelas maravillosas y lucrativas y que no tardarían en circular en sendos Mercedes-Benz. Pero la única novela que publicó no había sido lucrativa y los críticos no tardaron en decir que tampoco era muy buena. Lina había visto las cosas desde el mismo punto de vista que los críticos y esto había sido el principio de su distanciamiento.

Así que las clases en el instituto, que ambos habían creído que no serían más que la antesala de la fama, la gloria y la riqueza, eran su principal fuente de

ingresos desde hacía quince años. Una interminable antesala, se decía a veces. Pero jamás había abandonado su sueño. Escribía cuentos y algún que otro artículo. Era miembro, bien considerado, de la Asociación de Autores. Ganaba unos cinco mil dólares extra todos los años, con su máquina de escribir, y por mucho que Lina protestara, aquello le daba derecho a su propio estudio, especialmente porque ella se negaba a trabajar.

—Un sitio estupendo —dijo Nordhoff, contemplando la pequeña estancia con su abundancia de antiguos grabados en las paredes.

El ordenador bastardo estaba sobre la mesa con el hardware guardado debajo. La vieja Olivetti eléctrica de Richard había sido colocada, de momento, encima de uno de los ficheros.

—Es lo que necesito —contestó Richard. Con la cabeza señaló el ordenador—. ¿Cree que esto va a funcionar? Jon sólo tenía catorce años.

—Es un poco raro, ¿verdad?

—Ya lo creo —asintió Richard.

—No conoce ni la mitad —rió Nordhoff—. Eché una mirada por detrás. Algunos de los cables llevan impreso IBM, y algunos Radio Shack. Ahí dentro hay gran parte de un teléfono Western Electric. Y, créalo o no, hay un pequeño motor procedente de un Erector Set. —Sorbió la cerveza y dijo, reminiscente—: Quince. Acababa de cumplir quince años. Un par de días antes del accidente... —Pasado unos segundos repitió, mirando la botella de cerveza—. Quince —pero lo dijo en voz baja.

—¿Erector Set? —preguntó Richard, mirando al viejo.

—Eso es. Erector Set fabrica un pequeño modelo eléctrico. Jon tenía uno desde que era... oh, desde los seis años. Se lo regalé un año por Navidad. Ya entonces le volvían loco las cosas mecánicas. Cualquier aparatito le encantaba, así que imagine lo que fue para él aquella caja de pequeños motores Erector Set. Le debió de encantar. Lo guardó por más de diez años. Pocos niños lo hacen, señor Hagstrom.

—Es verdad —asintió Richard pensando en las muchas cajas de juguetes de Seth que había tirado en aquellos años. Juguetes rotos, olvidados, destrozados por el placer de destrozar. Miró el ordenador—. Entonces seguro que no funciona.

—No lo diga hasta que lo haya probado —advirtió Nordhoff—. El muchacho era una especie de genio de la electrónica.

—Creo que está exagerando. Sé que era hábil con la mecánica, y que ganó el premio de la Feria Estatal de la Ciencia, cuando estaba en sexto curso...

—Compiendo con muchachos mucho mayores que él, algunos de ellos del instituto. Por lo menos eso fue lo que dijo su madre.

—Es cierto. Todos estuvimos muy orgullosos de él.

Pero no era exactamente verdad. Richard se había sentido orgulloso, y la madre de Jon también; al padre del muchacho le importaba un bledo.

—Pero una cosa son los proyectos de la Feria de la Ciencia y otra construir tu propio ordenador personal... —se encogió de hombros.

Nordhoff dejó su cerveza.

—Allá por los cincuenta, un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y un equipo eléctrico por valor de cinco dólares. Jon me lo contó. También me dijo que había un chico en alguna ciudad rural de Nuevo México que descubrió los taquiones (partículas negativas que por lo visto pueden viajar hacia atrás en el tiempo), en 1954. Y un niño de Waterbury, Connecticut, de once años, fabricó una bomba con el plástico que arrancó de las cartas de una baraja. Con ella voló una caseta de perro. Los chicos a veces son raros. Sobre todo los genios. Le sorprendería.

—A lo mejor. Puede que me sorprenda.

—En todo caso, era un muchacho estupendo.

—Usted le quería, ¿verdad?

—Sí, le quería mucho, señor Hagstrom —reconoció Nordhoff—. Era realmente estupendo.

Y Richard pensó en lo extraño que era aquello: su hermano, que había sido un verdadero desastre desde la niñez, había encontrado una mujer magnífica y un hijo inteligente. Él, en cambio, que siempre había tratado de ser amable y bueno, (lo que podía significar «bueno» en este mundo de locos) se había casado con Lina, una mujer reservada y desastrada, y con ella había tenido a Seth. Mirando ahora el rostro honrado, franco y cansado de Nordhoff, se preguntó cómo había podido ocurrir y cuánto había sido por su culpa, como resultado natural de su propia y callada debilidad.

—Sí —dijo Richard—, realmente lo era.

—No me sorprendería que esto funcionara —comentó Nordhoff—. No me sorprendería nada.

Después de que Nordhoff se marchó, Richard Hagstrom enchufó el ordenador y lo puso en marcha. Oyó un zumbido, y esperó a que las letras IBM aparecieran en la pantalla. No aparecieron. En cambio, misteriosamente, como una voz de ultratumba, de la oscuridad surgieron unas palabras, fantasmas verdes:

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON

—¡Vaya! —murmuró Richard, atónito.

El accidente que había matado a su hermano, su esposa y su hijo había ocurrido dos semanas antes. Regresaban de una excursión, y Roger estaba borracho. Estar borracho era algo perfectamente normal en la vida de Roger Hagstrom. Pero esa vez la suerte le había vuelto la espalda y había conducido su destartalado y viejo coche hasta el borde de un precipicio. Se estrelló y ardió. Jon tenía catorce años; no, quince, pensó Richard. Quince recién cumplidos, dos días antes del accidente, dijo el viejo. Tres años más y se hubiera liberado de aquel pedazo de oso estúpido. Su cumpleaños... y el mío poco después.

Dentro de una semana. El ordenador había sido el regalo de cumpleaños de Jon.

Esto empeoraba la cosa. Richard no sabía bien por qué, o cómo, pero así era. Alargó la mano para apagar la pantalla, pero la retiró al momento.

«Un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y un equipo eléctrico por valor de cinco dólares».

Sí, claro, pensó, y las cloacas de la ciudad de Nueva York están llenas de cocodrilos y el ejército guarda el cuerpo congelado de un extraterrestre en alguna parte de Nebraska. Cuéntame algo más. ¡Tonterías! Pero quizá es que hay algo de lo que no quiero enterarme.

Se levantó, pasó detrás y miró la trasera del monitor a través de las rendijas. Sí, tal como había dicho Nordhoff. Cables marcados RADIO SHACK MADE IN TAIWAN. Cables marcados WESTERN ELECTRIC y WESTREX y ERECTOR SET, y vio algo más también, algo que se le había escapado a Nordhoff, o que no había querido mencionar. Había un transformador de tren en miniatura Lionel, envuelto en alambres como la novia de Frankenstein.

—¡Vaya! —repitió riendo, pero al borde de las lágrimas—. Por Dios, Jonny, ¿qué creías que estabas haciendo?

Pero también conocía esta respuesta. Había soñado y hablado de que llevaba años deseando poseer un ordenador, y cuando la risa de Lina se hizo demasiado sarcástica para poder soportarla, lo había comentado con Jon:

—Podría escribir más deprisa, repasar y corregir más deprisa, y producir más —recordó haberle dicho a Jon el pasado verano...

El muchacho le había mirado gravemente, con sus ojos, azul claro, inteligentes, pero siempre cautelosos, agrandados por los cristales de sus gafas.

—Sería estupendo... realmente estupendo.

—¿Y por qué no te compras uno, tío Rich?

—No los regalan precisamente —contestó Richard sonriendo—. El modelo Radio Shack cuesta cerca de tres mil. De ahí puedes ir subiendo hasta llegar a los dieciocho mil dólares.

—Bueno, a lo mejor te fabrico uno algún día —dijo Jon.

—A lo mejor —contestó Richard dándole una palmada en la espalda. Y hasta que llegó Nordhoff, no volvió a pensar en aquello.

Cables de la tienda para aficionados a los modelos eléctricos. Un transformador de tren Lionel.

¡Vaya por Dios!

Volvió a la parte delantera dispuesto a apagarlo, como si intentar escribir algo y fracasar equivaliera a mancillar lo que su frágil y delicado (predestinado) sobrino había dispuesto.

Por el contrario, apretó la tecla EXECUTE. Un estremecimiento recorrió su espinazo al hacerlo... EXECUTE era una extraña palabra de que servirse. No era una palabra que pudiera asociarse con la escritura; era una palabra que se asociaba con cámaras de gas y sillas eléctricas... y quizá con coches viejos y destartados saltando fuera de las carreteras.

EXECUTE.

El aparato zumbaba con más intensidad que los que solía contemplar en los escaparates, en realidad casi rugía. ¿Qué hay en la sección de memoria, Jon?, se preguntó. ¿Muelles? ¿Transformadores Lionel puestos en fila? ¿Latas de sopa? Volvió a recordar los ojos de Jon, su rostro pálido y delicado. ¿No era extraño, quizá incluso morboso, tener celos del hijo de otro hombre?

Pero debió haber sido mío. Lo sabía... y creo que él también lo sabía. Luego estaba Belinda, la esposa de Roger. Belinda, que llevaba gafas de sol incluso en los días nublados, de las grandes, porque las marcas alrededor de los ojos tienen la mala costumbre de extenderse. Pero a veces la miraba, inmóvil y vigilante a la sombra de la risa escandalosa de Roger, y pensaba también casi lo mismo: Debíó de haber sido mía.

Era un pensamiento espantoso, porque ambos hermanos habían conocido a Belinda en el instituto y ambos habían salido con ella. Él y Roger se llevaban dos años de diferencia y Belinda encajaba perfectamente entre los dos, un año mayor que Richard y un año más joven que Roger. Richard había sido el primero en salir con la muchacha que con el tiempo iba a ser madre de Jon. Luego se había interpuesto Roger, que era mayor que ella y más fuerte, y que siempre conseguía lo que quería. Roger, que era capaz de lastimar si uno trataba de cruzarse en su camino.

Tuve miedo, pensó Richard. Tuve miedo y dejé que se me escapara. ¡Fue así de sencillo! Que Dios me valga, creo que sí. Me gustaría pensar que ocurrió de otro modo, pero tal vez es mejor no mentirse respecto a cosas como la cobardía. Y la vergüenza.

Y si aquello era verdad, si Lina y Seth hubieran debido pertenecer al calavera de su hermano, y si Belinda y Jon hubieran debido ser suyos, ¿qué probaba eso? ¿Y cómo una persona bien pensante podía entretenerse con semejantes absurdos, semejantes locuras? ¿Debía reírse? ¿Gritar? ¿Pegarse un tiro por su cobardía?

No me sorprendería que esto funcionara. No me sorprendería nada.

EXECUTE.

Sus dedos se movieron ágiles sobre el teclado. Miró la pantalla y vio las letras flotando, verdes, en la pantalla.

MI HERMANO ERA UN BORRACHO INDECENTE.

Flotaban allí, delante de él, y Richard recordó de pronto un juguete que había tenido de pequeño. Se llamaba Ocho Bolas Mágicas. Se le formulaba una pregunta que podía contestarse con sí o con no, y entonces se hacía funcionar el aparato para ver lo que tenía que decir sobre la pregunta. Sus respuestas eran un mecanismo, pero en cierto modo atractivamente misterioso; decían cosas como: ES CASI SEGURO, YO NO PENSARÍA EN ELLO, y VUELVE A PREGUNTARLO.

Roger le envidiaba el juguete y por fin, un día, después de obligar a Richard a que se lo diese, Roger lo había arrojado contra la acera, haciéndolo añicos. Luego se había reído. Ahora, sentado allí, escuchando el extraño ruido del aparato que Jon había construido, Richard recordó cómo se había desplomado en la acera, llorando, incapaz de creer que su hermano hubiera podido hacerle aquello.

—Niño llorón, niño llorón, mirad al niño llorón —se había burlado Roger—. No era otra cosa que un juguete de mierda, Richie. Fíjate, no había más que un montón de letras y mucha agua.

—¡Voy a contarlo! —había chillado Richard con todas sus fuerzas. Le dolía la cabeza y tenía la nariz congestionada por las lágrimas—. ¡Contaré lo que has hecho, Roger! Se lo contaré a mamá.

—Si lo haces te romperé el brazo —le amenazó Roger, y en su sonrisa glacial Richard vio que lo decía en serio. No lo contó.

MI HERMANO ERA UN BORRACHO INDECENTE.

Bueno, montado misteriosamente o no, las palabras quedaban escritas en la pantalla. Quedaba por ver si era capaz de memorizar información, pero el empalme que había hecho Jon de un teclado Wang a una pantalla IBM, había funcionado. No creía que fuera culpa de Jon el hecho de que, por coincidencia, despertara en él desagradables recuerdos.

Miró alrededor y sus ojos se fijaron en la única fotografía que había allí y que él no había elegido ni le gustaba.

Era un retrato de estudio de Lina, su regalo de Navidad de dos años atrás.

«Quiero que la cuelgues en tu despacho», le había dicho y, naturalmente, lo había hecho así. Suponía que era su forma de vigilarle cuando ella no estuviera. «No te olvides de mí, Richard. Estoy aquí. Puede que apostara por un caballo perdedor, pero todavía estoy aquí. Y será mejor que no lo olvides».

El retrato con su colorido artificial no hacía juego con los grabados de Whistler, Homer y N. C. Wyeth. Los ojos de Lina estaban entrecerrados, sus gruesos labios formaban algo que no acababa de ser una sonrisa. «Sigo aquí, Richard —le decía aquella boca—. Que no se te olvide».

Tecleó: LA FOTO DE MI MUJER ESTÁ COLGADA EN LA PARED OESTE DE MI DESPACHO.

Contempló las palabras y le gustaron tan poco como la propia fotografía. Pulsó la tecla DELETE. Las palabras desaparecieron. Ahora ya no quedaba nada en la pantalla excepto el latido del cursor.

Miró hacia la pared y vio que la fotografía de su mujer también había desaparecido.

Permaneció sentado durante un buen rato, al menos eso le pareció, mirando la pared donde había estado la fotografía. Lo que finalmente le sacó del atontamiento producido por su absoluta incredulidad, fue el olor del ordenador, un olor que recordaba desde la infancia, tan claramente como recordaba las Ocho Bolas Mágicas que Roger le había roto por malevolencia. El olor era del fluido del transformador del tren eléctrico. Cuando despedía olor había que desenchufarlo rápidamente para que el aparato se enfriase.

Y así lo haría.

Dentro de un minuto.

Se levantó y anduvo hasta la pared sobre unas piernas que no sentía. Pasó la mano por el revestimiento de la pared. La fotografía había estado allí, sí, *precisamente allí*. Pero ya no estaba, y el clavo del que estaba colgada también se había esfumado, y no había rastro de ningún agujero en el revestimiento.

Esfumado.

El mundo se le volvió gris de pronto y dio un traspié hacia atrás, creyendo, vagamente, que se iba a desmayar. Se contuvo, hasta que todo volvió a enfocarse de nuevo.

Recorrió con la vista desde el lugar vacío, donde había estado antes la fotografía de Lina, al ordenador que su difunto sobrino había logrado componer.

«*Le sorprendería —oía mentalmente decir a Nordhoff—, le parecería sorprendente, oh, sí, enterarse de que un niño, en los años cincuenta pudiera*

descubrir partículas que viajaban hacia atrás en el tiempo, le sorprendería lo que el genio de su sobrino era capaz de hacer con un montón de elementos desparejados, unos cables y unas piezas eléctricas. Le sorprendería sentir que se está volviendo loco.»

El olor del transformador era cada vez más intenso, más acusado y podía ver unas volutas de humo que salían de la carcasa junto a la pantalla. También el ruido del hardware era más fuerte. Iba siendo hora de desconectarlo... Por listo que hubiera sido Jon, aparentemente no había tenido tiempo de solucionar todos los problemas de aquel loco aparato.

Pero ¿sabía acaso que iba a hacer aquello?

Sintiéndose como una criatura quimérica, Richard volvió a sentarse ante la pantalla y escribió:

LA FOTOGRAFÍA DE MI MUJER ESTÁ EN LA PARED.

Lo leyó, volvió a mirar el teclado, y luego apretó la tecla EXECUTE.

Miró la pared.

La fotografía de Lina volvía a estar otra vez donde había estado siempre.

—Que me aspen —musitó.

Se pasó la mano por la mejilla, miró el teclado (ahora no había nada excepto el cursor) y escribió: EL SUELO ESTÁ VACÍO. Luego, apretó INSERT, y volvió a escribir: EXCEPTO POR DOCE MONEDAS DE ORO DE VEINTE DÓLARES EN UNA PEQUEÑA BOLSA.

Apretó EXECUTE.

Miró al suelo, donde ahora había una pequeña bolsa con un cordón que la cerraba. Sobre la bolsa y escrito en tinta negra, algo descolorida, se leía WELLS FARGO.

—Santo Dios —se oyó balbucear en una voz que no era suya—. Santo Dios, Santo Dios...

Hubiera podido seguir invocando el nombre del Señor por unos minutos más, o por unas horas, si el ordenador no le hubiera reclamado insistentemente con su bip bip. Escrito en la parte alta de la pantalla se leía la palabra SOBRECARGA.

Richard lo apagó precipitadamente y abandonó el despacho como si le persiguieran todos los demonios del infierno.

Pero antes de salir recogió la bolsita y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Cuando llamó a Nordhoff aquella noche, soplaban un helado viento de noviembre que sonaba como un lamento de gaitas entre los árboles. El grupo de Seth está abajo, destrozando una melodía de Bob Seger. Lina había ido a Nuestra Señora

del Perpetuo Socorro a jugar al bingo.

—¿Funciona el aparato? —preguntó Nordhoff.

—Funciona perfectamente —contestó Richard. Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. Era pesada, más pesada que un reloj Rolex. En una de las caras había un águila de perfil recortado, en relieve, junto con la fecha: 1871—. Funciona de un modo increíble.

—Lo creo —dijo Nordhoff impasible—. Era un muchacho muy inteligente y le quería a usted mucho, señor Hagstrom. Pero tenga cuidado. Un chico no es más que un chico, listo o no, y el amor puede estar mal dirigido. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Richard no entendía nada. Sentía calor y estaba frenético. El periódico de aquel día decía que el precio del oro en el mercado era de 514 dólares la onza. Las monedas habían pesado una media de 4,5 onzas cada una, en su balanza postal. Al precio del mercado, aquello sumaba 27.756 dólares. Sospechó que eso era solamente la cuarta parte de lo que podía sacar si vendía las monedas como monedas.

—Señor Nordhoff, ¿podría usted venir? ¿Ahora? ¿Esta noche?

—No. No creo que quiera hacerlo, señor Hagstrom. Me parece que esto debe quedar entre usted y Jon.

—Pero...

—Recuerde solamente lo que le dije. Por Dios, tenga cuidado. —Se oyó un clic.

Media hora más tarde volvía a estar en su despacho, contemplando el ordenador. Pulsó la tecla ON/OFF pero sin haberlo enchufado aún. La segunda vez que Nordhoff lo dijo, Richard lo había oído perfectamente. «Por Dios, tenga cuidado». Sí. Debería tener cuidado. Una máquina que podía hacer aquello...

¿Cómo *podía* una máquina hacer tal cosa?

Ni idea... pero en cierto modo hacía aceptable toda aquella locura. Él era profesor de lengua inglesa y escritor ocasional, no un técnico, y había un interminable número de cosas cuyo funcionamiento desconocía: fonógrafos, motores de gasolina, teléfonos, televisores, incluso el depósito del inodoro. Su vida había sido una historia de comprensión de operaciones más que de principios. ¿Había alguna diferencia, excepto de grado?

Conectó la máquina. Como la primera vez, leyó: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON. Apretó el botón EXECUTE y el mensaje de su sobrino desapareció.

Esta máquina no durará mucho, pensó de pronto. Tenía la seguridad de que Jon estaba aún trabajando en ella cuando murió, creyendo que todavía le quedaba tiempo. El cumpleaños de tío Richard sería dentro de tres semanas...

Pero a Jon se le había terminado el tiempo y ese asombroso ordenador, que aparentemente podía insertar cosas nuevas y suprimir cosas viejas del mundo real, apestaba como un transformador de tren que se estuviera friendo y al parecer empezaría a soltar humo dentro de pocos minutos. Jon no había tenido oportunidad de perfeccionarlo. ¿Había... confiado en que todavía le quedaba tiempo?

Había incurrido en un error. *Todo* era un error. Richard lo sabía. El rostro tranquilo, atento, los ojos serenos tras los gruesos cristales de sus gafas... No, no estaba confiado, ni creía en que el tiempo lo arreglaría. ¿Cuál era la palabra que se le había ocurrido antes, aquel mismo día? *Predestinado*. No era precisamente una buena palabra para Jon, pero era la palabra apropiada. La sensación de predestinación había envuelto al muchacho tan palpablemente que, a veces, Richard había querido decirle que se animara un poco, que a veces las cosas terminaban bien y que los buenos no siempre tenían que morir jóvenes.

Luego pensó en Roger tirando su juego de Ocho Bolas Mágicas a la acera, arrojándolo con todas sus fuerzas; oyó partirse el plástico y vio el fluido mágico del juego —agua al fin y al cabo— deslizándose por la acera. Y esta imagen se mezcló con una imagen del viejo cacharro de Roger con la leyenda HAGSTROM REPARTOS AL POR MAYOR en los costados, saltando por encima de un polvoriento acantilado, en pleno campo, estrellándose frontalmente contra él. Vio, aunque no quería verlo, el rostro de la mujer de su hermano desintegrándose en sangre y huesos. Vio a Jon ardiendo entre los restos, gritando, carbonizándose.

Ni confianza ni esperanza. Siempre había dado la impresión de que el tiempo se le escapaba. Y al final había resultado que tenía razón.

—¿Qué significa eso? —murmuró Richard mirando la pantalla vacía.

¿Cómo hubiera contestado el juego de las bolas mágicas? ¿VUELVE A PREGUNTAR? ¿DIFÍCIL Y CONFUSO? ¿O quizá CIERTAMENTE ASÍ?

El ruido que producía el hardware volvía a ser fuerte, y más acelerado que por la tarde. Ya podía oler al transformador de tren que Jon había acoplado a la maquinaria detrás de la pantalla recalentada.

Máquina de sueños mágicos.

Ordenador de los dioses.

¿Era eso lo que Jon había querido regalar a su tío para su cumpleaños? ¿Lo equivalente, en espacio y tiempo, a la lámpara mágica o al pozo de los deseos?

Oyó abrirse la puerta trasera de la casa y a continuación las voces de Seth y de

los otros miembros del grupo de Seth. Las voces sonaban demasiado fuertes, vulgares. Habían estado bebiendo o fumando marihuana.

—¿Dónde está tu viejo, Seth? —oyó a uno de ellos preguntar.

—Holgazaneando en su despacho, supongo, como siempre —respondió Seth—. Creo que... —Pero entonces volvió a levantarse el viento, borrando el final de la frase, pero no sus risotadas.

Richard les estuvo escuchando, sentado, con la cabeza inclinada a un lado, hasta que de pronto escribió:

MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM.

Su dedo se posó sobre el botón DELETE.

¿Qué estás haciendo?, le chilló la mente. ¿Lo haces en serio? ¿Te propones asesinar a tu propio hijo?

—Algo estará haciendo ahí dentro —dijo otro.

—Es un pobre imbécil —observó Seth—. Pregúntaselo a mi madre algún día. Te lo contará. Nunca ha...

No voy a asesinarle. Voy a... borrarle.

Su dedo apretó el botón,

—... hecho nada excepto...

Las palabras MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM desaparecieron de la pantalla.

Fuera, también desaparecieron las palabras de Seth.

Ahora no se oía otra cosa que el frío viento de noviembre, soplando negros presagios de invierno.

Richard apagó el ordenador y salió fuera. El camino de entrada estaba vacío. El guitarrista solista del grupo, Norman no-sé-qué, conducía una monstruosa y siniestra furgoneta, una vieja LTD en la que el grupo transportaba su equipo en sus escasas actuaciones. No estaba aparcada en el camino. Quizá estaba en alguna otra parte, resoplando por alguna carretera, o en el aparcamiento de alguna hamburguesería, y Norman también estaba en alguna parte, lo mismo que Davey, el bajista, cuyos ojos parecían vacíos y que llevaba un imperdible colgado del lóbulo de una oreja, lo mismo que el batería, que no tenía dientes delanteros. Estarían en alguna parte, pero no aquí, porque Seth no estaba, Seth nunca había estado aquí.

Seth había sido borrado.

—No tengo hijo —masculló Richard. ¿Cuántas veces había leído esa melodramática frase en novelas malas? ¿Cien? ¿Doscientas? Nunca le había sonado a cierta. Pero ahora lo era. Ahora era verdad. Oh, sí.

El viento siguió soplando y Richard sintió de pronto un terrible espasmo en el

estómago que le hizo doblarse, jadeando. El viento amainó.

Cuando el espasmo cedió, Richard caminó hacia la casa.

En lo primero que se fijó fue en que las viejas playeras de Seth —tenía cuatro pares y se negaba a deshacerse de ninguno—, habían desaparecido del vestíbulo. Se acercó al pasamano de la escalera y pasó el pulgar por el mismo. A los diez años (bastante mayorcito para darse cuenta, pero aun así Lina se había opuesto a que Richard le pusiera la mano encima). Seth había grabado sus iniciales profundamente en la madera del pasamano, una madera que Richard había pulido laboriosamente durante casi todo un verano. La había lijado y empastado y barnizado, pero el fantasma de aquellas iniciales persistió.

Ahora habían desaparecido.

Arriba, la habitación de Seth estaba limpia y ordenada, no caótica y carente de personalidad. Podía haber habido un letrero en la puerta, que dijera HABITACIÓN DE INVITADOS.

Abajo, y ahí fue donde Richard se entretuvo más, los cables habían desaparecido, los amplificadores y micrófonos habían desaparecido, las piezas de la grabadora que Seth iba siempre a «componer» habían desaparecido (carecía de la concentración y de las manitas de Jon). En cambio, la estancia rezumaba el profundo sello (no especialmente agradable) de la personalidad de Lina: muebles pesados, recargados, tapices de terciopelo de tema aburrido (uno de ellos representaba la última cena en que Cristo se parecía a Wayne Newton, otro mostraba unos ciervos a la puesta del sol en un cielo de Alaska), una alfombra de un color tan vivo como la sangre. Ya no quedaba la menor huella de que un muchacho llamado Seth Hagstrom hubiera ocupado esa habitación; o cualquiera de las otras de la vivienda.

Richard seguía aún al pie de la escalera, mirando alrededor, cuando oyó llegar un coche.

Lina, pensó y sintió una casi trepidante oleada de culpabilidad. Es Lina de regreso del Bingo, y ¿qué va a decir cuando vea que Seth ha desaparecido? ¿Qué... qué...?

¡Asesino!, se imaginó oírla gritar. ¡Has asesinado a mi niño!

Pero él no había asesinado a Seth.

—Le BORRÉ —murmuró, y subió a la cocina a recibirla.

Lina estaba más gorda.

Había enviado al bingo a una mujer que pesaba unos noventa kilos. La mujer que regresaba pesaba por lo menos ciento cincuenta, o más; había tenido que ladearse un poco para entrar por la puerta trasera. Unas caderas y muslos elephantinos se ceñían dentro de unos pantalones de poliéster de color aceituna. Su tez, cetrina tres horas antes, parecía ahora enfermiza y pálida. Aunque no era médico, Richard creyó descubrir en aquella piel los síntomas de una enfermedad de hígado o una incipiente dolencia cardíaca. Sus ojos de pesados párpados contemplaron a Richard con una curiosa fijeza despectiva.

Llevaba un pavo congelado, enorme, en una de sus regordetas manos.

—¿Qué estás mirando, Richard? —le preguntó.

A ti, Lina, te miro a ti, pensó. Porque así es como te has vuelto en un mundo en el que no hemos tenido hijos. Así es como te has vuelto en un mundo en el que no hay objeto para tu amor... por venenoso que pueda ser tu amor. Así es como apareces, Lina, en un mundo en el que todo entra y nada sale. Tú, Lina. Eso es lo que estoy mirando. A ti.

—Eso, Lina —consiguió decir por fin—, es uno de los pavos más grandes que he visto en mi vida.

—Bien, pues no te quedes ahí mirándolo, idiota. ¡Ayúdame!

Cogió el pavo y lo depositó sobre la encimera de la cocina notando su desagradable frío. Sonó como el de un bloque de madera.

—¡Allí no! —gritó ella y le indicó la despensa—. Mételo en el congelador.

—Lo siento —murmuró; nunca habían tenido un congelador. Nunca en el mundo donde había habido un Seth.

Llevó el pavo a la despensa, donde había un enorme congelador Amana brillando a la luz de los fluorescentes como un blanco y helado ataúd. Lo metió dentro junto con otros cuerpos conservados, de aves y demás animales, y volvió a la cocina. Lina había sacado el bote de las galletas de crema de cacahuete y se las estaba comiendo una tras otra.

—Era el bingo de Acción de Gracias —explicó—. Lo tuvimos esta semana en lugar de la próxima porque el padre Phillips tiene que ingresar en el hospital para que le extraigan una piedra de la vejiga. Yo gané el gordo... —sonrió. Un hilo de chocolate y crema de cacahuete le resbalaba por la barbilla.

—Lina, ¿has lamentado alguna vez que no tuviéramos hijos?

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Por el amor de Dios, ¿para qué iba yo a querer hijos en mi casa? —repuso. Apartó el bote de las galletas, reducido a la mitad, y volvió a guardarlo en el armario—. Me voy a la cama. ¿Vienes o vas a volver a suspirar un rato más sobre tu máquina de escribir?

—Iré un rato más, creo —contestó. Su voz sonó sorprendentemente firme—. No tardaré.

—¿Funciona ese aparato?

—¿Qué...? —De pronto la entendió y sintió otra punzada de culpa. Conocía la existencia del ordenador, claro. La desaparición de Seth no había afectado para nada la existencia de Roger, y el conocimiento de la familia de Roger había persistido—. Oh, no. Está estropeado.

Asintió con la cabeza, satisfecha:

—Ese sobrino tuyo, siempre con la cabeza en las nubes. Igual que tú, Richard. Si no fueras tan corto, me pregunto si la metiste donde no tenías que haberla metido, hace quince años. —Lanzó una risotada vulgar, sorprendentemente fuerte, la risotada de una mujer cínica y repulsiva...

Por un momento, él estuvo en un tris de abalanzarse sobre ella. Luego, sintió que una sonrisa asomaba a sus labios, una sonrisa tan delgada y fría como el congelador que había reemplazado a Seth en esta nueva vida.

—No tardaré —le dijo—. Sólo quiero anotar unas cosas.

—¿Por qué no escribes un cuento que gane el premio Nobel, o algo así? —se burló con indiferencia. Las tablas del suelo crujieron cuando inició su pesado camino hacia la escalera—. Todavía debemos la factura del óptico por mis gafas de leer y llevamos un pago de retraso del Betamax. ¿Por qué no ganas más dinero de una jodida vez?

—Pues no lo sé, Lina. Pero tengo grandes ideas esta noche. De verdad.

Se volvió a mirarle, como si fuera a decirle algo sarcástico —algo sobre que ninguna de sus grandes ideas les había sacado de apuros pero que, en todo caso, se había quedado con él—, pero desistió. Quizá algo en su sonrisa la había frenado. Subió por las escaleras. Él permaneció abajo, escuchando su paso atronador. Tenía la frente perlada de sudor. Se sentía a la vez mareado y excitado.

Dio media vuelta y se dirigió hacia su despacho.

Esta vez cuando conectó el aparato, el ordenador ni zumbó ni rugió, sino que empezó a hacer un ruido irregular, una especie de quejido. El olor caliente del transformador salió casi al momento de detrás de la pantalla, y tan pronto como pulsó la tecla EXECUTE para borrar el ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD!, empezó a salir humo.

Queda poco tiempo, pensó. No... no es así. No queda tiempo. Jon lo sabía, y ahora yo también lo sé.

Tenía dos alternativas: traer a Seth de vuelta con el botón INSERT (sabía que

podía hacerlo; sería tan fácil como crear los doblones españoles) o terminar el trabajo.

El olor se hacía más potente. Dentro de un instante, la pantalla empezaría a mandar su mensaje de SOBRECARGA.

Escribió:

MI MUJER ES ADELINA MABEL WARREN HAGSTROM.

Pulsó la tecla DELETE.

Escribió:

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO.

Ahora la palabra empezó a aparecer en la esquina superior, a la derecha de la pantalla: SOBRECARGA, SOBRECARGA, SOBRECARGA.

Por favor, déjame terminar. Por favor, por favor...

El humo que salía ahora de las rendijas y ranuras de la pantalla era más denso y gris. Miró al ruidoso hardware y vio que también salía humo de su rejilla... y al fondo de aquel humo pudo ver una opaca chispita de fuego.

Ocho Bolas Mágicas, ¿tendré salud, seré rico y sabio? ¿O viviré solo y quizá me matará la soledad y la pena? ¿Queda tiempo aún?

AHORA NO LO SÉ. PRUEBA MÁS TARDE.

Excepto que no quedaba *más tarde*.

Pulsó la tecla INSERT y la pantalla oscurecióse, excepto por el insistente mensaje de SOBRECARGA, que parpadeaba ahora a toda velocidad aunque irregular.

Escribió:

EXCEPTO POR MI ESPOSA BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Por favor. Por favor.

Pulsó EXECUTE.

La pantalla se vació. Durante lo que parecieron siglos permaneció así, excepto por la palabra SOBRECARGA, que ahora aparecía con tal rapidez que parecía mantenerse constantemente allí, como una computadora ejecutando una implacable orden de mando. Algo dentro del hardware saltó y chisporroteó, y Richard soltó un gemido.

Las letras verdes reaparecieron en la pantalla, flotando sobre el negro:

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO, EXCEPTO POR MI MUJER BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Pulsó por dos veces EXECUTE.

Ahora, se dijo, ahora escribiré: TODAS LAS PIEZAS DE ESTE ORDENADOR ESTABAN PERFECTAMENTE ENSAMBLADAS ANTES DE QUE EL SEÑOR NORDHOFF ME LO TRAJERA. O escribiré: TENGO IDEAS

PARA POR LO MENOS VEINTE NOVELAS SENSACIONALES. O escribiré: MI FAMILIA Y YO VIVIREMOS FELICES PARA SIEMPRE JAMÁS. O escribiré...

Pero no escribió nada. Sus dedos revolotearon estúpidamente por encima del teclado mientras sentía —literalmente *sentía*— que todos los circuitos de su cerebro se quedaban bloqueados como los coches en el peor atasco de tráfico de la historia de Manhattan.

La pantalla se llenó de pronto con la palabra:

ACABADOACABADOACABADOACABADOACABADOACABADOACA

Hubo otro chasquido y luego una explosión en el hardware. Salieron unas breves llamaradas del aparato. Richard se echó atrás en su sillón, cubriéndose la cara por si explotaba la pantalla. No explotó. Solamente se apagó.

Permaneció sentado, contemplando la oscuridad de la pantalla.

NO PUEDO DECIRLO. VUELVA A PREGUNTAR DESPUÉS.

—¿Papá?

Se volvió rápidamente, con el corazón desbocado.

Jon estaba allí, Jon Hagstrom; su rostro era el mismo pero algo distinto... la diferencia era sutil pero visible. Quizá, pensó Richard, la diferencia estribaba en la diferencia de paternidad entre los dos hermanos. O quizá era simplemente que aquella expresión inquieta, vigilante, había desaparecido de sus ojos ligeramente aumentados por las gafas (de montura metálica, ahora, observó, y no la fea montura de concha artificial que Roger había comprado siempre al muchacho porque costaba quince dólares menos).

Quizá era algo todavía más sencillo: el aspecto de predestinación había desaparecido de sus ojos.

—¿Jon? —dijo con voz ronca, preguntándose si en realidad había querido decir algo más que eso. ¿Era así? Parecía ridículo, pero se figuraba que sí. Suponía que la gente siempre quería más—. Jon, ¿eres tú, verdad?

—¿Quién iba a ser sino? —Señaló con la cabeza al ordenador—. No te lastimaste cuando este cacharro se fue al cielo de los datos, ¿verdad?

Richard sonrió:

—No; estoy perfectamente.

—Lamento que no funcionara. No sé qué me hizo montarlo con todas esas piezas inútiles. —Movió la cabeza—. Por Dios que no lo sé. Es como si hubiera *tenido* que hacerlo. Cosas de niño.

—Bueno —dijo Richard, acercándose a su hijo y pasándole un brazo por los hombros—, quizá te saldrá mejor la próxima vez.

—Tal vez. O a lo mejor pruebo con otra cosa.

—Puede que sea mejor.

—Mamá dice que tiene cacao para ti, si te apetece.

—Ya lo creo. —Y ambos salieron juntos del despacho a una casa donde no habían ningún pavo congelado procedente de un premio ganado en el bingo—. Una taza de cacao me vendrá más que bien ahora.

—Recuperaré cualquier cosa recuperable que haya en aquel cacharro, mañana, y lo demás lo echaré al vertedero —anunció Jon.

Richard asintió, y dijo:

—Bórralo de nuestras vidas...

Y entraron en la casa y al aroma de cacao caliente, riendo juntos.

EL HOMBRE QUE NO QUERÍA ESTRECHAR MANOS

Stevens sirvió las bebidas y poco después, pasadas las ocho de aquella glacial noche de invierno, la mayoría de nosotros nos fuimos a la biblioteca. Por un momento nadie dijo nada; lo único que se oía era el chisporrotear del fuego en la chimenea, el lejano chasquido de las bolas de billar y, en el exterior, el gemido del viento. No obstante, allí se estaba bastante caliente, en el 249 B de la calle 35 Este.

Recuerdo que aquella noche David Adley estaba sentado a mi derecha, y a mi izquierda Emlyn McCarron, que una vez nos contó una historia espeluznante sobre una mujer que había dado a luz en extrañas circunstancias. Después de él estaba Johanssen, con su *Wall Street Journal* doblado sobre las rodillas.

Entró Stevens con un pequeño paquete, blanco, y se lo entregó a George Gregson. Stevens es el mayordomo perfecto a pesar de su ligero acento de Brooklyn (o quizá a causa de él), pero su mayor atributo, por lo que a mí se refiere, es que siempre sabe a quién debe entregar el paquete aunque nadie lo reclame.

George lo cogió sin rechistar y permaneció sentado en su sillón de alto respaldo y orejas, contemplando aquella enorme chimenea. Vi cómo sus ojos se dirigían a la inscripción grabada en la piedra: LO QUE VALE ES LA HISTORIA, NO EL QUE LA CUENTA.

Abrió el paquete con sus dedos viejos y temblorosos y arrojó su contenido al fuego. Por un instante las llamas se transformaron en un arco iris, y se oyeron risas apagadas. Me volví y vi a Stevens allá, en la sombra, junto a la puerta. Tenía las manos cruzadas a la espalda. Su rostro se mostraba inexpresivo.

Supongo que todos nos sobresaltamos un poco cuando su voz ronca rompió el silencio; yo desde luego que sí.

—Una vez vi asesinar a un hombre en esta misma habitación —nos dijo George Gregson—, aunque ningún jurado hubiera condenado al que lo mató. Pero al final se acusó a sí mismo... y actuó como su propio verdugo.

Hizo una pausa mientras encendía su pipa. El humo envolvió su rostro

arrugado en una nube azulada, y apagó la cerilla con el gesto lento y aparatoso del hombre a quien le duelen las articulaciones. Tiró la cerilla a la chimenea, donde cayó sobre los restos quemados del paquete. Sus agudos ojos azules parecían cavilar bajo sus hirsutas cejas entrecanas. Su nariz era grande y aguileña, sus labios delgados y firmes, sus hombros alzados hasta casi la base de su cráneo.

—No nos mantengas sobre ascuas, George —refunfuñó Peter Andrews—. ¡Suéltalo ya!

—Ni lo sueñes. Ten paciencia.

Y todos tuvimos que esperar hasta que su pipa quedó prendida a su gusto.

Cuando unas brasas se encendieron perfectamente repartidas en la cazoleta de brezo, George cruzó sus manazas, ligeramente temblorosas, sobre una de sus rodillas y dijo:

—Está bien. Tengo ochenta y cinco años y lo que voy a relataros ocurrió cuando tenía más o menos veinte. En todo caso, sé que fue en 1919 y acababa de regresar de la Gran Guerra. Mi novia había muerto cinco meses antes, de un virus. Sólo tenía diecinueve años, y yo me lancé a beber y jugar a las cartas desenfrenadamente. Me había esperado dos años, ¿comprenden?, y durante todo ese tiempo recibí regularmente una carta todas las semanas. Se comprende que me abandonara tanto. No tenía creencias religiosas; la idea general y la doctrina del cristianismo me resultaban algo ridículas en las trincheras, y no tenía familia que me apoyara. Pero puedo decir que los buenos amigos que me ayudaron en esta etapa difícil, rara vez me abandonaron. Eran cincuenta y tres (más de lo que tiene la mayoría): cincuenta y dos naipes y una botella de whisky Cutty Sark. Me había instalado en el mismo lugar en que sigo viviendo ahora, en Brennan Street. Pero entonces era mucho más barato y había menos medicamentos y píldoras llenando las estanterías. Sin embargo, pasaba la mayor parte de mi tiempo aquí, en el 249 B, porque siempre había alguna partida de póquer en marcha.

David Adley lo interrumpió, y aunque sonreía, no creo que estuviera bromeando:

—¿Y Stevens ya estaba aquí, George?

George se volvió a mirar al mayordomo:

—¿Era usted, Stevens, o su padre?

Stevens se permitió la sombra de una sonrisa.

—Como 1919 fue hace más de sesenta y cinco años, señor, he de decir que se trataba de mi abuelo.

—¿Debemos, pues, entender que su empleo es hereditario? —musitó Adley.

—Tal como dice, señor —respondió Stevens imperturbable.

—Ahora que lo pienso —comentó George—, hay un parecido sorprendente

entre usted y su... ¿dijo abuelo, Stevens?

—Sí, señor, eso dije.

—Si les pusiera de perfil, me costaría decir quién es quién... pero esto no tiene que ver, ¿verdad?

—No, señor.

—Me encontraba en la sala de juego... al otro lado de esta pequeña puerta, haciendo solitarios, la primera y única vez que nos encontramos Henry Brower y yo. Éramos cuatro dispuestos a sentarnos y jugar una partida de póquer; solamente necesitábamos un quinto para que la velada empezara. Cuando Jason Davidson me dijo que George Oxley, nuestro habitual quinto, se había roto la pierna y estaba en cama con la pierna enyesada y colgada de una polea, pareció que aquella noche nos quedaríamos sin partida. Empecé a pensar en terminar la noche con nada mejor para distraer mis pensamientos que hacer solitarios y beber la mayor cantidad de whisky que pudiera, cuando un individuo sentado al fondo de la habitación dijo con voz tranquila y agradable: «Si ustedes, caballeros, estaban hablando de póquer, disfrutaría mucho jugando una mano, si no tienen nada que objetar». Había estado escondido tras el *World* de Nueva York hasta aquel momento, así que cuando levanté la mirada lo vi por primera vez.

»Era un hombre joven con cara de viejo, no sé si me entienden. Alguna de las huellas que vi en su rostro había empezado a descubrirlas en el mío, desde la muerte de Rosalie. Algunas... no todas. Aunque el joven no podía tener más de veintiocho años a juzgar por su cabello, sus manos, y el modo de andar, su rostro parecía marcado por la experiencia y sus ojos, muy oscuros, parecían más que tristes; parecían atormentados. Era apuesto, de bigote pequeño y cabello rubio oscuro. Vestía un traje marrón y se había soltado el botón del cuello. “Me llamo Henry Brower”, dijo. Davidson se precipitó a través de la estancia para estrecharle la mano; la verdad es que parecía como si fuera a cogerle la mano que Brower apoyaba sobre las rodillas. Ocurrió una cosa extraña: Brower dejó caer el periódico y apartó ambas manos, lejos de su alcance. La expresión, en su rostro, era de horror. Davidson se detuvo, confuso, más estupefacto que indignado. Sólo tenía veintidós años y parecía un cachorrillo. ¡Cielos, qué jóvenes éramos todos en aquellos días!

»“Perdóneme”, se excusó Brower con gravedad, “pero nunca estrecho la mano a nadie”. Davidson parpadeó y dijo: “¿Nunca? Qué curioso. ¿Y por qué no?” Bueno, ya les he dicho que era como un cachorrillo. Brower no se molestó y esbozó una sonrisa. “Acabo de llegar de Bombay”, explicó. “Es un lugar extraño, populoso, sucio, lleno de pestilencia y enfermedades. Los buitres se pasean y presumen sobre los muros de la ciudad, por millares. Hace dos años estuve allí en

viaje de negocios y perdí la costumbre occidental de estrechar manos. Sé que es una tontería y una incorrección, pero no puedo remediarlo. Bien, si no les importa que me retire...” “Con una condición”, dijo Davidson sonriéndole. “¿Cuál?” “Que se acerque a la mesa y beba un vaso de whisky de George mientras yo voy por Baker, French y Jack Wilden.

»Brower sonrió, asintió y dejó el periódico. Davidson sonrió y se marchó en busca de los otros. Brower y yo nos acercamos a la mesa cubierta de fieltro verde y cuando le ofrecí la bebida rehusó, dándome las gracias, y pidió su propia botella. Supuse que tendría algo que ver con sus extrañas costumbres y no dije nada. He conocido hombres cuyo temor a los microbios y las enfermedades va mucho más lejos, ya sabéis.

Hubo gestos de asentimiento.

—«Es estupendo estar aquí», me dijo Brower, pensativo. «He evitado toda compañía desde que llegué de mi destino. No es bueno para un hombre estar solo, ¿sabe? Creo que incluso para aquellos que se valen por sí solos, el estar aislados del resto de la humanidad debe de ser la peor forma de tortura». Todo eso lo dijo con un curioso énfasis y yo asentí. Había experimentado semejante soledad en las trincheras, generalmente por la noche. Volví a sentirla de nuevo, más acuciante, después de enterarme de la muerte de Rosalie. Me sentí atraído por él pese a su excentricidad. «Bombay debió haber sido un lugar fascinante», le dije. «¡Fascinante... y terrible! Hay cosas allí que nuestra filosofía no puede ni soñar. Su reacción ante los automóviles es divertida: los niños se apartan de ellos cuando pasan, pero luego los siguen a lo largo de varias manzanas. Consideran que los aviones son ingenios terroríficos e incomprensibles. Naturalmente, nosotros los americanos los contemplamos con comprensión, incluso con complacencia... pero le aseguro que mi reacción fue como la de ellos cuando vi por primera vez a un mendigo callejero tragarse un paquete de alfileres y luego ir sacándolos uno a uno de las heridas abiertas que tenía en la punta de los dedos. No obstante, eso es algo que los nativos de esa parte del mundo encuentran perfectamente natural. Quizá no estaba previsto que ambas culturas fueran a mezclarse, sino que debíamos mantener separadas sus respectivas maravillas. Para un americano como usted, o como yo, tragarse un paquete de alfileres significaría una muerte lenta y horrible. En cuanto al automóvil...». Se calló y una expresión torturada asomó a su rostro.

»Yo me disponía a hablar, cuando Stevens apareció con la botella de whisky escocés de Brower y, tras él, Davidson y los demás. Davidson explicó antes de hacer las presentaciones: “Les he contado su pequeña manía, Henry, así que no tiene nada que temer. Éste es Darrel Baker, este espantoso barbudo es Andrew

French y el último, aunque no menos importante, es Jack Wilden. A George Gregson ya le conoce.” Brower sonrió y les dedicó una leve reverencia en lugar de darles la mano. Aparecieron tres barajas nuevas y las fichas, se cambió el dinero por fichas y empezó el juego.

»Jugamos por más de seis horas, y yo gané unos doscientos dólares. Darrel Baker, que no era muy buen jugador, perdió unos ochocientos (aunque ni siquiera iba a notarlo: su padre era el propietario de tres de las mayores fábricas de zapatos de Nueva Inglaterra, y los demás compartían la pérdida de Baker conmigo, casi a partes iguales. Davidson un poco por encima y Brower un poco por debajo; sin embargo para Brower aquello era toda una hazaña, porque sus cartas habían sido malísimas casi toda la noche. Era tan hábil en la modalidad tradicional de cinco cartas como en la variante de siete, y yo me dije que a veces había ganado manos con faroles que yo no me hubiera atrevido a intentar.

»Pero me fijé en una cosa: aunque bebía mucho (para cuando French estuvo listo para dar la última mano, había casi terminado una botella entera de escocés), hablaba con toda claridad, su habilidad en el juego no disminuyó y su costumbre de no tocar manos tampoco cedió. Cuando ganaba, nunca tocaba el montón si alguien tenía que poner fichas o dinero o si alguien estaba distraído y tenía aún que entregar fichas. Una vez, cuando Davidson dejó su vaso demasiado cerca de su codo, Brower se apartó bruscamente, tirando casi su bebida. Baker pareció sorprendido, pero Davidson le quitó importancia con un vago comentario.

»Jack Wilden había comentado un poco antes que le esperaba un viaje a Albany en coche, para última hora de la mañana, y que sólo jugaría una mano más. Así que le tocó dar a French, y decidió jugar a siete cartas. Recuerdo aquella última mano tan claramente como mi nombre, y en cambio me vería en un apuro si tuviera que decirles qué o con quién comí ayer. Misterios de la edad, supongo, aunque si vosotros hubierais estado allí lo recordaríais como yo.

»Me dio dos corazones, cubiertos, y una carta descubierta. No sé qué tenían Wilden o French, pero el joven Davidson tenía el as de corazones y Brower el diez de picas. Davidson apostó dos dólares (el límite era cinco), y volvió a repartir cartas. Davidson había cogido un trío que no parecía mejorar su mano, sin embargo echó tres dólares al pozo. “La última mano”, anunció alegremente. “¡Hay una dama en la ciudad que quiere salir conmigo mañana por la noche!”

»No habría creído a una vidente si me hubiese dicho cuántas veces me atormentaría esta frase, hasta el día de hoy.

»French repartió la tercera mano. No tuve suerte con mi escalera, pero Baker, que era siempre el gran perdedor, logró unas parejas de reyes, creo. Brower había conseguido un par de diamantes que no parecían servir para gran cosa. Baker

apostó hasta el límite por su pareja y Davidson subió a cinco. Todos seguimos y llegó nuestra última carta descubierta. Yo saqué el rey de corazones para mi escalera, Baker sacó una tercera para sumar a su pareja y Davidson un segundo as que le hizo brillar los ojos. Brower recogió una reina de picas, y les juro que no comprendí por qué no enseñaba las cartas.

»Pero las apuestas fueron subiendo. Baker apostó cinco, Davidson llegó a cinco, Brower también. Jack Wilden dijo: “No sé, pero creo que mi pareja no vale gran cosa”, y abandonó. Yo canté y volví a poner cinco. Baker también.

»Bueno, no voy a aburriros con el relato de las apuestas. Solamente os diré que había un límite de tres alzas por persona, y Baker, Davidson y yo hicimos tres pujas de cinco dólares. Brower se limitó a repetir cada embite y apuesta, siempre cuidando de no poner su dinero en el pozo hasta que todas las manos estaban lejos. Y había más de doscientos dólares cuando French nos sirvió nuestra última carta cubierta.

»Hubo una pausa mientras todos nos miramos, aunque a mí no me importaba; yo ya tenía mi juego y por lo que podía ver sobre la mesa, era bueno. Baker puso cinco, Davidson también y esperamos para ver lo que iba a hacer Brower. Su rostro estaba algo congestionado por el alcohol, se había quitado la corbata y desabrochado el segundo botón de la camisa, pero parecía tranquilo. “Voy... y pongo cinco”, dijo.

»Yo parpadeé un poco porque esperaba que enseñara sus cartas. No obstante, las que yo tenía en la mano me decían que debía jugar para ganar, y puse cinco más. Seguimos sin tener en cuenta el límite de pujas que podían hacerse sobre la última carta, y el pozo creció extraordinariamente. Yo fui el primero en plantarme en vista del gran juego que alguien debía tener. Baker lo hizo después que yo, parpadeando nervioso desde el par de ases de Davidson a las cartas desconcertantes y sin valor de Brower. Baker no era un gran jugador, pero sí lo suficientemente bueno para presentir algo importante.

»Entre los dos, Davidson y Brower pujaron al menos diez veces más. Baker y yo nos sentimos arrastrados, no queriendo despedirnos de nuestras inversiones. Los cuatro habíamos terminado las fichas y ahora eran billetes los que cubrían el montón de fichas.

»“Bueno”, dijo Davidson después de la última puja de Brower. “Creo que voy a bajar. Si lo suyo ha sido un farol, Henry, ha sido un gran farol. Pero he ganado y Jack tiene un largo camino ante él mañana.” Y al decirlo puso otro billete de cinco dólares sobre el montón y anunció: “Me planto.”

»Ignoro lo que pensaban los demás, pero me sentí realmente aliviado sin que eso tuviera que ver con la cantidad de dinero que había en el pozo. El juego había

ido volviéndose peligroso y mientras Baker y yo podíamos permitirnos perder, el pobre Jase Davidson, no. Siempre estaba en apuros, vivía de una pequeña renta que le había dejado una tía suya. Y Brower, ¿podía permitirse perder? Recuerden caballeros, que en aquel momento había bastante más de mil dólares sobre la mesa.

George se interrumpió. Se le había apagado la pipa.

—Bien, ¿qué ocurrió? —preguntó Adley—. No nos tenga sobre ascuas, George. Nos tiene a todos sentados al borde de las sillas. Déjenos caer o siéntenos bien otra vez.

—Paciencia —dijo George, imperturbable.

Sacó otra cerilla, la frotó en la suela de su zapato y volvió a chupar. Esperamos impacientes, en silencio. Fuera, el viento ululaba y gemía en los aleros.

Cuando la pipa estuvo bien encendida y tirando bien, George continuó:

—Como sabéis, las reglas del póquer establecen que el primero que anuncia juego debe mostrar sus cartas. Pero Baker estaba demasiado impaciente por acabar con la tensión; levantó una de sus cartas ocultas y mostró cuatro reyes. «Me ganas, color», le dije. «Te gano yo», declaró Davidson y descubrió dos de sus cartas ocultas. Dos ases, que sumaban cuatro. Y empezó a recoger el suculento pozo.

»“¡Esperen!”, exclamó Brower. No hizo el menor movimiento, ni tocó la mano de Davidson como hubieran hecho muchos, pero bastó con su voz. Davidson se paró a mirar y abrió la boca... se quedó con la boca *abierta* como si todos sus músculos se hubieran aflojado. Brower descubrió sus tres cartas ocultas revelando una escalera de color, del ocho a la reina. “Creo que esto gana a sus ases, ¿verdad?”, preguntó. Davidson enrojeció y luego palideció. “Sí”, murmuró estupefacto.

»Daría una fortuna por conocer los motivos que empujaron a Davidson a hacer lo que hizo. Conocía la aversión de Brower a ser tocado; el hombre lo había demostrado de cien maneras distintas aquella noche. Tal vez Davidson lo olvidó, sencillamente, en su afán por demostrar a Brower, y a todos nosotros, que podía hacer frente a sus pérdidas y aceptarlas deportivamente. Les he dicho que era como un cachorrillo, y aquel gesto encajaba con su carácter. Pero los cachorros también pueden morder cuando se les provoca. No son asesinos... un cachorro no te saltará nunca a la garganta, pero a muchos hombres les han tenido que coser los dedos por molestar a un perrito con una zapatilla o un hueso de goma. Esto también podría ser parte del carácter de Davidson, tal como lo recuerdo. Daría una fortuna, como ya he dicho, por saber... pero supongo que lo que importa es el

resultado.

»Cuando Davidson apartó las manos del pozo, Brower alargó las suyas para recogerlo. En aquel instante, el rostro de Davidson se iluminó con aparente camaradería y cogió la mano de Brower y se la estrechó diciéndole: “Brillante, Henry, qué juego, simplemente brillante. No creo que jamás haya...” Brower le interrumpió con un lastimero alarido, que resultó espantoso en el silencio de la sala de juego, y se apartó. Las fichas y el dinero se desparramaron al sacudir la mesa que por poco se cae.

»Todos nos quedamos inmóviles por el inesperado giro de los acontecimientos, incapaces de dar un paso. Brower se apartó a trompicones de la mesa, manteniendo su mano en alto delante de sí, como una versión masculina de lady Macbeth. Estaba blanco como un cadáver y el terror reflejado en su rostro era tal que aun hoy soy incapaz de describirlo. Sentí una oleada de horror como jamás había experimentado antes o después, ni siquiera cuando me entregaron el telegrama con la noticia de la muerte de Rosalie.

»A continuación empezó a gemir. Era un lamento profundo, horrible, de ultratumba. Recuerdo que pensé: Este hombre está completamente loco, y entonces dijo algo de lo más raro: “El contacto... he dejado el contacto encendido en el coche... ¡Oh Dios, cuánto lo siento!”, y se precipitó por la escalera hacia el vestíbulo.

»Fui el primero en reaccionar y corrí tras él, dejando a Baker y Wilden y Davidson sentados alrededor del montón de dinero que Brower había ganado. Parecían estatuas incas guardando un tesoro tribal.

»La puerta principal aún se movía cuando salí a la calle y vi a Brower, de pie al borde de la acera, buscando inútilmente un taxi. Cuando me vio se encogió tan angustiado que no pude evitar sentir una mezcla de pena y asombro.

»“Espere”, dije. “Siento mucho lo que ha hecho Davidson y estoy seguro de que ha sido involuntario. Si tiene que irse, no lo retendré, pero ha ganado mucho dinero y debe recogerlo.”

»“No debí haber venido”, gimió. “Pero estaba tan desesperado por cualquier clase de compañía humana que yo... yo (sin darme cuenta alargué la mano para tocarle) el gesto más elemental de un ser humano a otro cuando está abatido por el dolor...” Pero Brower se apartó de mí y gritó: “¡No me toque! ¿No basta con uno? Oh, Dios, ¿por qué no puedo morir?” Sus ojos febriles descubrieron de pronto a un perro flaco y sarnoso, que andaba por el otro lado de la calle desierta a esa hora de la mañana. Iba con la lengua colgando y agotado, cojeando. Supongo que buscaba cubos de basura donde hurgar. “Aquél podría ser yo”, dijo como para sí. “Rechazado por todos, obligado a caminar solo y a salir al exterior sólo cuando

los demás seres vivientes están a salvo tras sus puertas cerradas. ¡Un perro paria!”

»“Tranquilícese”, le insistí porque lo que estaba diciendo me sonaba a melodramático. “Ha sufrido una impresión desagradable y es obvio que algo le ha ocurrido que le ha puesto nervioso, pero en la guerra vi miles de cosas que...”

»“No me cree, ¿verdad?”, preguntó. “Cree que estoy poseído de una especie de histeria, ¿verdad?”

»“Amigo, realmente no sé de qué está poseído o de qué es víctima, pero lo que sí sé es que si continuamos aquí fuera, con esta humedad, los dos seremos poseídos por la gripe. Si regresa conmigo, al menos hasta la entrada, pediré a Stevens que...”

»Había tal locura en sus ojos que me sentí muy inquieto. Ya no se veía en ellos el menor atisbo de cordura y lo que más me recordaba era a los hombres agotados por la batalla, que había visto trasladar en carretas, desde el frente: carcasas humanas, con ojos vacíos, gimiendo y murmurando.

»“¿Quiere ver cómo un paria responde a otro?”, me preguntó, sin enterarse de lo que le había estado diciendo. “¡Mire, pues, y verá lo que he aprendido en extraños puertos de arribada!” Y de pronto alzó la voz y dijo imperiosamente: “¡Perro!”

»El perro levantó la cabeza, le miró con desconfianza y, bruscamente, se acercó cojeando a Brower. Estaba claro que no quería venir; gemía y gruñía y escondía su rabo entre las patas; pero no obstante se sentía atraído. Llegó a los pies de Brower, y entonces se echó gañendo, encogido y tembloroso. Sus flancos descarnados parecían un fuelle y su único ojo sano se revolvía en su cuenca. Brower lanzó una carcajada horrible, desesperada, que todavía oigo en mis sueños, y se agachó junto al animal. “¿Lo ve?”, dijo. “¡Sabe que soy uno de los suyos... y sabe lo que traigo!” Alargó la mano para tocar al perro y éste aulló amenazadoramente. Enseñó los dientes.

»“¡Cuidado!”, grité. “¡Le morderá!” Brower no me hizo caso. A la luz de la farola vi su rostro lívido, horrible, con los ojos como agujeros quemados en un pergamino. “Tonterías”, salmodió. “Sólo quiero estrecharle la mano... como su amigo hizo conmigo.” Y de golpe agarró la pata del perro y se la estrechó. El perro lanzó un aullido horrible, pero no intentó morderle.

»Luego, Brower se enderezó. Sus ojos se habían aclarado algo y, excepto por su extrema palidez, podía volver a ser el hombre que se había ofrecido, cortésmente, a jugar con nosotros aquella noche. “Me voy”, anunció. “Por favor, presente mis excusas a sus amigos y dígales cuánto siento haberme comportado como un imbécil. Quizá en otra ocasión tendré la oportunidad de redimirme.”

»“Somos nosotros los que debemos pedirle perdón. ¿Ha olvidado usted el

dinero? Hay bastante más de mil dólares.”

»“Oh, sí. ¡El dinero!” Su boca se curvó en la más amarga de las sonrisas que jamás haya visto.

»“No se preocupe por tener que entrar otra vez. Si lo prefiere, se lo traeré. ¿Le parece bien?”

»“Sí, si lo desea, esperaré...” Y mirando al perro que seguía quejándose a sus pies, añadió: “A lo mejor querrá venir a mi casa y comer decentemente por una vez en su miserable vida.” Y reapareció la amarga sonrisa.

»Entonces le dejé, antes de que cambiara de opinión, y me dirigí a la sala de juego. Alguien, probablemente Jack Wilden (siempre había tenido una mente ordenada), había cambiado todas las fichas por billetes y los había amontonado en el centro del tapete verde. Ninguno dijo nada cuando me vieron recogerlo. Baker y Jack Wilden fumaban en silencio; Jason Davidson estaba sentado, con la cabeza agachada, mirándose los pies. Su rostro era la imagen de la desolación y la vergüenza. Le toqué en el hombro y me miró agradecido.

»Cuando llegué a la calle, estaba absolutamente desierta. Brower se había ido. Permanecí allí con un puñado de billetes en cada mano, mirando a un lado y otro, pero no se movía nada. Llamé una vez, por si acaso, por si me estuviera esperando en las sombras de algún lugar cercano, pero no obtuve respuesta. Entonces se me ocurrió mirar al suelo. El perro seguía allí, pero sus días de revolver en los cubos de basura habían terminado. Estaba muerto. Las pulgas y garrapatas abandonaban su cuerpo. Di un paso atrás, asqueado, y a la vez con una especie de sordo terror. Tuve la premonición de que no había terminado aún con Henry Brower, y así era; pero jamás volví a verle.

El fuego en la chimenea había muerto y el frío había empezado a salir de entre las sombras, pero nadie se movió, o habló, mientras George volvía a encender su pipa. Suspiró, cruzó de nuevo las piernas, haciendo crujir las articulaciones, y continuó.

—Los otros que habían tomado parte en el juego fueron unánimes en que debíamos encontrar a Brower y entregarle el dinero. Supongo que algunos creerán que estábamos locos, pero aquélla era una época más decente. Davidson estaba desesperado cuando se fue; traté de retenerle y decirle unas palabras, pero se limitó a sacudir la cabeza y se marchó. Dejé que se fuera. Las cosas le parecerían distintas después de una noche de sueño y ambos podíamos ir en busca de Brower. Wilden se iba de la ciudad y Baker tenía que «hacer visitas». Aquél sería un buen día, pensé, para que Davidson recobrara su propia estima.

»Pero cuando a la mañana siguiente fui a su piso, aún no se había levantado. Pude haberle despertado, pero era joven y decidí dejarle dormir mientras me

dedicaba a la busca de algunos datos elementales.

»Primero vine aquí y hablé con el... —Se volvió hacia Stevens y levantó una ceja.

—Mi abuelo, señor —aclaró Stevens.

—Gracias, Stevens.

—No hay de qué, señor.

—Hablé con el abuelo de Stevens. Le hablé precisamente en el mismo sitio donde ahora se encuentra Stevens. Dijo que Raymond Greer, un individuo que conocía vagamente, había recomendado a Brower. Greer pertenecía al gremio de comerciantes de la ciudad, así que fui a su despacho, en el edificio Flatiron. Lo encontré y hablamos al momento. Cuando le conté lo que había ocurrido la noche anterior, su rostro se llenó de tristeza, piedad y miedo. «¡Pobre Henry!», exclamó. «Sabía que terminaría así, pero nunca pensé que ocurriría tan pronto». Pregunté a qué se refería. «Su derrumbamiento», aclaró Greer. «Todo procede de su primer año de estancia en Bombay, y supongo que nadie excepto el propio Henry llegará jamás a conocer toda la historia. Pero le diré lo que pueda».

»La historia que me contó Greer en su despacho aquel día acrecentó mi simpatía y comprensión. Al parecer, Henry Brower se había visto mezclado en una auténtica tragedia. Y, como en todas las tragedias clásicas, había surgido de un simple fallo... en el caso de Brower, un olvido. Como miembro de la comisión de trabajo en Bombay, disponía del uso de un automóvil, una rareza allí. Greer explicó que Brower disfrutaba como un niño conduciéndolo por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad, espantando a las gallinas y haciendo que hombres y mujeres se arrodillaran para rezar a sus dioses. Iba en él a todas partes, atrayendo la atención de grupos de niños que le seguían a todas horas, pero que se apartaban cuando les ofrecía pasearles en su máquina maravillosa, como hacía con frecuencia. El coche era un Ford A, uno de los primeros coches que podían ponerse en marcha no sólo con la manivela, sino apretando un botón. Les suplico que recuerden esto.

»Un día, Brower llevó el coche a la otra punta de la ciudad para visitar a un fabricante de cuerda de yute. Atrajo la atención, como le era habitual, cuando su Ford rugió y petardeó por las calles, como si fuera una pieza de artillería... Y, naturalmente, seguido por los niños.

»Brower iba a cenar con el fabricante de yute, un acto de gran ceremonia, y se encontraban a mitad del segundo plato, sentados en una terraza a cielo abierto, por encima de la populosa calle, cuando el familiar petardeo del motor se oyó allá abajo, acompañado de gritos y chillidos.

»Uno de los muchachos más atrevidos, hijo de un oscuro santón, había subido

al coche creyendo que el dragón que dormía bajo el capó de hierro no podía ser despertado sin que el hombre blanco se sentara al volante. Y Brower, abstraído en las próximas negociaciones, no había apagado el contacto. Uno puede imaginarse al muchacho, cada vez más audaz delante de sus compañeros, tocando el retrovisor, el volante, e imitando el ruido de la bocina. Cada vez que sacaba la lengua al dragón que dormía bajo el capó, crecía el pavor en el rostro de su público. Su pie debió de haber encontrado el acelerador, quizá se apoyó en él, cuando apretó el contacto. El motor estaba caliente y se puso en marcha al momento. El muchacho, presa del pánico, hubiera debido reaccionar apartando el pie del acelerador. Si el coche hubiera sido más viejo o estado en peores condiciones, se habría calado. Pero Brower lo cuidaba escrupulosamente, y por ello saltó hacia adelante en medio de una serie de ruidosas sacudidas; Brower lo vio al salir corriendo de la casa del fabricante de yute.

»El tropiezo fatal del muchacho fue poco más que un accidente. Quizá en sus esfuerzos por salir, su codo tropezó con la palanca de marchas. Quizá tiró de ella con la angustiada esperanza de que así era como el hombre blanco hacía dormir al dragón. No obstante, ocurrió... El coche alcanzó una velocidad suicida y cargó contra la multitud en aquella calle abarrotada de gente, aplastando las jaulas de mimbre del vendedor de aves, reduciendo a astillas la carreta del vendedor de flores. Bajó rugiendo, colina abajo, en dirección a la esquina, saltó la acera, se estrelló contra un muro de piedra y estalló en una bola de fuego.

George pasó su pipa de un lado a otro de la boca.

—Esto fue lo único que pudo contarme Greer, porque era lo único que tenía sentido de todo lo que le dijo Brower. Lo demás era como una arenga desatinada sobre la locura de que dos culturas tan dispares llegaran a mezclarse. El padre del muchacho muerto se encaró con Brower antes de que se lo llevaran y le lanzó una gallina muerta. Hubo una maldición. En este punto, Greer me dirigió una sonrisa que era como decirme que ambos éramos hombres de mundo, encendió un cigarrillo y comentó: «Cuando ocurre una cosa así hay siempre una maldición. Esos miserables paganos tienen que plantar cara a toda costa. Es su pan de cada día». «¿Cuál fue la maldición?», quise saber. «Supuse que la habría adivinado. El santón le dijo que un hombre que practicaba su brujería sobre un muchacho tan joven debería volverse un paria, un proscrito. A continuación dijo a Brower que cualquier ser viviente al que tocara con sus manos, moriría...». Greer soltó una risita. «¿Y Brower lo creyó?». Greer creía que sí. «Hay que tener en cuenta que el hombre había sufrido una impresión espantosa. Y ahora, por lo que usted me dice, su obsesión se está agravando en lugar de curarse». «¿Puede darme su dirección?», pregunté. Greer buscó en sus ficheros y al fin apareció con unos

datos. Me dijo: «No le garantizo que le encuentre ahí. La gente se ha mostrado reacia a emplearle, y me parece que no dispone de mucho dinero». Sentí una punzada de culpabilidad al oírle, pero no dije nada. Greer me pareció demasiado pomposo, demasiado engreído, para merecer la poca información que yo tenía sobre Henry Brower. Pero al levantarme, algo me empujó a decirle: «Anoche vi a Brower estrechar la pata de un perro sarnoso. Quince minutos después el perro estaba muerto». «¿De veras? ¡Qué curioso!». Levantó las cejas como si el comentario no tuviera que ver con nada de lo que habíamos hablado. Me levanté para despedirme y me disponía a estrechar la mano de Greer, cuando la secretaria abrió la puerta del despacho: «Perdóneme, ¿es usted el señor Gregson?», me preguntó. Asentí, y ella añadió: «El señor Baker acaba de llamar. Le ruega que vaya inmediatamente al número veintitrés de la calle Diecinueve».

»Me dio un vuelco el corazón, porque ya había estado allí una vez aquel día... era la dirección de Jason Davidson. Cuando abandoné el despacho de Greer, le dejé ocupado con su pipa y el *Wall Street Journal*. Jamás volví a verle, pero no lo he lamentado. Me sentía embargado por ese temor indefinido que nunca cristaliza en temor real por un objeto determinado, porque es demasiado espantoso, e increíble para ser tomado en serio.

En este punto interrumpí su narración:

—¡Santo Dios, George! ¿No irá a decirnos que estaba muerto?

—Así es —asintió George—. Llegué casi al mismo tiempo que el forense. Se dictaminó muerte por trombosis coronaria. Hacía dieciséis días que había cumplido veintitrés años.

»En los días siguientes traté de decirme que todo había sido una desgraciada coincidencia, y que era mejor olvidarlo. No dormía bien incluso con la ayuda de mi buen amigo Cutty Sark. Me dije que lo indicado era repartir el pozo de la noche anterior entre nosotros tres y olvidar que Henry Brower había irrumpido alguna vez en nuestras vidas. Pero no pude. En cambio, rellené un cheque por aquella suma y fui a la dirección que Greer me había dado, en Harlem.

»No estaba. La dirección que había dejado era en el East End, un vecindario menos acomodado pero, de todas formas, decente. Había abandonado también esa dirección un mes antes de la partida de póquer, y su nueva dirección estaba en East Village, un barrio pobre.

»El encargado del edificio, un hombre flaco acompañado de un enorme mastín negro que no dejaba de gruñir, me dijo que Brower se había marchado el tres de abril... el día siguiente al de la partida de póquer. Le pregunté si había dejado alguna dirección y emitió un graznido que aparentemente le servía de risa. «La única dirección que dejan cuando se van de aquí es el infierno, jefe. Pero a veces

se paran en el Bowery en su camino.”

»El Bowery era entonces lo que los turistas creen que es ahora: el hogar de los sin hogar, la última parada para los perdedores anónimos que solamente desean otra botella de vino barato u otra inyección del polvo blanco que proporciona sueños agradables o eternos. Me dirigí allá. En aquellos días había docenas de casas de mala muerte, algunas organizaciones caritativas que recogían a los borrachos por la noche y centenares de callejones donde un hombre podía esconder un viejo colchón plagado de chinches. Vi docenas de hombres, todos poco más que esqueletos carcomidos por la bebida y la droga. Ni se conocían nombres, no se usaban. Cuando un hombre llega al nivel más bajo, con el hígado deshecho por el alcohol, con la nariz llagada de tanto esnifar cocaína, con los dedos entumecidos y los dientes careados... ese hombre ya no necesita su nombre. Pero yo describía a Henry Brower a todos los que veía, sin conseguir nada. Los camareros de los bares meneaban la cabeza y se encogían de hombros. Los demás ni siquiera levantaban la cabeza y seguían caminando.

»No le encontré aquel día, ni el otro, ni el siguiente. Transcurrieron dos semanas, hasta que un hombre me dijo que alguien parecido había dormido tres noches atrás en la pensión de Devarney.

»Fui allí; estaba solamente a un par de manzanas. El hombre del mostrador era un viejo áspero, con una calva escamosa y ojos legañosos y brillantes. En la sucia ventana se anunciaban habitaciones por diez centavos la noche. Mientras duró mi descripción de Brower el viejo fue asintiendo con la cabeza y, cuando hube terminado, me dijo: “Le conozco, sí señor. Le conozco muy bien. Pero no puedo recordar exactamente... creo que me ayudaría ver un dólar delante de mí.” Saqué un dólar y lo hizo desaparecer al instante, pese a su artritis. “Estuvo aquí, pero se ha ido.” “¿Sabe adónde?” “No recuerdo bien, pero quizá otro dólar me refrescaría la memoria.” Saqué otro billete, que hizo desaparecer tan rápidamente como el primero. Algo, entonces, debió de resultarle divertido, y de su pecho salió una tos rasposa de tuberculoso. “Bien, ya se ha divertido”, le dije, “y además le he pagado bien por ello. Dígame si sabe dónde está ese hombre.” El viejo volvió a reírse: “Potter’s Field es su nueva residencia; tiene un contrato para la eternidad y al diablo por compañero. Debí de morir ayer por la mañana, porque cuando le encontré, a mediodía, todavía estaba caliente y de buen ver. Estaba sentado junto a la ventana. Yo había subido a decirle que si no me pagaba lo pondría de patitas en la calle. Así que se convirtió en huésped del ayuntamiento.” Esto le produjo otro desagradable ataque de risa senil. “¿No observó nada raro?”, pregunté. “¿Algo fuera de lo habitual?” “Me parece recordar algo... Espere...” Le enseñé otro dólar para ayudarle a recordar, pero esta vez no provocó su risa, aunque

desapareció con la misma rapidez que los anteriores. “Sí, había algo raro —dijo el viejo—. He llamado al forense muchas veces, las suficientes para ver cosas. ¡Qué no habré visto yo, buen Dios! Los he encontrado colgados de un clavo en la puerta, muertos en la cama, en la escalera de incendios con una botella entre las piernas y congelados. Incluso encontré a uno ahogado en la palangana del lavabo, hace más de treinta años. Pero ese hombre... sentado, erguido, con su traje marrón, como si fuera un señorito de ciudad, y el cabello bien peinado. Se cogía la mano derecha con la izquierda, sí señor. He visto de todo, pero nunca he visto a un muerto estrechar su propia mano.”

»Me marché andando hacia los muelles, y las últimas palabras del viejo se repetían una y otra vez en mi cerebro como un disco rayado: “*Nunca he visto a un muerto estrechar su propia mano*”.

»Anduve hasta el final de uno de los muelles, hasta donde el agua sucia y gris batía contra los pilares costrosos. Entonces rompí el cheque en pedacitos y los lancé al agua.

George Gregson se aclaró la garganta. El fuego había quedado en brasas y el frío se adueñaba del salón. Las mesas y las sillas parecían espectrales e irreales, como vistas en un sueño donde se mezclan el pasado y el presente. El resplandor teñía las palabras escritas en la chimenea de un color naranja apagado: LO QUE VALE ES LA HISTORIA, NO EL QUE LA CUENTA.

»Sólo le vi una vez, y una vez fue bastante; no se me ha olvidado jamás. Pero sirvió para sacarme de mi propio duelo, porque cualquier hombre que pueda moverse entre sus semejantes no está completamente solo.

—Tráigame el abrigo, Stevens. Creo que me iré a casa... Me he quedado más de lo acostumbrado.

Y cuando Stevens se lo trajo, George sonrió y señaló un pequeño lunar debajo de la comisura izquierda de Stevens.

—Realmente el parecido es asombroso, sabe... Su abuelo tenía un lunar exactamente en el mismo sitio.

Stevens sonrió, pero no comentó nada. George se fue, y nosotros nos marchamos poco después.

LA PLAYA

La nave Fed ASN/29 cayó del cielo y se estrelló. Pasado un momento, dos hombres salieron de su cráneo abierto como si fueran su cerebro. Dieron unos pasos y luego se detuvieron, con sus cascos bajo el brazo, y contemplaron el lugar donde habían ido a parar.

Era una playa que no necesitaba océano. Era su propio océano, un esculpido mar de arena, un mar como una fotografía en blanco y negro, helado para siempre en interminables crestas y hondonadas.

Dunas.

Profundas, empinadas, lisas, arrugadas. Crestas cortantes, crestas planas, dunas de crestas irregulares que parecían amontonadas sobre otras dunas... Un dominó de dunas.

Dunas. Pero océano, no.

Los valles, que eran las depresiones entre esas dunas, serpenteaban en oscuros laberintos. Si uno miraba esas líneas retorcidas y bastante largas, podía parecer que trazaban palabras... palabras oscuras flotando sobre las blancas dunas.

—Joder —dijo Shapiro.

—Inclínate —aconsejó Rand.

Shapiro se dispuso a escupir, pero toda aquella arena le hizo desistir. Quizá no era momento de desperdiciar líquido. Medio enterrada en la arena, la ASN/29 ya no parecía un pájaro moribundo, sino una calabaza que se hubiera abierto descubriendo la podredumbre interior. Había habido fuego. Todos los depósitos de combustible de estribor habían explotado.

—Siento lo de Grimes —dijo Shapiro.

—Sí. —Los ojos de Rand recorrían el mar de arena hasta la línea del horizonte y volvían otra vez.

Sí, *sentía* lo de Grimes. Grimes estaba muerto, no era más que una serie de trozos diseminados en la bodega de proa. Shapiro había mirado y pensado: Parece como si Dios hubiera decidido comerse a Grimes, le hubiera sentado mal y lo hubiera vomitado. Aquello había sido demasiado para el estómago de Shapiro.

Eso y la visión de los dientes de Grimes esparcidos por el suelo del compartimiento.

Shapiro esperaba ahora a que Rand dijera algo inteligente, pero Rand no lo hacía. Los ojos de Rand recorrían las dunas y las depresiones.

—¡Eh! —exclamó Shapiro—. ¿Qué hacemos? Grimes está muerto; tú mandas ahora. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —Los ojos de Rand fueron de un punto a otro sobre las dunas silenciosas. Un viento seco levantaba el cuello impermeabilizado de su traje de protección ambiental—. Si no tienes una pelota de balonmano, no lo sé.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No es eso lo que se supone que se hace en la playa? —repuso Rand.

Shapiro había tenido miedo en el espacio muchas veces, y pánico cuando empezó el fuego; ahora, mirando a Rand, sintió un terror demasiado grande para comprenderlo.

—Es enorme —dijo Rand, y por un momento Shapiro creyó que Rand se refería a su terror—. Una playa infinita. Podrías andar cien kilómetros con la tabla de surfing bajo el brazo y seguir casi en el punto donde habías arrancado sin nada más detrás de ti que cinco o seis huellas de tus pies. Y si permanecieras cinco minutos en el mismo sitio, esas últimas seis o siete también desaparecerían.

—¿Lograste un escáner topográfico antes de caer? —se dijo que Rand estaba conmovido, pero no estaba loco. Si era preciso, podía darle una píldora. Si Rand continuaba divagando, podía darle una inyección—. ¿Conseguiste echar una mirada a...?

Rand le miró fugazmente.

—¿Qué?

«Las franjas verdes». Eso era lo que iba a decirle. Parecía una cita de los Salmos y no pudo decirlo.

—¿Qué? —volvió a preguntar Rand.

—Un escáner topográfico —repitió Shapiro—. ¿No has oído nunca hablar de ello, idiota? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está el océano? ¿Dónde están los lagos? ¿Dónde la franja verde más cercana? ¿En qué dirección? ¿Dónde termina esta jodida *playa*?

—¿Termina? Oh. Ya caigo. No termina nunca. Ni franjas verdes, ni casquetes de hielo. Ni océanos. Esto es una playa en busca de un océano, amigo. Dunas y dunas que nunca terminan.

—Pero ¿de dónde sacaremos el agua?

—No podemos hacer nada.

—La nave está hecha pedazos.

—Muy listo, Sherlock.

Shapiro se calló. Ahora era el momento de callarse o de ponerse histérico. Tenía la sensación, casi la seguridad, de que si se ponía histérico Rand seguiría contemplando las dunas hasta que Shapiro encontrara la solución, o no la encontrara.

¿Cómo se llamaba a una playa que no tenía fin? ¿Un desierto? Sí, el mayor jodido desierto del universo. Mentalmente, oyó contestar a Rand: «Muy listo, Sherlock».

Shapiro permaneció, un momento junto a Rand, esperando a que despertara, que *hiciera* algo. Pero poco después se le acabó la paciencia. Empezó a deslizarse a trompicones por el flanco de la duna a la que se había subido para escudriñar el terreno. Podía sentir la arena chupándole las botas. «Quiero absorberte, chuparte, Bill», imaginó que le decía la duna. En su mente era como la voz seca, árida, de una mujer ya vieja pero aún vigorosa: «Quiero chuparte aquí mismo y darte un gran abrazo».

Esto le hizo recordar cómo solían turnarse dejando que los otros les enterraran en la playa, hasta el cuello, cuando eran pequeños. Aquello había sido divertido, pero ahora le asustaba. Así que apartó esos recuerdos y echó a andar por la arena con pasos cortos, dando patadas, tratando inconscientemente de destruir la perfección simétrica de su inclinación y superficie.

—¿Adónde vas? —La voz de Rand tenía por primera vez un matiz de sensatez y preocupación.

—El radiofaro —respondió Shapiro—. Voy a encenderlo. Seguíamos una ruta marcada en los mapas. Lo captarán los vectores. Será una cuestión de tiempo. Ya sé que las probabilidades son mínimas, pero quizá venga alguien antes de que...

—El radiofaro se ha hecho añicos —dijo Rand.

—¡A lo mejor puede arreglarse! —gritó Shapiro por encima del hombro.

Al entrar dificultosamente por la escotilla se sintió mejor a pesar del olor a cable quemado y a gas freón. Se dijo que se sentía mejor porque había pensado en el radiofaro. Por mal que estuviera, aquel artilugio ofrecía cierta esperanza. Pero no era esa idea lo que había levantado su moral; si Rand decía que estaba roto, probablemente estaría más que roto. Pero es que ya no veía las dunas... ya no podía ver aquella playa infinita.

Eso era lo que le hacía sentirse mejor.

Cuando volvió a la cima de la primera duna, jadeando, con las sienes latiéndole, Rand seguía allí, todavía mirando, mirando y mirando. Había transcurrido una hora. El sol caía perpendicular sobre ellos. La cara de Rand estaba cubierta de sudor y las gotas resbalaban por el cuello y se metían en su

traje como goterones de aceite bajando por un bello androide.

Le he llamado idiota, pensó Shapiro estremeciéndose. Cristo, eso es lo que parece... no un androide sino un idiota que acaba de pincharse con una jeringa enorme.

—¿Rand?

Silencio.

—El radiofaro no estaba roto. —Un destello brilló en los ojos de Rand. Pero al momento volvieron a quedar vacíos, dirigidos hacia las montañas de arena. Shapiro había creído al principio que estaban congeladas, pero ahora imaginó que se movían. El viento era constante. Se moverían. A lo largo de un período de décadas y siglos se... bueno, *caminarían*. ¿Dunas andarinas? Creía recordar esto de su niñez, de la escuela. O de alguna parte, pero ¿qué demonios importaba?

Atisbó una delicada piel de arena deslizarse por el flanco de una de ellas. Como si le hubiera oído.

(oyó lo que estaba pensando)

El sudor empapó su nuca. Estaba perdiendo la cabeza. ¿Y quién no? Estaban en un aprieto, un gran aprieto. Y Rand no parecía darse cuenta... o no le importaba.

—Tenía algo de arena, y el emisor estaba roto, pero había muchos en la caja de recambios de Grimes.

¿No me oye?, se preguntó.

—No sé cómo pudo meterse la arena dentro... Estaba en su sitio, en el compartimiento de almacenaje detrás de la litera, tras tres escotillas cerradas entre él y el exterior, pero...

—Oh, la arena se mete por todas partes. ¿Te acuerdas de cuando ibas a la playa, de niño, Bill? ¿Cuando volvías a casa y tu madre se enfadaba porque dejabas arena por todas partes? Arena en el sofá, en la mesa de la cocina, en los pies de tu cama. La arena de la playa es... —hizo un gesto vago y luego volvió a esbozar aquella sonrisa perturbadora—, omnipresente.

—No se ha estropeado —dijo Shapiro—. La batería de emergencia está funcionando, así que le enchufé el radiofaro. Me coloqué los auriculares por unos minutos y pedí una lectura de equivalencias a cincuenta *parsecs*. Suena como una sierra mecánica. Es mejor de lo que podíamos esperar.

—No vendrá nadie. Ni siquiera los chicos de la playa. Los chicos de la playa llevan muertos más de ocho mil años. Bienvenidos a la Ciudad de los Rompientes, Bill. Ciudad de los Rompientes, *sin* rompientes.

Shapiro contempló las dunas. Se preguntó cuánto tiempo llevaría la arena allí. ¿Un trillón de años? ¿Un quintillón? ¿Había habido vida allí alguna vez? ¿Quizá

incluso vida *inteligente*? ¿Ríos? ¿Manchas verdes? ¿Océanos para hacer de aquello una verdadera playa en lugar de un desierto?

Shapiro, al lado de Rand, pensaba en todo aquello. El viento le despeinaba. Y de repente tuvo la certeza de que todo aquello había existido, y pudo imaginar por qué se había acabado.

El retroceso de las ciudades cuando sus manantiales y áreas circundantes se vieron empujadas y ahogadas por la arena deslizante. Podía ver los brillantes abanicos oscuros de barro de aluvión, al principio brillantes como pieles de foca, pero cada vez más opacos al ir extendiéndose desde las desembocaduras de los ríos. Veía el barro brillante como piel de foca transformarse en pantanos pestilentes, y al final en arenas movedizas. Podía ver las montañas a medida que la creciente y cálida arena fundía sus nieves eternas; veía los últimos picos señalando al cielo como dedos de hombres enterrados vivos; los veía cubiertos, e inmediatamente olvidados, por aquellas dunas monstruosas.

¿Cómo las había llamado Rand? «Omnipresentes».

Si acabas de tener una visión, Billy era una horrible y maldita visión.

Oh, pero no lo era. No era horrible, sino plácida. Era tan tranquila como una siesta en una tarde de domingo. ¿Qué puede haber más plácido que una playa?

Apartó estos pensamientos y pensó otra vez en la nave.

—La caballería no vendrá —dijo Rand—. La arena nos cubrirá y al poco tiempo nosotros seremos la arena y la arena será nosotros. La Ciudad de los Rompientes sin rompientes... ¿Lo entiendes, Bill?

Y Shapiro estaba aterrorizado porque lo entendía. No se podían ver todas aquellas dunas sin entenderlo.

—Jodido idiota de mierda —masculló, y regresó a la nave.

Y se escondió de la playa.

Por fin llegó la puesta de sol. La hora en que en la playa, en cualquier playa de *verdad*, uno dejaba la pelota y se ponía el jersey y se sacaban los bocadillos y la cerveza. Todavía faltaba un poco para empezar el besuqueo con las chicas, pero muy poco. Era la hora de *esperar* el besuqueo.

Bocadillos y cerveza no formaban parte de las provisiones de la ASN/29.

Shapiro pasó la tarde embotellando toda el agua recuperable de la nave. Utilizó un trozo de tubo para succionar la que había salido de las venas rotas del sistema de aprovisionamiento de la nave, y que había formado charcos en el suelo. Recuperó la escasa que había quedado en el fondo del tanque hidráulico. No pasó por alto ni siquiera el pequeño cilindro de las entrañas del sistema de

purificación del aire que circulaba por las áreas de almacenamiento.

Al final entró en la cabina de Grimes.

Grimes tenía pececillos en una pecera circular construida especialmente para las condiciones de ingravidez. El tanque era de plástico, resistente, y había sobrevivido a la caída. Los peces de colores, como su dueño, no habían resistido. Flotaban en un grupo anaranjado en la parte superior de la esfera que había ido a parar debajo de la litera de Grimes, junto con su ropa interior y media docena de vídeos porno.

Sostuvo el globo-acuario un momento, mirándolo fijamente:

—Ay, pobre *Yorick*, le conocía bien —declamó de pronto, y lanzó una risotada enloquecida.

Luego buscó la red que Grimes guardaba en su taquilla y la metió en la pecera. Retiró los pececillos y se preguntó qué iba a hacer con ellos. Pasado unos minutos los llevó a la cama de Grimes y levantó la almohada.

Había arena.

Los dejó allí, y a continuación, cuidadosamente, vertió el agua en el envase que utilizaba para recogerla. Habría que purificarla, pero incluso en el caso de que los purificadores no funcionasen, pensó que en un par de días no le molestaría beber agua de la pecera sólo porque tuviera flotando en ella alguna que otra escama y un poco de mierda de los peces de colores.

Purificó el agua, la repartió y llevó la parte correspondiente a Rand hasta la ladera de la duna. Rand seguía donde le había dejado, como si no se hubiera movido.

—Rand, he traído tu ración de agua. —Abrió la cremallera de la bolsa delantera del traje de Rand y le metió dentro una botella plana de plástico. Se disponía a cerrar la bolsa cuando Rand le apartó la mano. Sacó la botella. En la parte delantera se leía: ASN/CLASS. BOTELLA DEL ALMACÉN DE PROVISIONES DE LA NAVE 23.196.755. ESTERILIZADA, SI EL PRECINTO ESTÁ INTACTO.

Ahora el precinto estaba roto; Shapiro había tenido que llenar la botella.

—La he purificado...

Rand abrió la mano y la botella cayó sobre la arena blandamente.

—No la quiero.

—Que no... Pero Rand, ¿qué te ocurre? Maldita sea, ¿quieres dejar de hacer el tonto?

Rand no contestó.

Shapiro se inclinó y recogió la botella 23.196.755. Sacudió la arena adherida a los lados como si fueran enormes e hinchados gérmenes.

—¿Qué te ocurre? —repitió Shapiro—. ¿Estás conmocionado? ¿Es eso? Puedo darte una píldora... o una inyección, porque me estás contagiando. Aquí, inmóvil, mirando hacia las cuarenta siguientes millas de nada. ¡Es *arena*! ¡Solamente *arena*!

—Es una playa —dijo Rand con tono soñador—. ¿Quieres hacer un castillo de arena?

—Está bien. Voy a buscar una jeringa y una ampolla de Yellowjack. Si quieres actuar como un loco de remate, yo te trataré como tal.

—No intentes inyectarme nada o te arrepentirás —advirtió Rand tranquilamente—. Te romperé el brazo.

Y podía hacerlo. Shapiro, el astrogante, pesaba unos setenta kilos y medía un metro cincuenta. El combate físico no era su especialidad. Masculló una palabra y regresó a la nave, con la botella de Rand.

—Está viva —musitó Rand—. Estoy seguro.

Shapiro se volvió a mirarle, y luego observó las dunas. La puesta de sol colocaba una filigrana de oro en sus crestas, una filigrana que las sombreaba delicadamente hasta transformarse en el más oscuro ébano en las depresiones; en la duna siguiente el ébano se transformaba en oro. De oro a negro, de negro a oro. Oro a negro y negro a oro y oro a...

Shapiro parpadeó rápidamente y se frotó los ojos con la mano.

—Varias veces he notado cómo esta duna se movía bajo mis pies —contó Rand a Shapiro—. Se mueve con mucha gracia. Es como sentir la marea. Puedo oler su olor en el aire, un olor como a sal.

—Estás loco —le dijo Shapiro. Estaba tan asustado que le parecía que su cerebro se había vuelto de cristal.

Rand no contestó; sus ojos acechaban las dunas, que pasaban del oro al negro, del negro al oro, al ponerse el sol.

Shapiro regresó a la nave.

Rand permaneció en la duna toda la noche, y todo el día siguiente.

Shapiro se asomó y le vio. Rand se había despojado de su traje de protección ambiental y la arena lo cubría casi por completo. Solamente sobresalía una manga, desolada y suplicante. La arena hizo pensar a Shapiro en unos labios chupando con desdentada gula un bocado tierno. Shapiro sintió deseos de desmoronar el costado de la duna y salvar el traje de Rand.

Pero no lo hizo.

Permaneció sentado en su cabina, esperando la nave de salvamento. El olor a

freón se había disipado, reemplazado por el hedor de Grimes descomponiéndose.

La nave de salvamento no llegó aquel día, ni aquella noche, ni al tercer día.

La arena apareció, sin saberse cómo, en la cabina de Shapiro, aunque había cerrado la escotilla y parecía perfectamente hermética. Eliminó los montoncitos de arena con el aspirador, como había hecho con los charcos de agua el primer día.

Estaba sediento todo el tiempo. Su botella estaba casi vacía.

Creyó oler a sal en el aire; en sueños oyó el graznar de las gaviotas.

Y podía oír la arena.

El viento, incansable, acercaba la primera duna a la vera de la nave. Su cabina seguía a salvo gracias al aspirador, pero la arena se estaba apoderando de lo demás: había entrado por las mamparas destrozadas y se adueñaba de la ASN/29. Se movía como filamentos y membranas por los intersticios. En uno de los tanques reventados se estaba formando un montón.

El rostro de Shapiro parecía demacrarse por culpa de la barba incipiente.

Cerca de la puesta del sol del tercer día, subió a la duna para estudiar a Rand. Pensó llevarse una aguja hipodérmica, pero finalmente desistió. Lo de Rand era bastante más que una conmoción; ahora estaba seguro. Rand estaba loco. Lo mejor sería que muriera rápidamente. Y por lo visto eso era exactamente lo que iba a ocurrir.

Shapiro estaba demacrado; Rand, extenuado. Su cuerpo era como un palo descarnado. Sus piernas, anteriormente fuertes y gruesas, hechas de músculos de hierro, eran ahora blandos colgajos. Estaba en calzoncillos de nailon rojo que parecían un absurdo bañador. Había empezado a nacerle una ligera barba, cubriendo con su pelusa, la barbilla y sus hundidas mejillas. La barba era del color de la arena de las playas. Su cabello, anteriormente de color castaño desvaído, se había vuelto casi rubio. Le colgaba sobre la frente. Solamente sus ojos, que miraban a través del flequillo con viva intensidad azul, seguían vivos. Estudiaban la playa.

(Las dunas, maldita sea, las DUNAS).

Implacables.

Ahora Shapiro veía algo muy malo. En verdad, una cosa muy mala: el rostro de Rand se estaba transformando en una duna. Su barba y su cabello estaban ahogando su rostro.

—Vas a morir —dijo Shapiro—. Si no vienes a la nave y bebes, morirás.

Rand no respondió.

—¿Es eso lo que quieres?

Nada. Sólo el rumor del viento. Shapiro se fijó en que las arrugas del cuello de

Rand se iban llenando de arena.

—Lo único que *quiero* —oyó decir a Rand en una voz apagada, lejana, como el viento—, es mi casete de los Beach Boys. Está en mi cabina.

—¡Jódete! —exclamó Shapiro, furioso—. ¿Sabes lo que quiero yo? Que llegue una nave antes de que mueras. Quiero verte debatiéndote y gritando cuando te arranquen de tu condenada playa. Quiero verlo.

—La playa también se quedará contigo —dijo Rand. Su voz era vacua y sonaba como el viento dentro de una calabaza reventada... una calabaza abandonada en un campo al terminar la última cosecha de octubre—. Escucha bien, Bill. Escucha el *rompiente*.

Rand ladeó la cabeza. Su boca, medio abierta, dejaba ver la lengua. Estaba tan arrugada como una esponja seca.

Shapiro oyó algo.

Oyó las dunas. Cantaban canciones de tardes de domingo en la playa... siestas en la playa, sin sueños. Largas siestas. Apacible despreocupación. El triste alarido de las gaviotas. Granos de arena movedizos, desaprensivos. Dunas andarinas. Oyó... y se sintió atraído. Atraído hacia las dunas.

—¿Lo estás oyendo? —dijo Rand.

Shapiro cerró los ojos; sus pensamientos volvieron a reunirse lenta y torpemente. Su corazón estaba desbocado.

Basta, gimió Shapiro en su interior.

Oh, escucha esta ola, le murmuraron las dunas.

Y Shapiro, en contra del sentido común, escuchó.

Entonces, su sentido común dejó de existir. Lo escucharía mejor si me sentara, pensó.

Se sentó a los pies de Rand, apoyó los talones contra los muslos como un indio y escuchó.

Oyó los Beach Boys, y los Beach Boys cantaban sobre diversión, diversión y diversión. Les oyó cantar que las chicas en la playa estaban todas a su alcance. Oyó...

... el hueco canto del viento, no en su oído sino en el cañón que separaba el hemisferio derecho de su cerebro del izquierdo... oyó ese canto en algún lugar de la oscuridad únicamente cruzada por el puente colgante del corpus callosum, que conecta el pensamiento consciente con el infinito. No sentía hambre, ni sed, ni calor ni miedo. Oía solamente la voz en el vacío.

Y llegó una nave.

Bajó del cielo arrastrando la larga estela anaranjada de los reactores. Su ruido atronador rompió la topografía ondulada, y varias dunas se deshicieron como la

trayectoria de una bala en el cerebro. El trueno estalló en la cabeza de Billy Shapiro, que por un momento se sintió sacudido, *desgarrado*, rasgado...

Pero se puso en pie de un salto.

—¡Una nave! —chilló—. ¡Oh, Dios! ¡Una nave!

Era una nave comercial, sucia y destartada por quinientos —o cinco mil— años de servicio tribal. Se posó en tierra, se enderezó bruscamente y resbaló. Soltó chorros ardientes que fundieron la arena transformándola en vidrio negro. Shapiro vitoreó. Rand miró alrededor como un hombre que despierta de un sueño profundo.

—Dile que se marche, Billy.

—¡No lo entiendes! —Shapiro iba de un lado a otro, sacudiendo los puños al aire—. Te recuperarás...

Echó a correr hacia la nave a grandes zancadas, como un canguro huyendo de un incendio. La arena le entorpecía. Shapiro la apartó a patadas. Jódete, arena. Tengo un amor en Hansonville. La arena nunca tuvo amor. La playa nunca amó.

Se abrió la escotilla de la nave mercante y asomó una pasarela, como una lengua. Un hombre bajó por ella seguido de tres androides y un individuo hecho de tiras metálicas que seguramente era el capitán; en todo caso llevaba una boina con una insignia de clan.

Uno de los androides agitó un analizador de muestras en su dirección. Shapiro lo apartó de un manotazo. Cayó de rodillas frente al capitán y abrazó las tiras metálicas que reemplazaban sus piernas muertas.

—Las dunas... Rand... sin agua... vivo... lo hipnotizaron..., yo... gracias a Dios...

Un tentáculo metálico enroscó a Shapiro y lo apartó, arrastrándole sobre el vientre. La arena susurró debajo de él, como riendo.

—Está bien —dijo el capitán—. *Bey-at-shel Me! Me! Gat!*

El androide soltó a Shapiro y se apartó, parloteando alocadamente para sí.

—¡Todo este camino para una jodida nave Fed! —exclamó el capitán con amargura.

Shapiro se echó a llorar. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo.

—Dud. *Gee-yat! Gat!* ¡Agua para él, vivo!

El hombre que había bajado en cabeza le entregó una botella. Shapiro bebió de ella golosamente, dejando que la boca se le llenara de un agua fría como el cristal, que le escurría por la barbilla, y le caía sobre la descolorida túnica. Se atragantó, tosió y volvió a beber.

Dud y el capitán le observaban. Los androides seguían con su parloteo metálico.

Por fin, Shapiro se secó la boca y se sentó. Se sentía mejor, pero el mareo persistía.

—¿Tú Shapiro? —preguntó el capitán.

Shapiro asintió con la cabeza.

—¿Afiliación o clan?

—Ninguno.

—¿Número de la ASN?

—Veintinueve.

—¿Tripulación?

—Tres. Uno muerto. El otro... Rand... allí. —Señaló sin mirar.

La cara del capitán no mudó de expresión. La de Dud, sí.

—La playa se apoderó de él —explicó Shapiro, y advirtió sus expresiones de leve curiosidad—. Conmoción... quizá. Parece hipnotizado. No deja de hablar de... de los Beach Boys. No importa, no lo entenderían. No quiso beber ni comer. Está muy mal.

—Dud, llévate a uno de los androides y bajadlo de ahí. —Ordenó el capitán y sacudió la cabeza—. ¡Maldita sea, nave Fed, sin botín!

Dud inclinó la cabeza. Al poco rato se encaramaba a la duna con uno de los androides. Éste parecía un surfista de veinte años de los que se ganan un dinerillo extra distrayendo a viudas aburridas, pero la forma de andar le delataba mucho más que los tentáculos articulados que le servían de brazos. El paso, común en todos los androides, era el paso lento, reflexivo, casi doloroso, de un anciano mayordomo inglés aquejado de hemorroides.

El transmisor del capitán zumbó.

—Adelante.

—Soy Gómez, capitán. Tenemos una lectura de situación. El escáner topográfico y la telemetría de superficie nos muestran una superficie sumamente inestable. No hay base rocosa donde afianzarnos. Descansamos sobre nuestro propio tubo de escape y ahora mismo puede que sea lo más firme de todo el planeta. Lo malo es que el tubo está empezando a ceder:

—¿Recomendación?

—Largarnos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Estás loco, Gómez.

El capitán pulsó un botón y el transmisor enmudeció. Los ojos de Shapiro giraban en sus órbitas:

—Olvídense de Rand. Está tocado.

—Los recojo a los dos o a ninguno —respondió el capitán—. No he conseguido botín pero la Federación me pagará algo por ustedes dos... y no porque valgan algo. Él está loco y usted muerto de miedo.

—No... Es que no lo comprende... Usted...

Los ojos amarillentos y astutos del capitán se animaron:

—¿Llevaban contrabando? —preguntó.

—Capitán... por favor...

—Porque si lo llevaban sería una tontería dejarlo aquí. Dígame de qué se trata y dónde está. Lo repartiremos setenta-treinta. Es la tarifa establecida para el rescate. Sabe bien que no conseguiría nada mejor. Lo que...

El tubo de escape se inclinó de pronto. Una inclinación visible. Una bocina empezó a sonar dentro de la nave mercante, con sorda regularidad. El transmisor del capitán volvió a dispararse.

—¡Oigan! —chilló Shapiro—. ¿No se dan cuenta de lo que les espera? ¿Quieren hablar de contrabando ahora? ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

—Cierre el pico, o haré que uno de esos tíos te calme —advirtió el capitán. Su voz sonaba serena pero su expresión había cambiado. Pulsó el comunicador.

—Capitán, leo diez grados de inclinación y va en aumento. El elevador está bajando paulatinamente. Tenemos tiempo, pero poco, antes de que la nave se vuelque de lado.

—Las riostras la sostendrán.

—No, señor, no la sostendrán.

—Empiece el encendido de las secuencias de despegue, Gómez.

—Muy bien, señor. —El alivio en la voz de Gómez era evidente.

Dud y el androide regresaban por la duna. El androide Ran se iba quedando rezagado y venía por detrás de ellos. Y de pronto ocurrió una cosa extraña: el androide cayó de bruces. El capitán frunció el entrecejo, sorprendido. No había caído como se supone que cae un androide, es decir, más o menos como un ser humano. Fue como si alguien hubiera empujado un maniquí en unos grandes almacenes. Cayó tieso, y levantó una nubecita de arena.

Dud retrocedió y se arrodilló a su lado. Las piernas del androide seguían moviéndose como si imaginara, en sus millones de microcircuitos de freón refrigerado que formaban su mente, que seguía caminando. Pero el movimiento de las piernas era lento y mecánico. Cesó. Empezó a salir humo de sus poros y sus tentáculos se estremecieron sobre la arena. Era terrible, era como ver morir a un ser humano. De su interior salió un crujido: ¡*Craaaaaagggg*!

—Se llenó de arena —murmuró Shapiro—. Es lo que dice una canción de los Beach Boys.

El capitán lo fulminó con la mirada:

—No sea ridículo. Esta cosa podía andar a través de una tormenta de arena sin que le entrara un solo grano.

—No en *este* mundo.

El tubo de escape volvió a moverse. La nave estaba ahora claramente escorada. Se oyó una especie de gemido al tener que soportar más peso las riostras.

—¡Déjelo! —gritó el capitán a Dud—. Maldita sea, ¡déjelo!

Dud regresó dejando al androide que se moviera boca abajo en la arena.

—¡Maldito desastre! —masculló el capitán.

Él y Dud se lanzaron a una conversación en una jerga que Shapiro sólo podía entender hasta cierto punto. Dud explicó al capitán que Rand se había negado a marcharse. Ya entonces se movía a sacudidas y de su interior salían extraños ruidos. También había empezado a recitar una letanía, una mezcla de coordenadas galácticas y un catálogo de las cintas de música folk del capitán. El propio Dud había tenido que enfrentarse con Rand. Lucharon brevemente. El capitán dijo a Dud que si había permitido a un androide que llevaba tres días expuesto al sol que le dominara, tal vez sería mejor buscarse otro primer oficial.

El rostro de Dud se ensombreció, avergonzado, pero su expresión grave y preocupada no se alteró. Volvió lentamente la cabeza descubriendo así cuatro marcas profundas en la mejilla. Iban hinchándose lentamente.

—*Him-gat big indicis* —explicó Dud—. *Strong-for-Cry. Him-gat for umby.*

—¿*Umby-him for-Cry?* —El capitán miró severamente a Dud. Éste asintió:

—*Umby. Bey-at-shel. Umby-for-Cry.*

Shapiro se había concentrado, forzando su mente cansada y aterrorizada en busca de la palabra. Por fin la encontró: *Umby* quería decir loco. «Es fuerte, santo Dios. Fuerte porque está loco. Tiene grandes medios, gran fuerza. Porque está loco».

Grandes medios... quizá quería decir grandes rompientes.

—No estaba seguro. En cualquier caso venía a ser lo mismo.

Umby.

El suelo volvió a moverse bajo los pies de Shapiro, y la arena pasó por encima de sus botas.

Por detrás de ellos se oyó el sordo *ka-tud, ka-tud, ka-tud* de los tubos de ventilación. Shapiro pensó que aquello era el ruido más precioso que había oído en su vida.

El capitán estaba sentado, sumido en sus pensamientos, como un fantástico centauro, cuya parte inferior fueran cables y chapas en lugar de caballo. Después levantó la cabeza y volvió a pulsar el transmisor.

—Gómez, envíe a Montoya con una pistola tranquilizante.

—Entendido.

El capitán miró a Shapiro y le dijo:

—Ahora, por si era poco, he perdido un androide cuyo valor equivale a diez años de su sueldo. Me siento estafado, así que me propongo llevarme a su compañero.

—Capitán... —Shapiro no pudo evitar mojarse los labios. Sabía que era algo inoportuno en aquel momento; no quería parecer loco, o histérico, y el capitán, al parecer, había decidido que era las dos cosas a la vez. Pasarse la lengua por los labios añadiría fuerza a la impresión, pero sencillamente no podía evitarlo—. Capitán, es necesario salir de este mundo tan pronto como sea pos...

—Cierre el pico, idiota —le interrumpió el capitán.

De la duna cercana se elevó un alarido:

—No me toquen. No se me acerquen. Déjenme en paz. ¡Déjenme todos!

—*Big indics gat umby* —declaró Dud gravemente.

—*Ma-him, yeah-mon* —respondió el capitán, y volviéndose a Shapiro—: Está mal de la cabeza, ¿verdad?

Shapiro se estremeció.

—No lo sabe usted bien. Usted sólo...

La nave se escoró un poco más. Las riostras protestaron quejumbrosamente. El transmisor zumbó. La voz de Gómez sonó estridente, un poco insegura:

—¡Tenemos que largarnos inmediatamente, capitán!

—Muy bien. —Un hombre de tez oscura apareció en la pasarela, empuñando una pistola de largo cañón.

El capitán le señaló a Rand:

—*Ma-him, for-Cry, Can?*

Montoya, impávido ante la tierra inclinada, que no era tierra sino arena fundida a vidrio (e incluso éste empezaba a agrietarse, según vio Shapiro), imperturbable ante los crujidos de las riostras o la impresionante visión del androide que ahora parecía cavar su propia sepultura, estudió la delgada silueta de Rand por un instante:

—*Can* —aseguró.

—*Gat! Gat-for-Cry!* —Y el capitán escupió a un lado—. Dispárale a la cabeza, no me importa, siempre y cuando respire aún cuando lo subamos a bordo.

Montoya levantó la pistola, con gesto aparentemente casual, pero Shapiro,

incluso en su estado de pánico, se fijó en cómo Montoyaladeaba la cabeza al apuntar. Como muchos miembros de los clanes, la pistola formaba casi parte de él, como señalar con el dedo.

Se oyó un sordo *puf* cuando apretó el gatillo y el dardo tranquilizante salió disparado.

Una mano surgió de la duna y cogió el dardo.

Era una enorme mano parda, temblorosa, hecha de arena. Se alzó en el aire, sencillamente, y apagó el brillo momentáneo del dardo. Luego la arena volvió a caer pesadamente. Ya no había mano. Imposible creer que la hubiera habido. Pero todos la habían visto.

—*Giddy-hump* —comentó el capitán.

Montoya cayó de rodillas:

—*Aidy-May-for Cry, bit-gat come! Saw-hoh got belly-gat-for-Cry...!*

Shapiro, como atontado, se dio cuenta de que Montoya estaba rezando el rosario en su extraña lengua. Sobre la duna, Rand daba saltos, elevando los puños al cielo, chillando débilmente por su triunfo.

—Una mano. Fue una MANO. Tiene razón, está viva, viva...

—*Indic!* —gritó el capitán a Montoya—. *Can-nit! Gat!*

Montoya se calló. Sus ojos rozaron la figura saltarina de Rand y los apartó al instante. Su rostro reflejaba un terror supersticioso.

—Está bien —dijo el capitán—. Ya he tenido bastante. Nos vamos.

Apretó dos botones de su traje. El motor que debía haberle girado de cara a la nave, frente a la pasarela, no funcionó. El capitán blasfemó. La nave volvió a moverse.

—¡Capitán! —gritó Gómez presa del pánico.

El capitán apretó otro botón y los cables y placas empezaron a moverse, hacia atrás, pasarela arriba.

—Guénme —pidió el capitán a Shapiro—. Me falta el jodido retrovisor. Fue una mano, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero salir de aquí —insistió el capitán—. Hace más de catorce años que no he tenido una erección y ahora siento como si me estuviera mojando.

Una duna se desplomó de pronto sobre la pasarela. Sólo que no era una duna, sino un brazo.

—Joder, oh, joder —barbotó el capitán.

Rand seguía dando saltos y chillando encima de su duna.

Ahora, las piernas de la parte inferior del capitán empezaron a rechinar, y siguieron deslizándose hacia atrás.

—Qué...

Las piezas se trabaron. La arena las había invadido.

—¡Levántenme! —gritó el capitán a los dos restantes androides—. ¡Ahora mismo!

Sus tentáculos se enroscaron en los engranajes para levantarlo. Su aspecto era ridículo, parecía un estudiante a punto de ser objeto de una novatada por un grupo de brutos. Iba pulsando sus botones.

—¡Gómez! ¡Encienda la secuencia final! ¡Ahora!

La duna situada al pie de la escalerilla se transformó en una mano. Una enorme mano oscura que empezó a trepar por la pendiente.

Con un alarido, Shapiro consiguió escapar.

El capitán, soltando maldiciones, fue alejado de ella.

Se retiró la pasarela. La mano cayó y volvió a convertirse en arena. La escotilla irisada se cerró. Los motores empezaron a rugir. Shapiro se dejó caer, al suelo, y la aceleración lo aplastó contra una de las mamparas. Antes de perder el sentido, le pareció sentir la arena agarrando la nave con brazos musculosos, oscuros, esforzándose por retenerles en tierra...

Por fin se elevaron y se alejaron.

Rand les contempló marcharse. Se había sentado. Cuando el rastro de vapor de los reactores desapareció finalmente del cielo, volvió de nuevo sus ojos a la placidez de las dunas.

—Tenemos un coche del 34 y lo llamamos carro —canturreó a la arena vacía y movediza—. No es muy divertido, pero es un buen viejo carro.

Lenta y reflexivamente, empezó a meterse puñado tras puñado de arena en la boca. Tragaba... tragaba... tragaba. Pronto su vientre fue como un barril hinchado y la arena empezó a subirle por las piernas.

LA IMAGEN DE LA MUERTE

—Lo trasladamos el año pasado, y fue de lo más complicado —explicó Carlin mientras subían la escalera—. Además, tuvimos que hacerlo a mano. No había otra forma. Lo aseguramos de accidentes en Lloyd's antes incluso de sacarlo de su caja, en el salón. Fue la única compañía que quiso asegurarlo por la cantidad que habíamos previsto.

Spangler no dijo nada. El hombre era un imbécil. Johnson Spangler hacía tiempo que había aprendido que la única forma de tratar con un imbécil era ignorarle.

—Lo aseguramos por un cuarto de millón de dólares —terminó Carlin cuando llegaban al rellano del segundo piso—. Y nos costó un buen pico. —Era un hombrecillo regordete, con gafas sin montura y una calva morena que brillaba como una pelota de voleo barnizada. Una armadura, que guardaba la oscuridad de caoba del corredor del segundo piso, les contempló impasible.

Era un corredor largo, y Spangler miró las paredes, y lo que estaba colgado en ellas, con frío ojo profesional. Samuel Glaggert había comprado mucho, pero no había comprado bien. Como muchos de los grandes industriales, que se habían hecho a sí mismos en el pasado 1800, había resultado poco más que un amo de casa de empeños disfrazado de coleccionista, un experto en pinturas monstruosas, novelas y colecciones de poesías sin valor encuadernadas en cuero valioso, y atroces esculturas, todo ello considerado por él como arte.

En aquel piso las paredes estaban recubiertas, mejor dicho festoneadas, de tapices marroquíes de imitación, innumerables (y sin duda anónimas) madonnas sosteniendo innumerables niños nimbados, mientras innumerables ángeles revoloteaban de un lado a otro en el fondo, grotescos candelabros repletos de volutas, y una lámpara monstruosa, cursivamente ornamentada y rematada por una ninfa sonriente y salaz.

Naturalmente, el viejo pirata había conseguido algunas piezas interesantes; la ley de las probabilidades lo requiere así. Y si el Museo Particular en Memoria de Samuel Claggert («visitas acompañadas cada hora, 1 dólar los adultos, 50

centavos los niños»... ridículo) contenía un 98 por ciento de flagrante basura, el 2 por ciento restante, cosas como el rifle Coombs colgado sobre la chimenea de la cocina, la curiosa y pequeña *cámara oscura* en el salón, y por supuesto el...

—El espejo Delver fue retirado de la planta baja después de un desgraciado... incidente —informó bruscamente Carlin, motivado aparentemente por un horrendo retrato colgado en el rellano del siguiente tramo de escaleras—. Hubo otros... (palabras agresivas, declaraciones ofensivas), pero ése fue un intento deliberado de *destruir* realmente el espejo. La mujer, una tal Sandra Bates, llegó con una piedra en el bolsillo. Afortunadamente tenía mala puntería y sólo estropeó una esquina del marco. El espejo no sufrió daños. Esa Bates tenía un hermano...

—No necesito que me recite el recorrido de a dólar —le cortó Spangler—. Conozco bien la historia del espejo Delver.

—Fascinante, ¿no le parece? —Carlin le dirigió una extraña mirada de soslayo—. Tenemos a la duquesa inglesa de 1709, y el comerciante de alfombras de Pensilvania en 1746, por no hablar de...

—Conozco la historia —repitió Spangler sin inmutarse—. Lo que a mí me interesa es el trabajo. Y luego, naturalmente, la autenticidad...

—¡Autenticidad! —exclamó Carlin con una seca risita que sonó como si se hubieran sacudido huesos en la alacena—. Todo ha sido examinado por expertos, señor Spangler.

—Claro, también lo fue el Stradivarius de Lemlier.

—Cierto —suspiró Carlin—. Pero ningún Stradivarius tuvo jamás la... jamás causó tantos incidentes como el espejo Delver.

—En efecto —dijo Spangler con su dulce voz despectiva. Comprendía que no había forma de cerrarle el pico a Carlin; tenía una mente perfectamente acorde con su edad—. En efecto.

Subieron al tercer y cuarto piso. Al acercarse a la parte alta de la vieja estructura, notaron un calor agobiante en las oscuras galerías superiores. Con el calor, se notó un olor que Spangler conocía bien porque había pasado toda su vida de adulto envuelto en él... un olor a moscas muertas en oscuros rincones, humedad, y carcinoma detrás del yeso. El olor a vejez. Era un olor común en museos y mausoleos. Imaginó que ese mismo olor podía salir de la tumba de una joven virginal que llevara cuarenta años muerta.

Allí arriba, las reliquias estaban amontonadas de cualquier modo, con la profusión típica de las almonedas. Carlin lo condujo por un laberinto de estatuas, retratos con marcos partidos, pajareras doradas y pomposas, piezas de una antigua bicicleta-tándem. Le guió hasta el fondo, a una pared a la que se había adosado

una escalera debajo de una trampilla en el techo. De la escotilla pendía un viejo candado polvoriento.

A la izquierda, una imitación de Adonis les contemplaba con sus ojos sin pupilas. Uno de sus brazos se tendía y de la muñeca colgaba un letrero donde se leía: ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA.

Carlin sacó un llavero de su chaqueta, eligió una llave y subió por la escalera de mano. Se detuvo en el tercer peldaño con la calva brillando levemente en la sombra:

—No me gusta el espejo —dijo—. Nunca me gustó. Me da miedo mirarlo. Temo mirar algún día y ver... lo que los demás vieron.

—No vieron otra que su imagen —aclaró Spangler.

Carlin masculló algo, movió la cabeza y tanteó en el techo, torciendo el cuello para meter la llave en el candado.

—Habría que cambiarlo —dijo—. Es... ¡Maldición!

El candado se abrió de pronto y se soltó de las anillas. Carlin hizo un gesto brusco para recuperarlo y casi cayó de la escalera. Spangler lo sujetó oportunamente y miró hacia arriba. Carlin se agarraba tembloroso al último peldaño, pálido en la oscura penumbra.

—Está nervioso, ¿verdad? —preguntó Spangler.

Carlin no contestó. Parecía paralizado.

—Baje, por favor —dijo Spangler—. Baje, antes de que se caiga.

Carlin lo hizo despacio, agarrándose a cada peldaño como un hombre suspendido sobre un abismo. Cuando sus pies tocaron el suelo empezó a temblar, como si el suelo transmitiera alguna clase de corriente.

—Un cuarto de millón —repitió—. Un cuarto de millón de dólares de seguro para sacar... esa *cosa* de la planta baja y subirla aquí. Esa maldita cosa. Tuvieron que montar una polea especial para subirla al desván. Y yo tenía la esperanza, casi recé, de que las manos de alguien estuvieran resbaladizas, que el cable no sería lo bastante resistente, que esa cosa caería y se rompería en mil pedazos...

—Hechos —dijo Spangler—. Hechos, Carlin. Déjese de historias truculentas o películas de miedo de serie B. Hechos. Primero: John Delver era un artesano inglés de ascendencia normanda que fabricó espejos durante el período isabelino en Inglaterra. Vivió y murió normalmente. Nada de palabras mágicas en el suelo que tuviera que limpiar el ama de llaves, nada de documentos con olor a azufre, o con manchas de sangre junto a la firma. Segundo: sus espejos son joyas de coleccionista debido principalmente a su trabajo perfecto y a que empleó un tipo de cristal de aumento levemente distorsionante, algo que los distinguía de los demás. Tercero: por lo que sabemos sólo existen cinco espejos Delver; dos de

ellos en América. No tienen precio. Cuarto: este Delver, y el que fue destruido durante el bombardeo de Londres, se han ganado cierta reputación dudosa debida sobre todo a exageraciones y coincidencias...

—Quinto —añadió Carlin—: es usted un cabrón, ¿verdad?

Spangler contempló con una mueca al ciego Adonis.

—Yo acompañaba al grupo del que formaba parte el hermano de Sandra Bates —prosiguió Carlin—. Tenía unos quince años y formaba parte de un grupo de estudiantes de instituto. Yo estaba contándoles la historia del espejo y había llegado a la parte que *usted* apreciaría (la hermosa factura, la perfección del cristal), cuando el muchacho levantó la mano. «Y ¿qué me dice de esa mancha negra que hay en el ángulo superior izquierdo?», preguntó. «Parece una tara». Y uno de sus amigos le preguntó a qué se refería, así que el chico Bates empezó a explicárselo, pero calló de pronto. Miró el espejo fijamente, acercándose al cordón de terciopelo rojo que lo protegía, luego miró hacia atrás, como si lo que había visto fuera el reflejo de alguien..., de alguien vestido de negro, de pie detrás de él. «Parecía un hombre» dijo. «Pero no le pude ver la cara. Ya no está». Y no dijo más.

—Siga —pidió Spangler—. Se relame por decirme que era la Muerte... creo que esto es lo que se dice, ¿verdad? Que algunas personas ven la imagen de la muerte en el espejo. Venga, suéltelo de una vez. ¡Al *National Enquirer* le encantará la historia! Cuénteme las horribles consecuencias y desafíeme a que pueda explicarlo. ¿Qué pasó, le atropelló un coche? ¿Se tiró por una ventana? ¿O qué?

Carlin rió con tristeza.

—Debería saberlo mejor, Spangler. ¿No me ha dicho por dos veces que usted es... que está perfectamente al corriente de la historia del espejo Delver? No hubo consecuencias horribles. No las ha habido nunca. Por esa razón el espejo Delver no figura en las ediciones domingueras como el diamante Koh-i-noor o la maldición de Tutankhamón. Es manso comparado a esos dos. Cree que soy un imbécil, ¿verdad?

—Sí. ¿Podemos subir ahora?

—Muy bien —dijo Carlin.

Subió por la escalera de mano y empujó la trampilla. Se oyó un chirrido quejumbroso al levantar el peso en la oscuridad y Carlin se perdió en las sombras. Spangler le siguió. El Adonis ciego se quedó mirándolos mudamente.

El desván estaba caliente, iluminado sólo por una ventana llena de telarañas, en

un ángulo, que filtraba la luz exterior con un resplandor lechoso y sucio. El espejo estaba apoyado contra una esquina, de cara a la luz, reflejándola como una mancha blanquecina en la pared opuesta. Había sido atornillado para mayor seguridad a un armazón de madera.

Carlin no lo miró. Se esforzó todo lo que pudo por no mirar.

—Ni siquiera lo ha cubierto con un trapo —protestó Spangler, repentinamente indignado.

—Yo lo veo como un ojo —dijo Carlin; su voz sonaba vacía—. Si se le deja abierto, siempre abierto, a lo mejor se queda ciego.

Spangler no le prestó atención. Se quitó la chaqueta, la dobló cuidadosamente con los botones hacia dentro, y con infinita ternura limpió el polvo de la superficie convexa del espejo. Luego dio un paso atrás y lo contempló.

Era genuino. No cabía la menor duda. Era un ejemplo perfecto del genio de Delver. La habitación llena de trastos, detrás de él, su imagen reflejada, la silueta medio vuelta de Carlin... todo estaba claro, bien definido, casi tridimensional. El leve aumento del cristal daba a todas las cosas un efecto ligeramente curvo que añadía una distorsión inquietante. Era...

La idea se le fue y de pronto sintió otro arranque de ira:

—Carlin.

Carlin no dijo nada.

—¡Carlin, maldito sea, pensé que me había dicho que la muchacha no había dañado el espejo!

No obtuvo respuesta.

Spangler lo miró fríamente por el espejo.

—Hay un trozo de esparadrapo en la parte de arriba, en el ángulo izquierdo. ¿Llegó a partirlo? ¿Por el amor de Dios, diga algo!

—Está viendo a la Muerte —contestó Carlin inexpresivamente—. No hay esparadrapo en el espejo. ¡Pase la mano por encima!

Spangler se envolvió la mano con la manga de su chaqueta, y la apoyó blandamente sobre el espejo.

—¿Lo ve? No hay nada sobrenatural. Se ha ido. Mi mano lo cubre.

—¿Lo cubre? ¿Nota el esparadrapo? ¿Por qué no lo arranca?

Spangler apartó su mano y miró el espejo. Todo en él parecía algo más distorsionado; las esquinas del desván más inclinadas, como si fueran a resbalar hacia una ignota eternidad. No había la menor mancha oscura en el espejo. Estaba impecable. Sintió despertar en su interior un terror inexplicable.

—Parecía él, ¿no cree? —preguntó Carlin. Su rostro estaba muy pálido y sus ojos miraban al suelo. En su cuello palpitaba un músculo—. Admítalo, Spangler.

Parecía una figura embozada, de pie detrás de usted, ¿verdad?

—Parecía una cinta adhesiva cubriendo una pequeña rotura —repuso Spangler con firmeza—. Ni más ni menos...

—El joven Bates era muy fuerte —dijo Carlin. Sus palabras parecían resquebrajar la atmósfera agobiante y quieta—. Era como un jugador de fútbol. Llevaba una camiseta con una gran letra y pantalones verde oscuro. Nos encontrábamos a mitad de camino de la exposición de arriba cuando...

—El calor me está mareando —dijo Spangler. Había sacado un pañuelo y se secaba el cuello. Sus ojos recorrieron la superficie convexa del espejo.

—... cuando dijo que necesitaba beber agua. Un vaso de agua, ¡por el amor de Dios!

Carlin se volvió a mirar a Spangler, con expresión de poseso, y prosiguió:

—¿Cómo iba a saberlo yo? ¿Cómo podía saberlo?

—¿Hay un lavabo por aquí? Creo que voy a...

—Su camiseta... vi fugazmente su camiseta mientras iba bajando la escalera... Después...

—... vomitar.

Carlin sacudió la cabeza y volvió a mirar al suelo.

—Naturalmente. Segundo piso, tercera puerta a la izquierda, en dirección a la escalera. —Levantó la cabeza, suplicante—. ¿Cómo iba a *saberlo*?

Pero Spangler ya estaba bajando por la escalera de mano. Se movió bajo su peso y por un momento Carlin pensó —deseó— que se cayera. No ocurrió así. Por el recuadro abierto en el suelo, Carlin le vio bajar tapándose la boca con la mano.

—¿Spangler?

Pero ya se había ido.

Carlin escuchó sus pasos, el eco de sus pasos, y luego nada. Cuando ya se hubieron apagado, se estremeció. Trató de llevar sus pies hacia la trampilla, pero los tenía helados. Sólo aquella última mirada, fugaz, a la camiseta del muchacho...

¡Dios...!

Era como si unas enormes manos invisibles tiraran de su cabeza, obligándole a levantarla. Aunque no quería mirar, Carlin fijó la vista en la brillante profundidad del espejo Delver.

No había nada.

La habitación se reflejaba con toda fidelidad, sus polvorientos confines

transformados en brillante infinitud. Unas líneas de un poema de Tennyson, casi olvidado, acudieron a su mente de pronto y recitó en voz alta: «Estoy medio mareada por las sombras, dijo la Dama de Shalott...».

Y seguía sin poder apartar la mirada, y la quietud palpitante le retenía. Junto a una esquina del espejo, una cabeza de búfalo, comida por las polillas le miró con sus ojos de obsidiana, planos.

El muchacho había querido beber agua y la fuente estaba en el vestíbulo del primer piso. Había bajado y...

Y nunca más había vuelto.

Jamás.

A ninguna parte.

Lo mismo que la duquesa inglesa que se había detenido a admirarse en su espejo, antes de una *soirée*, y decidió volver al gabinete en busca de sus perlas. Como el vendedor de alfombras que había salido a pasear en coche y había dejado tras él sólo un coche vacío y dos caballos mudos.

Y el espejo Delver había estado en Nueva York desde 1897 hasta 1920, precisamente cuando el juez Crater...

Carlin miró como hipnotizado a lo más profundo del espejo. Abajo, el Adonis ciego vigilaba.

Estuvo esperando a Spangler, casi como la familia Bates debió de haber estado esperando a su hijo, como el marido de la duquesa esperaría a que su esposa volviera del gabinete. Miró al espejo y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

PARA OWEN

Yendo hacia la escuela me preguntas
qué otras escuelas son graduadas.
Llego hasta Fruit Street y apartas los ojos.
Caminando bajo estos árboles amarillos
llevas bajo el brazo tu fiambra del ejército, y tus
piernas cortas, enfundadas en ropa de trabajo,
transforman tu sombra en unas tijeras
que no cortan nada en la acera.
De pronto me dices que todos los estudiantes allí son frutas.
Todos prefieren coger arándanos porque son pequeños.
Las bananas, dices, son los guardias.
En tus ojos veo reuniones de naranjas, y
asambleas de manzanas.
Todos, dices, tienen brazos y piernas
y las sandías son a veces tardías.
Son torpes y gordas.
«Como yo», dices.
Podría decirte muchas cosas, pero mejor no.
Los niños sandía no saben abrocharse los zapatos;
se lo hacen las ciruelas.
O cómo te robo la cara...
te la robo, te la robo, y la llevaré en lugar de la mía.
Pero sobre la mía se gasta enseguida.
Lo hace por estirla.
Podría decirte que morir es un arte
y que aprendo deprisa.
Creo que en esa escuela ya has
elegido tu propio lápiz
y empezado a escribir tu nombre.

Supongo que entre ahora y luego, podríamos
algún día hacer novillos y llevarte a Fruit Street
y yo aparcaría bajo la lluvia de las hojas de octubre
y miraríamos cómo una banana acompaña a la última sandía,
retrasada, a través de ese portal.

EL CAMIÓN DE TÍO OTTO

Es para mí un gran alivio escribir esto.

No he dormido bien desde que encontré a mi tío Otto muerto y a veces he llegado a preguntarme si me he vuelto loco... o si me volveré. En cierto modo todo hubiera sido una suerte, de no tener aquí, en mi despacho, el verdadero objeto, donde puedo verlo, tocarlo, sopesarlo. Pero no quiero tocar eso. Aunque a veces lo hago.

Si no me lo hubiera llevado de aquella casa, cuando huí de ella, podría creer que todo no fue más que una alucinación... un invento de un cerebro agotado y sobreexcitado. Pero ahí está. Pesa. Puedo sopesarlo en mi mano.

Todo ocurrió realmente.

La mayoría de los que lean estas memorias no lo creerán, a menos que les haya ocurrido algo parecido. Encuentro que el hecho de que lo crean y mi alivio se excluyen mutuamente, así que me encantará contarles la historia. Crean hasta donde quieran.

Cualquier cuento de horror debería tener un origen o un secreto. El mío tiene ambas cosas. Empezaré por el origen contando cómo mi tío Otto, que era rico según los cánones del condado de Castle, tuvo la idea de pasar los últimos veinte años de su vida en una casita de una sola habitación, sin agua corriente, en un camino apartado de una pequeña ciudad.

Otto había nacido en 1905, era el mayor de los cinco hermanos Schenk. Mi padre, nacido en 1920, era el más joven. Yo fui el hijo menor de mi padre, nacido en 1955, así que tío Otto siempre me pareció viejísimo.

Como muchos alemanes diligentes, mis abuelos llegaron a América con algún dinero. Mi abuelo se instaló en Derry, por la industria maderera, que conocía bien. Ganó dinero y sus hijos nacieron en un hogar acomodado.

Mi abuelo murió en 1925. El tío Otto, que por entonces contaba veinte años, fue el único hijo que recibió la herencia completa. Se trasladó a Castle Rock y empezó a especular en bienes raíces. En el transcurso de los cinco años siguientes ganó mucho dinero negociando en madera y terrenos. Compró una gran casa en

Castle Hill y disfrutaba de su posición de joven soltero, buen partido y relativamente apuesto (lo de «relativamente» lo digo porque llevaba gafas). Nadie le encontraba raro. Eso vino después.

La Depresión le perjudicó, no tanto como a otros, pero le perjudicó. Conservó su gran casa de Castle Hill hasta 1933, cuando la vendió porque un extenso terreno boscoso se había puesto a la venta a un precio irrisorio y se obstinó en comprarlo. El terreno pertenecía a la Compañía Papelera de Nueva Inglaterra.

La Papelera existe aún, y les aconsejaría que compraran acciones de la misma. Pero en 1933 la compañía ofrecía enormes terrenos a precio de saldo en un esfuerzo por mantenerse a flote.

¿Cuánta tierra quería mi tío? El título de propiedad original se ha perdido, y los cálculos difieren, pero según lo que todos dicen, superaba los cuatro mil acres. La mayor parte se encontraba en Castle Rock, pero se extendía también hasta Waterford y Harlow. La Papelera pedía dos dólares y medio por acre si el comprador se quedaba con todo.

El precio total sumaba diez mil dólares. El tío Otto no podía reunir aquel dinero, así que buscó un socio, un yanqui llamado George McCutcheon. Si viven ustedes en Nueva Inglaterra conocerán el nombre Schenk y McCutcheon; hace tiempo que se vendió la compañía, pero hay todavía ferreterías Schenk y McCutcheon en cuarenta ciudades de Nueva Inglaterra, y serrerías Schenk y McCutcheon desde Central Falls hasta Derry.

McCutcheon era un hombre corpulento con una gran barba negra. Usaba gafas, como mi tío Otto, y también había heredado dinero. Debió de ser bastante, porque entre él y mi tío Otto compraron todo aquel terreno boscoso sin ningún problema. Ambos eran, en el fondo, unos piratas, y se llevaban bien. Su sociedad duró veintidós años, hasta el año en que yo nací, y sólo conocieron prosperidad.

Pero todo empezó con la adquisición de aquellos cuatro mil acres, y los exploraron en el camión de McCutcheon, recorriendo los caminos del bosque y siguiendo los pasos de los madereros, en primera la mayor parte del tiempo, tambaleándose sobre pasarelas y salpicándose al pasar por los charcos de agua, McCutcheon al volante la mayor parte del tiempo, y mi tío Otto el resto.

Ignoro cómo McCutcheon se procuró aquel camión. Era un Cresswell, una marca que ya no existe. Tenía una enorme cabina pintada de rojo, guardabarros y arranque eléctrico, pero si fallaba podía dársele a la manivela, aunque a veces se

despistaba y podía romperte el hombro si no ibas con cuidado. Tenía unos seis metros de largo, con los laterales de la caja de estacas, pero lo que recuerdo mejor de aquel camión es el morro. Lo mismo que la cabina, era rojo como la sangre. Para llegar al motor había que levantar dos aletas de acero, una de cada lado. El radiador alcanzaba al pecho de un hombre alto. Era una máquina fea, monstruosa.

El camión de McCutcheon se estropeó y fue reparado, volvió a estropearse y lo volvieron a reparar. Cuando por fin el Cresswell exhaló su último suspiro, lo hizo de forma espectacular.

McCutcheon y tío Otto subían por la carretera de Black Henry un día del año 1953 y, según la propia confesión de tío Otto, ambos estaban «rematadamente borrachos». Tío Otto puso la primera para subir por Trinity Hill. Aquello estuvo bien pero borracho como estaba no se le ocurrió volver a cambiar la marcha al emprender la bajada. El agotado y viejo motor del Cresswell se recalentó. Ni tío Otto ni McCutcheon se fijaron en que la aguja de la temperatura se había disparado. Al llegar al pie de la colina, una explosión hizo saltar las aletas del capó como si fueran las alas de un dragón rojo, y el tapón del radiador saltó hacia el cielo de verano. El chorro de humo se elevó como un géiser. Saltó el aceite sobre el parabrisas, inundándolo. Tío Otto pisó el freno, pero el Cresswell había adquirido la mala costumbre de perder líquido de frenos y el pedal se hundió hasta el fondo. Como no veía nada se salió de la carretera, primero a una cuneta y luego fuera de ella. Si el Cresswell se hubiera calado, las cosas no hubiesen ido tan mal. Pero el motor siguió funcionando y los pistones petardearon como si fuese Cuatro de Julio y luego estallaron. Uno de ellos, según tío Otto, perforó su puerta. Por el agujero que le hizo podía pasarse el puño. Al final fueron a parar a un campo de flores amarillas. Hubieran disfrutado de una preciosa vista de las White Mountains si el parabrisas no hubiera estado cubierto de aceite Diamond Gem.

Éste fue el último paseo del Cresswell de McCutcheon; jamás volvió a moverse de aquel campo. Los dos hombres se apearon para examinar los daños. Ninguno de los dos era mecánico, pero tampoco había que serlo para darse cuenta de que la herida era mortal. Tío Otto estaba abochornado, o al menos eso le dijo a mi padre, y ofreció pagar la reparación del camión. George McCutcheon le respondió que no dijese tonterías. McCutcheon estaba extasiado. Había echado un vistazo al campo, al paisaje de las montañas, y había decidido que aquél era el lugar donde construiría su hogar cuando se retirara. Se lo dijo así a tío Otto, con el tono que uno suele emplear para una conversión religiosa. Volvieron andando a la carretera y consiguieron que el camioncillo de la panadería Cushman, que pasaba a la sazón, les llevara de regreso a Castle Rock. McCutcheon dijo a mi padre que había sido un milagro, que el lugar perfecto que había estado buscando había

estado allí todo el tiempo, en aquel campo ante el que pasaban dos o tres veces por semana, sin mirarlo siquiera. La mano de Dios, insistió, sin imaginar que iba a morir en aquel campo dos años más tarde, aplastado por su propio camión... el camión que pasó a ser propiedad de tío Otto cuando McCutcheon murió.

McCutcheon hizo que Billy Dodd enganchara su grúa al Cresswell y lo girara de frente a la carretera. Así podría verlo, dijo, cada vez que pasara por allí, y saber que cuando Dodd volviera a engancharlo a la grúa para llevárselo definitivamente, sería porque llegaban los constructores para construir su casa. Era un sentimental, pero no lo suficiente para perderse la oportunidad de ganar un dólar. Cuando un año después, un maderero llamado Baker le ofreció comprar las ruedas del Cresswell, incluidos los neumáticos, McCutcheon aceptó sin pestañear los veinte dólares del maderero. También encargó a Baker que pusiera bloques bajo el camión para que se quedara levantado. Dijo que no quería pasar por delante y verlo en el campo medio cubierto por el heno, las hierbas y las flores amarillas, como si se tratara de un trasto viejo. Baker lo hizo. Un año más tarde, el Cresswell se salió de sus bloques y aplastó a McCutcheon. Los viejos del lugar disfrutaban contando la historia, y siempre agregaban que esperaban que el viejo Georgie hubiera disfrutado los veinte dólares que había sacado de las ruedas.

Yo crecí en Castle Rock. Cuando nací, mi padre llevaba trabajando diez años para Schenk y McCutcheon, y el camión que había pasado a ser propiedad de tío Otto, junto con todo lo que McCutcheon poseía, fue un punto de referencia en mi vida. Mi madre compraba en casa de Warren, en Bridgton, y la carretera de Black Henry era el camino que llevaba allí. Así que todas las veces que íbamos, allí estaba el camión, en medio del campo, con las White Mountains al fondo. Ya no estaba sobre los bloques, pero la sola idea de lo que había ocurrido era suficiente para que un chiquillo de pantalón corto se echara a temblar.

Estaba allí en verano; en otoño le rodeaban los olmos rojos, plantados en los tres lados del campo, como antorchas; en invierno, la nieve le llegaba hasta los faros, así que parecía un mastodonte debatiéndose en arenas movedizas; en primavera, cuando el campo era un lodazal, como un pantano, uno se preguntaba por qué no se hundía en la tierra. De no haber sido por la base de buena piedra de Maine, tal vez hubiera ocurrido así. Pero allí estaba, a lo largo de las estaciones de todos los años.

Una vez incluso estuve dentro. Mi padre se detuvo a un lado de la carretera, un día en que íbamos camino de la feria de Fryeburg me cogió de la mano y me llevó al campo. Esto debió de ser en 1960 o 1961, supongo. Yo tenía miedo al

camión. Había oído la historia de cómo había caído y aplastado al socio de mi tío. Lo había oído contar en la barbería, sentado inmóvil detrás de la revista *Life* que no sabía leer, escuchando a los hombres que contaban cómo había sido aplastado el viejo Georgie y cómo esperaban que hubiera disfrutado los veinte dólares que sacó de aquellas ruedas. Uno de ellos —pudo haber sido Billy Dodd, el padre del pobre Frank—, dijo que McCutcheon parecía una «calabaza aplastada por la rueda de un tractor». Eso me obsesionó durante meses, pero mi padre, claro, no tenía la menor idea de ello.

Mi padre sólo pensó que a lo mejor me gustaría sentarme en la cabina del viejo camión; se había fijado en cómo lo miraba todas las veces que pasábamos, y supongo que debió tomar mi miedo por admiración.

Recuerdo las flores, con su vivido color amarillo apagado por el frío de octubre. Recuerdo el sabor gris del aire, un poco amargo, un poco picante y el color plateado de la hierba muerta. Recuerdo el rumor de nuestros pasos. Pero lo que más recuerdo es el tamaño del camión, que cada vez parecía mayor y mayor... y la muela de su radiador, y el rojo sangre de su pintura, el cristal turbio del parabrisas. Recuerdo que el miedo me envolvió en una oleada fría y gris cuando mi padre me cogió por debajo de los brazos y me subió a la cabina, diciéndome: «¡Condúcelo hasta Portland, Quentin, venga!». Recuerdo el aire resbalando sobre mi cara a medida que me subía y de pronto cómo el sabor límpido fue reemplazado por el olor de aceite Diamond Gem rancio, cuero viejo, excrementos de rata y —lo juro— sangre. Recuerdo mis esfuerzos por no llorar mientras mi padre me miraba sonriente, convencido de que me estaba proporcionando una gran emoción (como así era, aunque no del signo que creía él). Tuve la certeza de que se alejaría, o por lo menos que me daría la espalda, y que entonces el camión me comería... me comería vivo. Y que lo que escupiría parecería masticado y desgarrado y... y como estallado. Como una calabaza aplastada por la rueda de un tractor.

Empecé a llorar y mi padre, que era el mejor de los hombres, me bajó, me consoló y me devolvió al coche.

Me llevó en brazos, sobre el hombro, y mientras yo miraba el camión que se iba alejando, plantado allí en el campo, con su enorme radiador, y el gran orificio donde se metía la manivela, que parecía la cuenca de un ojo vacía, mal colocada, y quería poder decirle que había oído a sangre y que por eso había llorado. Pero no supe cómo decírselo. En todo caso, me temo que no me hubiera creído.

Como un chiquillo de cinco años que creía aún en Papá Noel, en el Ratón Pérez de los dientes y en los Reyes Magos, también creía que el pánico que me había embargado cuando mi padre me aupó a la cabina del camión, *procedía* del

camión. Me llevó veintidós años decidir que no fue el Cresswell el asesino de George McCutcheon, sino tío Otto.

El Cresswell fue un punto de referencia en mi vida. Si explicabas a alguien cómo tenía que ir de Bridgton a Castle Rock, le decías que para tener la seguridad de que iban por el buen camino, tenían que ver un viejo camión rojo, a la izquierda, plantado en un campo de heno a unas tres millas más o menos, después de salir de la 11. Con frecuencia solían verse turistas aparcados en la cuesta (a veces se quedaban anclados allá, siempre motivo para reírnos) fotografiando las White Mountains con el camión de tío Otto en primer término para hacer más pintoresca la vista... Durante mucho tiempo mi padre llamó al Cresswell «el Trinity Hill Memorial al Camión Turístico», pero luego lo dejó. Para entonces, la obsesión de tío Otto por el camión se había hecho excesiva para resultar divertida.

Esto en cuanto al origen. Ahora el secreto.

De que él mató a McCutcheon es lo único de que estoy absolutamente seguro. «Despachurrado como una calabaza», decían los sabios de la barbería. Uno de ellos añadió: «Apuesto a que estaba arrodillado frente a ese camión rezando como uno de esos árabes a Alá. Estaban majaretas, los dos. Miren, si no, cómo terminó Otto Schenk, en aquella casita que creyó que la ciudad aceptaría como escuela, y tan tocado como una rata de cloaca».

Esto lo escuchaban con miradas cómplices, porque para entonces ya creían que tío Otto estaba chiflado..., oh sí, pero no había uno solo al que la visión de McCutcheon de rodillas ante el camión «como uno de esos árabes rezando a Alá», le pareciera sospechosa o excéntrica.

Los rumores son siempre algo peligroso en una pequeña ciudad; se acusa a la gente de ladrones, adúlteros, cazadores furtivos y estafadores por la más insignificante sospecha o la más absurda deducción. Estoy seguro de que casi siempre el rumor empieza por puro aburrimiento. Pienso que lo que evita que la cosa pase a ser grave y malintencionada —que es como muchos novelistas han pintado la vida en las pequeñas comunidades, desde Nathaniel Hawthorne—, es que la mayoría de los chismorreos salidos de la línea telefónica común, las tiendas de alimentación y las barberías son curiosamente ingenuos... Es como si toda esa gente contara con la mezquindad y la bajeza, o la inventara, pero que la maldad auténtica y consciente estuviera más allá de su concepción, incluso cuando la tienen flotando ante sus ojos como la alfombra mágica de uno de esos árabes de

las historias mágicas.

Me preguntarán cómo sé que lo hizo. ¿Solamente porque estaba con McCutcheon aquel día? No. Por el camión Cresswell. Cuando su obsesión empezó a dominarle, se fue a vivir enfrente, en aquella casita... aunque en los últimos años de su vida sintió un miedo mortal del camión aparcado al otro lado del camino.

Creo que tío Otto llevó a McCutcheon al campo, donde el Cresswell estaba sobre sus bloques, haciéndole hablar de sus planes para la casa. McCutcheon estaba siempre dispuesto a hablar de su casa y de su próximo retiro. Una compañía más importante que la suya les había hecho una buena oferta —no voy a decir su nombre, pero si lo hiciera la conocerían—, y McCutcheon quería aceptarla. Tío Otto no. Desde la primavera, ambos socios habían discutido la oferta. Creo que su desacuerdo fue la razón por la que Otto decidió deshacerse de su socio.

Creo que mi tío se preparó para aquel momento haciendo dos cosas: primero, minando los bloques que sostenían el camión y, segundo, clavando en el suelo delante del camión algo donde McCutcheon pudiera verlo. ¿Qué clase de cosa? No lo sé. Algo brillante. ¿Un diamante? ¿Un trozo de cristal? No importa. Algo que relucía al sol. A lo mejor McCutcheon lo vio. Si no, pueden estar seguros de que tío Otto se lo hizo ver. «¿Qué es eso?» preguntaría, señalándolo. «No lo sé», contestaría McCutcheon.

McCutcheon se arrodilló frente al Cresswell, igual que uno de esos árabes rezando a Alá, intentando sacar el objeto del suelo, mientras mi tío se iba a la parte trasera del camión. Un empujón y todo se vino abajo, aplastando a McCutcheon, despachurrándole como una calabaza.

Sospecho que era demasiado duro para morir fácilmente. En mi imaginación le veo bajo el capó del Cresswell, sangrando por la nariz y la boca y las orejas, con sus ojos oscuros suplicando a mi tío que fuera en busca de ayuda. Rogando, suplicando... y finalmente maldiciendo a mi tío, jurándole que le mataría, acabaría con él... y mi tío allí, contemplándole, con las manos en los bolsillos, hasta que todo terminó.

Después de la muerte de McCutcheon mi tío no tardó en hacer cosas que, en un principio, los sabios de la barbería calificaron de raras, luego de peculiares, y después como «extrañas locuras». Cosas que finalmente hicieron que se le calificara, en el argot de la barbería como «tan loco como una rata de cloaca»; habían existido siempre, pero no parecía caber la menor duda de que sus peculiaridades empezaron justo en el momento en que murió McCutcheon.

En 1965, tío Otto había hecho construir una casita de una sola habitación al otro lado de la carretera, frente al camión. Se habló mucho de lo que el viejo Otto Schenk estaría tramando allá arriba, en el camino a Black Henry, en Trinity Hill, pero la sorpresa fue general cuando tío Otto dio por terminada la casita haciendo que Chuckie Barger le diera una mano de pintura roja brillante y anunciando a continuación que era un regalo para la ciudad. «Una bonita escuela nueva», dijo, y lo único que pidió fue que le pusieran el nombre de su difunto socio.

Los prohombres de Castle Rock se quedaron estupefactos. Los demás, también. Casi toda la gente de Castle Rock había ido a una escuela de una sola aula (o creían haber ido, que viene a ser lo mismo). Pero todas las escuelas de este tipo habían desaparecido de Castle Rock en 1965. La última de ellas, la Escuela Castle Ridge, había cerrado el año anterior. Ahora era la Pizzeria de Steve, en la carretera 117. Por entonces la ciudad poseía una escuela de cristal y cemento, en Carbine Street. Como resultado de su excéntrico ofrecimiento, tío Otto pasó de ser «raro» a un «condenado loco».

Los concejales le enviaron una carta (ni uno solo de ellos se atrevió a visitarle en persona) dándole amablemente las gracias y confiando en que se acordaría de la ciudad en el futuro, pero rechazando la pequeña escuela, alegando que las necesidades educativas de los niños de la ciudad estaban perfectamente cubiertas. Tío Otto montó en cólera. ¿Recordar a la ciudad en un futuro?, protestó ante mi padre. Ya lo creo que se acordaría de ellos, pero no como esperaban. *Él* no se había caído de un carro de heno, no. *Él* sabía distinguir muy bien un halcón de una sierra. Y si lo que querían era enfrentarse a él en una competición de meadas, dijo, descubrirían que podía mear como una mofeta que acabara de beberse un barril de cerveza.

—¿Y ahora qué? —preguntó mi padre.

Estaban sentados ante la mesa de la cocina de nuestra casa. Mi madre se había llevado la costura arriba. Decía que tío Otto no le gustaba; decía que olía como un hombre que se baña una vez al mes, «y tan rico» añadía siempre con un respingo. Creo que su olor la molestaba de verdad, pero también pienso que le tenía miedo. En 1965 tío Otto había empezado a tener un *aspecto* tan peculiar como su comportamiento. Andaba vestido con un pantalón verde, de obrero, sujeto con tirantes, ropa interior de invierno y unos zapatones amarillos. Sus ojos se movían en direcciones opuestas mientras hablaba.

—¿Eh?

—¿Que qué vas a hacer con la casa ahora?

—Vivir en ella, maldita sea —respondió tío Otto, y así lo hizo.

La historia de sus últimos años no tiene mucho que merezca contarse. Sufrió el tipo de locura y de fin que uno lee con frecuencia en los periódicos sensacionalistas: «Millonario muere de inanición en un piso barato», «La pordiosera era rica, revelan los archivos del banco», «Olvidado prohombre de la banca muere en soledad».

Se trasladó a la casita roja, que últimamente se había vuelto de un rosa pálido y apagado, a la semana siguiente. Un año después vendió el negocio por el cual había cometido un asesinato. Sus excentricidades se habían multiplicado, pero su sentido del negocio no le había abandonado, y obtuvo una buena ganancia, mejor dicho *impresionante*.

Así que allí estaba tío Otto, con una fortuna de unos siete millones de dólares, instalado en aquella casucha en la carretera de Black Henry. Su casa en la ciudad estaba cerrada a cal y canto. Ya había pasado de «condenado loco» a «rata de cloaca». La siguiente progresión se expresó de una forma menos colorida, más ominosa: «Puede que sea peligroso».

Ésta va siempre seguida de la reclusión.

A su manera, tío Otto se hizo tan célebre como el camión del otro lado del camino, aunque dudo que alguna vez los turistas quisieran fotografiarle. Se había dejado la barba, que se le volvió amarillenta, como teñida por la nicotina de sus cigarrillos. Había engordado mucho. Las mejillas le colgaban en una papada flácida. La gente solía verle de pie en el umbral de su extraña casita, solo, inmóvil, mirando el camino y el campo de enfrente.

Mirando al camión... *su* camión.

Cuando tío Otto dejó de venir a la ciudad, fue mi padre el que se preocupó de que no muriera de hambre. Le llevaba provisiones todas las semanas, y las pagaba de su propio bolsillo porque Otto nunca se las pagó... supongo que nunca pensó en ello. Papá murió dos años antes que tío Otto, cuya fortuna terminó yendo a la Universidad de Maine, departamento de bosques. Tengo entendido que se mostraron encantados. Teniendo en cuenta la cantidad, había que estarlo.

Después de sacar mi carnet de conducir en 1972, con frecuencia le llevé sus provisiones semanales. Al principio tío Otto me miraba con suspicacia, pero pasado un tiempo empezó a distenderse. Fue tres años más tarde en 1975, cuando me dijo por primera vez que el camión se iba acercando a su casa.

A la sazón yo asistía a la Universidad de Maine, pero en vacaciones de verano

iba a casa y volvía a mi vieja rutina de llevarle las provisiones semanales. Estaba sentado ante su mesa, fumando, mirando cómo guardaba las conservas y escuchándome hablar. Pensé que tal vez había olvidado quién era yo; a veces lo hacía... o lo simulaba. En una ocasión me puso la carne de gallina, gritándome desde la ventana: «¿Eres tú, George?», mientras yo subía hacia la casa.

En aquel día de julio de 1975 interrumpió la conversación que mantenía con él para preguntarme con dureza:

—¿Qué piensas de ese camión, Quentin?

Lo inesperado de la pregunta provocó una respuesta sincera.

—Cuando tenía cinco años me mojé los pantalones en la cabina de ese camión —dije—. Y creo que si volviera a subir ahora, volvería a mojármelos.

Tío Otto rió un buen rato. Me volví y le miré asombrado. No recordaba haberle oído reír nunca. Su risa terminó en un acceso de tos que le coloreó las mejillas. Luego me miró con ojos brillantes.

—Se está acercando, Quent.

—¿Qué, tío Otto? —pregunté.

Creí que había dado uno de sus desconcertantes saltos de un tema a otro, que a lo mejor quería decir que se acercaba Navidad, o el milenio, o el regreso de Cristo.

—Ese maldito camión —contestó mirándome fijamente de un modo que no me gustó nada—. Cada año se va acercando más.

—¿De verdad? —pregunté cauteloso, pensando que aquello era una idea bastante desagradable. Miré al Cresswell, al otro lado de la carretera, rodeado de heno y con las White Mountains de fondo... y por un momento me pareció que realmente *estaba* más cerca. Después parpadeé y se esfumó la ilusión. El camión, naturalmente, estaba donde siempre.

—Oh, sí —insistió—. Cada año se acerca un poco más.

—Vaya. A lo mejor necesitas gafas. Yo no veo ninguna diferencia, tío Otto.

—¡Claro que no la ves! Tampoco puedes ver cómo se mueve la aguja de las horas en tu reloj de pulsera, ¿verdad? Esa maldita cosa se mueve demasiado despacio para poder verla... a menos que la vigiles todo el tiempo. Exactamente como yo hago. —Me guiñó el ojo y me estremecí.

—¿Y por qué iba a moverse? —pregunté.

—Porque viene por mí, por eso. Ese camión me tiene siempre presente. Cualquier día entrará aquí y todo terminará. Me aplastará como hizo con Mac, y será mi final.

Esto me llenó de pánico. Su tono razonable fue lo que más asustó. El modo en que reaccionan los jóvenes ante el miedo es la broma.

—Si tanto te preocupa, tío Otto, deberías trasladarte a tu casa de la ciudad —le dije, y por la forma en que le hablé nadie hubiera supuesto que tenía el espinazo erizado.

Me miró, y luego al camión al otro lado de la carretera:

—No puedo, Quentin —dijo—. A veces un hombre tiene que quedarse en su sitio y esperar a que le llegue.

—¿Esperar qué, tío? —pregunté, aunque ya suponía que se refería al camión.

—Al Destino. —Y volvió a guiñarme el ojo, pero parecía muy asustado.

Mi padre enfermó en 1979, con una dolencia de riñón que pareció mejorar justo unos días antes de que le matara. A lo largo de innumerables visitas a hospitales, en el otoño de aquel año mi padre y yo hablamos mucho de tío Otto. Mi padre había empezado a sospechar lo que realmente pudo haber ocurrido en 1955, sospechas que fueron la base de otras más serias. Mi padre no tenía la menor idea de la gravedad o la profundidad, de lo seria que se había vuelto la obsesión de tío Otto con el camión. Yo sí. Pasaba todo el día en la puerta de su casa mirándolo. Mirándolo como un hombre que mira su reloj para ver moverse la manecilla de las horas.

En 1981 tío Otto había perdido la poca cordura que le quedaba. A un hombre más pobre ya le habrían encerrado hacía años, pero tantos millones en el banco hacen que se perdonen muchas locuras en una ciudad pequeña... especialmente si cierta gente cree que puede haber algo, en el testamento del loco, para el municipio. Aun así, en 1981 la gente empezó a comentar seriamente sobre la posibilidad de internar a tío Otto por su propio bien. Aquella expresión lisa y mortífera, «quizá sea peligroso», ya pesaba más que «rata de cloaca». Había empezado a salir a orinar al borde de la carretera, en lugar de adentrarse en el bosque donde tenía su retrete. A veces amenazaba al Cresswell con el puño mientras lo hacía, y más de una persona al pasar en su coche pensó que tío Otto les amenazaba a *ellos*.

El camión, con sus pintorescas White Mountains de fondo, era una cosa; tío Otto orinando al borde del camino, con los tirantes colgando hasta las rodillas, era algo distinto. *Eso* no era ninguna atracción turística.

Para entonces ya vestía yo un traje de ciudad en lugar de los tejanos propios de un estudiante, en la época en que le llevaba las provisiones semanales, pero seguía llevándoselas. También traté de disuadirle de que dejara de hacer sus cosas en la carretera, por lo menos en verano, cuando toda la gente procedente de Michigan, Missouri y Florida solían circular por allí y le veían.

Pero no conseguí nada. No podía pensar en estas nimiedades cuando tenía un camión por el que preocuparse. Su obsesión con el Cresswell era ya una fijación. Ahora aseguraba que ya estaba en su lado de la carretera... en mitad de su patio, según decía.

—Anoche desperté a eso de las tres, y allí estaba, junto a mi ventana, Quentin —dijo—. Lo vi, con la luz de la luna reflejada en su parabrisas, a pocos metros de donde yo yacía, y casi se me paró el corazón. Casi se me *paró*, Quentin.

Le saqué fuera y le hice ver que el Cresswell estaba donde siempre había estado, al otro lado del camino donde McCutcheon había pensado edificar. No sirvió de nada.

—Eso es lo que *tú* ves, muchacho —declaró con un loco e infinito desprecio, con un cigarrillo temblando en una mano y con los ojos girando alocadamente—. Eso es lo que *tú* ves.

—Tío Otto —dije tratando de aligerar la cosa—, lo que ves es lo que recibes. Fue como si no lo hubiera oído.

—El muy maldito por poco me atrapa —murmuró. Sentí un escalofrío. No tenía aspecto de loco. De desgraciado sí, y ciertamente aterrorizado... pero no loco. Por un momento me acordé de mi padre izándome a la cabina de aquel camión. Recordé el olor a aceite, cuero... y sangre—. Por poco me atrapa —repitió.

Y tres semanas más tarde, lo hizo.

Yo fui quien le encontró. Era un miércoles por la noche y yo había subido con dos bolsas de provisiones en el asiento trasero, como hacía casi todos los miércoles por la noche. Era una noche pegajosa y sofocante. De vez en cuando se oía tronar a distancia. Recuerdo que me sentía nervioso mientras subía por la carretera de Black Henry en mi Pontiac, extrañamente seguro de que algo iba a ocurrir, pero tratando de convencerme de que sólo se trataba de la baja presión atmosférica.

Di la vuelta a la última curva, y en el momento preciso en que la casita de mi tío apareció a la vista, experimenté una extraña alucinación... Por un instante creí que el condenado camión *estaba* en su patio, enorme y pesado con su pintura roja y sus podridos laterales. Busqué el pedal de freno, pero antes de que mi pie llegara a pisarlo parpadeé y la ilusión se desvaneció. Pero supe que tío Otto estaba muerto. Ni trompetazos ni destellos; sólo la simple convicción, como saber dónde están los muebles en una habitación conocida.

Llegué al patio y bajé del coche, dirigiéndome a la casa a toda prisa.

La puerta estaba abierta; nunca cerraba con llave. Una vez le pregunté por qué

lo hacía y me explicó, como se explica un hecho obvio a un tonto, que el cerrar la puerta no impediría la entrada del Cresswell.

Yacía en la cama, a la izquierda de la única habitación, porque la cocina estaba a la derecha. Vestía sus pantalones verdes y la camiseta de invierno, con los ojos abiertos y vidriosos. No creo que llevara muerto más de dos horas. No había moscas ni apestaba, aunque el día había sido brutalmente caluroso.

—¿Tío? —dije a media voz, sin esperar que me respondiera. Uno no yace en la cama con los ojos abiertos por gusto. Si algo sentí en aquel momento, fue alivio. Todo había terminado—. ¿Tío Otto? —insistí acercándome—. Tío...

Me paré en seco al ver lo deformada que tenía la cara, hinchada y torcida. Viendo que sus ojos no miraban fijamente sino que tenía una expresión vacía, torcidos hacia el ventanuco que había encima de la cama.

«Anoche desperté a eso de las tres, y allí estaba, junto a mi ventana, Quentin. Por poco me atrapa».

«Despachurrado como una calabaza», había oído decir a uno de los sabios de la barbería mientras yo, sentado, fingía leer la revista *Life*, oliendo el perfume de Vitalis y de la brillantina Wildroot.

«Por poco me atrapa, Quentin».

Había cierto tufo allí... pero no de barbería, y no sólo el hedor de un viejo sucio.

Olía a aceite, como un garaje.

—¿Tío Otto? —musité, y mientras me acercaba a la cama, me sentí disminuir, no solamente en tamaño sino en años... veinte, quince, diez, ocho, seis y finalmente cinco. Vi mi temblorosa manita tenderse hacia su hinchada cara. Al tocar mi mano su cara, levanté los ojos y la ventana estaba ocupada por el brillante parabrisas del Cresswell, y aunque sólo fue un segundo, podría jurar sobre la Biblia que no fue ninguna alucinación. El Cresswell estaba allí, asomado a la ventana, a menos de metro y medio de distancia.

Apoyé los dedos en una mejilla de tío Otto, y el pulgar en la otra, porque quería investigar, supongo, su extraña hinchazón. Cuando descubrí al camión en la ventana, mi mano trató de cerrarse en puño, olvidando que abarcaba la mandíbula del cadáver.

En aquel instante el camión desapareció, se desvaneció como el fantasma que supongo era. Y en el mismo momento oí un espantoso ruido de *chorro*. Un líquido caliente me mojó la mano. Bajé los ojos y lo vi, y entonces empecé a gritar. De la boca y nariz de tío Otto salía aceite a borbotones. También salía aceite por sus ojos, como lágrimas. Aceite Diamond Gem, el aceite reciclado que puede comprarse en garrafas de plástico de cinco litros, el aceite que McCutcheon

había utilizado siempre para su Cresswell.

Pero no era *solamente* aceite lo que le salía de la boca.

Seguí chillando un rato, incapaz de moverme, incapaz de apartar mi aceitosa mano de su cara, incapaz de apartar mis ojos de aquella cosa grande y grasienta que le salía de la boca... aquella cosa que había distorsionado tanto la forma de su rostro.

Al fin cedió mi parálisis y salí huyendo de la casa, sin dejar de chillar. Crucé el patio corriendo hacia mi Pontiac, subí y me alejé del lugar. Las provisiones para tío Otto cayeron del asiento al suelo. Los huevos se rompieron.

Fue milagroso que no me matara en los dos primeros kilómetros... Miré el cuentakilómetros y vi que rebasaba en mucho el límite de velocidad. Me paré y respiré profundamente hasta recuperar cierto control. Pensé que no podía dejar a tío Otto tal como lo había encontrado; despertaría demasiada curiosidad. Tenía que regresar. Además, he de reconocerlo, la curiosidad me embargaba. Una curiosidad malsana. Ojalá no la hubiera sentido, ojalá me hubiera resistido; en verdad, ojalá hubiera dejado que fueran y formularan sus preguntas. Pero *volví*. Me quedé unos minutos delante de su puerta... de pie, casi en el mismo lugar y en la misma postura que él solía adoptar cuando contemplaba aquel camión. Y allí llegué a esta conclusión: allá en el campo, el camión estaba en una posición distinta, ligeramente distinta.

Luego entré.

Las primeras moscas empezaban a revolotear y zumbear junto a su rostro. Podía ver las marcas de aceite en su cara: el pulgar a la izquierda, tres dedos a la derecha. Miré nerviosamente hacia la ventana donde había visto al Cresswell, después fui hasta su cama. Saqué el pañuelo y borré las huellas. Luego me incliné y abrí la boca de tío Otto.

Lo que cayó de ella fue una bujía Champion, una del viejo modelo Maxi-Duty, casi tan grande como un puño.

La cogí y me la llevé. Ojalá no lo hubiera hecho, pero en aquel momento era presa del horror. Habría sido más aconsejable no tener ese objeto conmigo, en mi despacho, donde puedo verlo, cogerlo y sopesarlo... la bujía de 920 que saqué de la boca de tío Otto.

Si no la tuviera conmigo, si no me la hubiera llevado cuando salí huyendo de la casita por segunda vez, quizá hubiera podido tratar de creer que todo (no solamente ver el Cresswell, desde la carretera, pegado a la casa como un enorme perro colorado, sino todo) había sido únicamente una alucinación. Pero aquí la tengo; le da la luz. Es auténtica. Pesa. «El camión se acerca cada año un poco más», me había dicho tío Otto, y ahora me parece que tenía razón, pero ni siquiera

tenía la menor idea de lo cerca que podía llegar el Cresswell.

El veredicto de la ciudad fue que tío Otto se había suicidado tragando aceite, y fue la comidilla de una semana en Castle Rock. Carl Durkin, el encargado de la funeraria, dijo que cuando los médicos lo abrieron para la autopsia, encontraron casi un litro de aceite en su interior... y no solamente en el estómago. Todo su organismo estaba lubricado. Lo que la gente de la ciudad quería saber era qué había hecho con la garrafa de plástico. Porque jamás encontraron ninguna.

Tal como he dicho, la mayoría de los que lean este relato no lo creerán, a menos que les haya ocurrido algo parecido. Pero el camión aún sigue en su campo... y, créanlo o no, todo aquello *sucedio*.

REPARTO MATUTINO

(El lechero, 1)

El alba iluminaba lentamente Culver Street.

Para cualquiera que estuviera despierto en el interior, era todavía plena noche, pero el amanecer llevaba avanzando de puntillas casi media hora. En el gran arce que se alzaba en la esquina de Culver con Balfour Avenue, una ardilla roja parpadeaba y dirigía su mirada insomne a las casas dormidas. En mitad de la calle un gorrión oscuro se posó en la fuente de los Mackenzy y se bañó. Una hormiga avanzó por el arroyo y descubrió una pequeña miga de chocolate y un viejo envoltorio de caramelo.

La brisa nocturna que había agitado cortinas y revuelto las hojas dio por terminado su trabajo. El arce de la esquina se estremeció por última vez y se quedó quieto, esperando la completa obertura que seguiría a este tranquilo preludio.

Una franja de tenue luz tiñó el cielo, al este. El pardo chotacabras dejó la guardia y los otros pájaros aparecieron. Todavía vacilantes, como si temieran saludar al día por su cuenta.

La ardilla desapareció en un agujero de la horquilla del arce.

El gorrión se posó al borde del agua y esperó.

También la hormiga se paró sobre su tesoro, como un bibliotecario reflexionando sobre una vieja edición.

Culver Street tembló silenciosamente en el borde soleado del planeta... sobre aquel borde móvil que los astrónomos llaman *el terminator*.

Un sonido surgió poco a poco del silencio, creciendo sin llamar la atención hasta que parecía haber estado siempre allí, oculto entre los ruidos de la noche que acababa de pasar. Creció, se hizo más nítido y resultó el rumor sordo del motor del camión de la leche.

Entró en Culver procedente de Balfour. Era un furgón de color arena con letras rojas en los lados. La ardilla salió del agujero, como una lengua, estudió el furgón y descubrió un trocito de algo apropiado para un nido. El gorrión alzó el

vuelo. La hormiga cargó con todo el chocolate que pudo y marchó hacia su hormiguero.

Los pájaros se pusieron a cantar con más fuerza.

En la manzana siguiente, un perro ladró.

Las leyendas del furgón anunciaban: GRANJA CRAMER. Había una botella de leche pintada, y debajo de ella: ¡NUESTRA ESPECIALIDAD: EL REPARTO MATUTINO!

El lechero vestía un uniforme gris y un gorro ladeado. Sobre el bolsillo del uniforme y con hilo dorado había un nombre bordado: SPIKE. Iba silbando por encima del familiar traqueteo de las botellas metidas en hielo, detrás de él.

Detuvo el furgón frente a la casa de los Mackenzy, junto a la acera, cogió una caja de la leche y echó a andar. Paró un momento para olfatear el aire, fresco, nuevo y misterioso. Después reanudó el camino hacia la puerta.

Un pequeño cuadro de papel blanco estaba sujeto al buzón por un clip magnético que parecía un tomate. Spike leyó lo que estaba escrito, despacio, de cerca, como leería un mensaje encontrado en una botella encostrada de sal: «1 litro de leche. 1 botellín nata. 1 zumo naranja. Gracias. Nella M».

Spike, el lechero, miró la caja que llevaba, la dejó en el suelo y sacó la leche y la nata. Volvió a leer el papel, levantó el tomate magnético para asegurarse de que no olvidaba nada, asintió, volvió a pegar el tomate, levantó la caja y regresó al furgón.

La trasera del furgón estaba oscura, húmeda y fresca. En el aire había un desagradable olor. El zumo de naranja estaba detrás de la belladona. Sacó un envase de cartón del hielo, volvió a asentir con la cabeza y regresó a la casa. Dejó el *brick* de zumo junto a la leche y la nata y se dirigió a su furgón.

No lejos de allí se oyó el silbido de las cinco, de la lavandería industrial donde Rocky, el viejo amigo de Spike, trabajaba. Pensó en Rocky empezando a mover las ruedas de la colada en medio del vapor y el pegajoso calor y sonrió. Quizá vería a Rocky más tarde. A lo mejor por la noche, cuando hubiera terminado el reparto.

Spike puso el furgón en marcha y siguió su recorrido. Un pequeño transistor colgaba del techo del furgón. Lo encendió y una tranquila música puso un contrapunto al motor mientras iba hacia la casa de los McCarthy.

La nota de la señora McCarthy estaba donde siempre, sujeta por la tapa del buzón. Era breve y concisa: «Chocolate».

Spike sacó su pluma, garabateó «Entregado» y la echó al buzón. Luego fue a la parte trasera del furgón. El chocolate con leche estaba metido detrás de dos refrigeradores cerca de la puerta, porque se vendía mucho en junio. El lechero

miró los refrigeradores, pasó por encima de ellos y cogió uno de los cartones de chocolate con leche vacíos que guardaba en un rincón. La caja era marrón con el dibujo de un muchacho saltando por encima de las letras que informaban al consumidor que ésta era la BEBIDA SANA Y DELICIOSA DE LA GRANJA CRAMER, SÍRVASE CALIENTE O FRÍA, ¡ENCANTA A LOS NIÑOS!

Colocó el cartón vacío encima de una caja de leche. Apartó el hielo picado hasta ver el bote de mayonesa. Lo agarró y miró dentro. La tarántula se movía aún, pero pesadamente. El frío la había anestesiado. Spike desenroscó la tapa del bote y lo inclinó sobre el cartón abierto. La tarántula hizo un débil esfuerzo por sostenerse en la superficie resbaladiza del bote, pero no lo consiguió. Cayó en el cartón vacío de chocolate con leche. El lechero cerró cuidadosamente el cartón, lo puso en su portabotellas y se apresuró por el camino de los McCarthy. Las arañas eran sus favoritas, y las arañas eran *lo mejor* que hacía, aunque no le estuviera bien decirlo. El día que podía entregar una araña era un día feliz para Spike.

Mientras, la sinfonía del alba continuaba. La franja nacarada del este iba pasando de un rosa al principio casi imperceptible a un carmín que, casi inmediatamente, empezó a fundirse en un azul de verano. Los primeros rayos de sol, tan bellos como el dibujo de un niño, esperaban entre bastidores para salir.

En casa de los Webber, Spike dejó una botella de crema de leche llena de gel ácido. En casa de los Jenner dejó cinco litros de leche. Allí había niños que estaban creciendo. Nunca les había visto, pero había una casa en un árbol, y a veces bicicletas y pelotas abandonadas en el patio. En casa de los Collins, dos litros de leche y un cartón de yogur. En la de la señorita Ordway un cartón de natillas a las que había añadido belladona.

Hacia el final de la manzana oyó cerrarse una puerta. El señor Webber, que tenía que ir a trabajar a la ciudad, abrió la vieja puerta del garaje y entró, con su cartera en la mano. El lechero esperó a que se oyera el motor de su pequeño Saab, y sonrió cuando lo oyó. «La variedad es la sal de la vida —solía decir la madre de Spike, que Dios la tuviera en la gloria—, pero nosotros somos irlandeses y los irlandeses prefieren hacer las cosas con calma. Sé constante en todas tus cosas, Spike, y serás feliz». Aquello era una verdad como un templo, iba pensando, mientras recorría el camino de la vida en su limpio furgón color arena de repartidor de leche.

Ahora solamente le quedaban tres casas.

En la de los Kincaid encontró una nota que decía «Hoy nada, gracias», y dejó una botella de leche, cerrada, que parecía vacía pero que contenía un gas de cianuro mortal. En la de los Walker dejó dos litros de leche y uno de nata montada.

Cuando llegó a la de los Merton, al extremo de la manzana, los rayos del sol brillaban a través de los árboles y moteaban la acera que pasaba ante el patio de los Merton.

Spike se inclinó, recogió lo que parecía una piedra apropiada para el juego de la pata coja —lisa por una cara—, y la lanzó. La piedra dio contra una cuerda. Sacudió la cabeza, sonrió y subió silbando hacia la casa.

La brisa le trajo el olor del jabón de lavandería industrial, haciéndole pensar de nuevo en Rocky. Tenía la seguridad de que esa noche se encontraría con Rocky.

Aquí la nota estaba pegada al portadiarios de los Merton: «Anule».

Spike abrió la puerta y entró.

La casa estaba helada como una tumba y sin muebles. Completamente vacía, y las paredes desnudas. Incluso los fogones de la cocina habían desaparecido; en el lugar donde habían estado se veía el linóleo de tono más claro.

En la sala de estar habían arrancado el papel de la pared a tiras. El globo había dejado la bombilla al descubierto, fundida y negra. Un gran manchón de sangre a medio secar cubría parte de una pared. Era como la mancha de tinta de un psiquiatra. En el centro de ella un agujero profundo se abría en la argamasa. Dentro del agujero se veía un mechón de cabello, apelmazado, y alguna astilla de hueso.

El lechero movió la cabeza, volvió a salir y permaneció un momento en el porche. Iba a ser un día precioso. El cielo estaba ya más azul que el ojo de un niño y salpicado de inocentes nubecillas de verano...

Arrancó la nota del portadiarios y la arrugó. Hizo con ella una pelota que se guardó en el bolsillo delantero izquierdo de sus blancos pantalones de lechero.

Volvió a su furgón, dio una patada a la piedra, que cayó de la acera al arroyo. El furgón de la leche traqueteó al dar la vuelta a la esquina y desapareció.

El día se hizo más brillante.

Un niño salió corriendo de una casa, miró al cielo sonriendo y recogió la leche.

RUEDAS: UN CUENTO DE LAVANDERÍA (El lechero, 2)

Rocky y Leo, ambos como cubas, bajaron despacio por Culver Street y luego por Balfour Avenue en dirección a Crescent. Iban en el Chrysler 1957 de Rocky. Entre los dos, mecida con cuidados de borracho sobre el lomo monstruoso del árbol de transmisión, descansaba una caja de latas de cerveza Iron City. Era la segunda caja de la tarde; la tarde había empezado a las cuatro, que era la hora de la salida de la lavandería.

—¡Mierda de semáforos! —dijo Rocky, parándose bajo la luz roja colgada en la intersección de Balfour y la carretera 99.

No contaba con el tráfico, en ambas direcciones, pero echó una mirada solapada detrás de ellos. Una lata de I. C. adornado con el retrato chillón de Terry Bradshaw descansaba contra su bragueta. Bebió un trago y giró a la izquierda, por la 99. El motor se quejó al arrancar, pesadamente, en segunda. Hacía un par de meses que el Chrysler se había quedado sin primera.

—Dame un poste y me cagaré en él —espetó Leo.

—¿Qué hora es?

Leo levantó su reloj hasta que casi tocó la punta de su cigarrillo y entonces aspiró con fuerza para poder ver la hora.

—Casi las ocho.

—¡Me cago en el poste!

Pasaron un letrero que decía PITTSBURG: 44.

—Nadie inspeccionará esta perla de Detroit —dijo Leo—. Nadie en su sano juicio, por lo menos.

Rocky metió la tercera. La caja de marchas gimió y el Chrysler empezó a sufrir la versión para automóvil de un colapso epiléptico. El espasmo cesó, y la aguja subió con dificultad a cuarenta. Allí aguantó precariamente.

Cuando llegaron al cruce de la carretera 99 y Devon Stream Road (Devon Stream era la frontera entre los municipios de Crescent y Devon, a lo largo de ocho kilómetros), Rocky giró a ésta casi por capricho... aunque tal vez, ya un

vago recuerdo del viejo Stiff Socks había empezado a moverse por el subconsciente de Rocky.

Él y Leo habían estado circulando más o menos al azar desde que habían salido del trabajo. Era el último día de junio, y la pegatina de inspección técnica del Chrysler de Rocky caducaría exactamente a la medianoche de ese día. Cuatro horas a partir de ahora. *Menos* de cuatro horas a partir de ahora. A Rocky la eventualidad le pareció dolorosa para tenerla en cuenta, y a Leo le importaba un comino; no era su coche. Además, había bebido suficiente cerveza Iron City para disfrutar de una profunda obnubilación cerebral.

Devon Road serpenteaba a través de la única extensión de bosques en Crescent. Grandes masas de olmos y robles crecían a ambos lados, lozanos, llenos de vida y de sombras inquietas a medida que la noche iba cerrando sobre el suroeste de Pensilvania. La zona se llamaba Los Bosques de Devon. Había alcanzado un nombre propio después del asesinato, con tortura, de una joven y su novio en 1968. La pareja había aparcado allí y los encontraron dentro del Mercury 1959 del muchacho. El coche tenía asientos de cuero y un enorme remate cromado en el capó. Los ocupantes habían sido encontrados en el asiento posterior. También en el delantero, en el maletero y la guantera. El asesino no había sido encontrado.

—¡Joder!, es mejor no entretenernos por aquí —dijo Rocky—. Estamos a noventa kilómetros de ninguna parte.

—¡Pamplinas! —Esta curiosa palabra había llegado últimamente a formar parte del austero vocabulario de Leo—. Hay una ciudad por allá.

Rocky suspiró y bebió de su cerveza. El resplandor no correspondía realmente a una ciudad, pero el estado etílico del muchacho hacía innecesaria cualquier discusión. Se trataba del nuevo centro comercial. Aquellos focos de sodio de gran intensidad proyectaban un verdadero resplandor. Sin dejar de mirar en aquella dirección, Rocky condujo el coche a la izquierda de la carretera, hizo marcha atrás, por poco se cae en la cuneta de la derecha, y al fin volvió al camino.

—¡Uff! —exclamó.

Leo erupió y rió.

Trabajaban juntos en la Nueva Lavandería Adams desde septiembre, cuando Leo fue contratado como ayudante de lavadero de Rocky. Leo era un joven de cara de ratón, de unos veintidós años que presagiaba muchos años de prisión en su vida. Aseguraba que ahorraba veinte dólares de su paga semanal para comprarse una moto Kawasaki usada. Decía que en dicha moto se trasladaría al Oeste, cuando empezara el frío. Leo había conseguido un total de doce empleos desde que él y el mundo académico se habían separado a la edad de dieciséis años. La

lavandería le gustaba. Rocky le estaba enseñando los diferentes ciclos de lavado, y Leo estaba convencido de que por fin aprendía un oficio que le vendría muy bien cuando llegara a Flagstaff.

Rocky, un veterano, llevaba catorce años en la lavandería. Sus manos desgastadas y descoloridas lo atestiguaban. Había cumplido cuatro meses de cárcel, por tenencia de armas sin permiso en 1970. Su mujer, a la sazón embarazada de su tercer hijo, le había anunciado: 1) que el hijo no era suyo sino del lechero; y 2) que quería el divorcio, alegando crueldad psicológica.

En esta situación, dos cosas habían empujado a Rocky a llevar un arma: 1) le habían puesto los cuernos; y 2) se los había puesto el maldito *lechero*, un tío melenudo con ojos de trucha llamado Spike Milligan. Spike era el repartidor de Granja Cramer.

¡El lechero, por el amor de Dios! ¿Podía uno abandonarse en el jodido arroyo y dejarse *morir*? Incluso para Rocky, que nunca había leído más allá de las viñetas que envolvían el chicle que masticaba incansablemente durante el trabajo, la situación tenía resonancias clásicas.

Como resultado, informó a su mujer de que había tomado dos determinaciones: 1) no habría divorcio; y 2) abriría un boquete en la cabeza de Spike Milligan. Diez años atrás había adquirido una pistola calibre 32, que solía usar para disparar a las botellas, latas vacías y gatos callejeros. Aquella mañana abandonó su vivienda en Oak Street y se encaminó a la granja, con la esperanza de cazar a Spike cuando terminara su reparto matutino.

Rocky paró en la taberna Las Cuatro Esquinas para tomar, de camino, unas cervezas... seis, ocho, quizá veinte. Le costaba recordarlo. Mientras estaba bebiendo, su mujer llamó a la bofia. Le esperaban en la esquina de Oak y Balfour. Le registraron, y un poli encontró la pistola del 32 sujeta por el cinturón.

—Creo que te marcharás de vacaciones pagadas una temporadita, amigo —le dijo el policía, y eso fue lo que ocurrió.

Pasó los cuatro meses siguientes lavando sábanas y fundas de almohada para el estado de Pensilvania. Durante este período su mujer obtuvo el divorcio en Nevada y cuando Rocky salió de la trena, ella estaba viviendo con Spike Milligan en una casa de Dankin Street, con un flamenco rosa en el jardín de la parte delantera. Además de sus dos hijos mayores (Rocky creía más o menos que eran suyos) la pareja poseía ahora un bebé que tenía los ojos tan de trucha como su papá. También cobraban una pensión de quince dólares semanales de alimentos.

—Rocky, creo que me estoy mareando —gimió Leo—. Para un momento y bebamos algo.

—Necesito un permiso para las ruedas —objetó Rocky—. Es muy importante.

Un hombre no vale nada sin sus ruedas.

—Coño, Rocky, nadie en su sano juicio va a inspeccionarlas. Tampoco llevas intermitentes.

—Funcionan si aprieto el freno a la vez que giro, y no hay nadie que no pise el freno cuando gira, de lo contrario daría la vuelta de campana.

—La jodida ventana de este lado no funciona.

—Pero puedo bajarla.

—¿Y si el inspector te pide que la subas para comprobar?

—Sufriré cuando llegue el momento —dijo Rocky imperturbable.

Tiró la lata vacía por la ventana y cogió otra. Ésta tenía el retrato de Franco Harris. Al parecer Iron City estaba lanzando este verano a los mejores jugadores de los Steelers. La abrió. La cerveza burbujeó.

—Ojalá tuviera una mujer —suspiró Leo mirando a la oscuridad. Su sonrisa era extraña.

—Si tuvieras una mujer nunca irías al Oeste. Lo que hace una mujer es impedir que un hombre se vaya al Oeste. Así es como funcionan. Ésa es su misión. ¿No me dijiste que querías ir al Oeste?

—Sí, y además voy a ir.

—No irás *nunca* —le aseguró Rocky—. No tardarás en tener una mujer. A continuación te engañará y te pedirá una pensión. Las mujeres te llevan al divorcio y las pensiones. Los coches son mejores. Dedícate a los coches.

—Es difícil follarse a un coche.

—Te sorprenderías —dijo Rocky riendo.

Los bosques habían empezado a clarear dejando paso a casas. Unas luces brillaron a la izquierda y Rocky frenó de pronto. Las luces del freno y los intermitentes se encendieron a la vez; obra de un trabajo casero. Leo se precipitó hacia adelante derramando cerveza sobre el asiento.

—¿Qué coño pasa?

—Mira —anunció Rocky—. Conozco a ese tipo.

Veía un garaje cochambroso y destartado, a la par que gasolinera, en el lado izquierdo de la carretera. El letrero decía:

BOB DRISCOLL
GASOLINA Y SERVICIO
REVISIÓN COMPLETA DE TU COCHE
¡DEFIENDE TU DERECHO SAGRADO A PORTAR ARMAS!

Y más abajo:

ESTACIÓN DE INSPECCIÓN TÉCNICA N.º 72.

—Nadie en su sano juicio... —empezó a recitar Leo.

—¡Es Bobby Driscoll! —exclamó Rocky—. Fuimos a la escuela juntos. ¡Lo tenemos solucionado! ¡Apuesta lo que quieras!

Viró haciendo esos, con los faros iluminando de lleno la puerta abierta del garaje. Pisó el acelerador y fue rugiendo hacia ella. Un hombre de hombros anchos y vestido con un mono verde salió corriendo haciendo gestos desesperados de que se detuviera.

—¡Ése es Bob! —gritó Rocky exultante—. ¡Eh, Bob!

Llegó junto al garaje. El Chrysler sufrió otro ataque de epilepsia. Una llamita amarilla apareció al extremo del desarbolado tubo de escape, seguida por una bocanada de humo azulado. El coche se caló. Leo fue proyectado hacia adelante derramando un poco más de cerveza. Rocky volvió a poner el motor en marcha y retrocedió para intentarlo otra vez.

Bob Driscoll se le acercó, soltando una letanía de blasfemias. Agitaba los brazos.

—¿... demonios crees que estás haciendo?, maldito hijo de puta...

—¡Bobby! —chilló Rocky casi orgiásticamente feliz—. ¡Eh, tío! ¿Qué me cuentas?

Bob miró por la ventanilla de Rocky. Tenía un rostro torcido, cansado, casi escondido en la sombra proyectada por la visera de su gorra.

—¿Quién me llama?

—¡Yo! —gritó Rocky—. ¡Yo, viejo tramposo! ¡Tu viejo colega!

—¿Quién demonios...?

—¡Johnny Rockwell! ¿Te has vuelto ciego además de tonto?

—¿Rocky?

—¡Sí, hijoputa!

—¡Joder! —Una lenta sonrisa inundó el rostro de Bob—. No te veía desde... bueno, desde el equipo de los Catamount, por lo menos...

—¡Uau! ¿No era algo fabuloso? —Rocky se dio una palmada en el muslo y Leo eructó.

—Ya lo creo. Fue la única vez que ganamos. Aunque nunca pudimos ganar el campeonato. Oye, apártate del garaje, Rocky. Tu...

—Oh, siempre el mismo Bob. El mismo viejo bastardo. No has cambiado

nada.

Rocky miró por debajo de la visera del gorro de béisbol, con la esperanza de que fuera verdad, no obstante, parecía que el viejo Bob se había quedado totalmente calvo.

—¡Caray! —prosiguió—. ¡Qué te parece volver a encontrarte así! ¿Te casaste por fin con Marcy Drew?

—Ya lo creo. En el setenta. ¿Dónde estabas tú?

—En la cárcel probablemente. Oye, bocazas, ¿puedes inspeccionar a la criatura?

—¿Te refieres a tu coche? —repuso cauteloso.

—¡No, a mi pata de palo, tío! ¡Claro que mi coche! ¿Puedes? —rió Rocky.

Bob se dispuso a decir que no, pero Rocky no lo dejó hablar:

—Aquí un amigo: Leo Edwards. Leo, te presento al único jugador de baloncesto de Crescent High que no se cambió los calcetines en cuatro años.

—Encantado —dijo Leo, tal como le había enseñado su madre en una de las ocasiones en que no estaba borracha.

—¿Quieres una cerveza, Bob? —preguntó Rocky.

Bob se dispuso a rehusar, pero Rocky no lo dejó hablar:

—¡Aquí tienes para animarte! —exclamó, y abrió la lata. La cerveza, agitada por la carrera hacia el garaje de Bob Driscoll, manó sobre la muñeca de Rocky, que puso la lata en la mano de Bob. Bob sorbió rápidamente para evitar mojarse la mano.

—Rocky, cerramos a...

—Un momento, deja que haga marcha atrás. Tengo algo que pita ahí dentro.

Rocky encajó la marcha atrás, soltó el embrague, pasó el poste de gasolina y por fin metió el Chrysler en el garaje. Salió al instante, estrechando la mano de Bob como un político. Bob estaba desconcertado. Leo seguía sentado en el coche, bebiendo otra cerveza. También se estaba excitando. La cerveza le producía este efecto.

—¡Eh! —exclamó Rocky, dando traspiés entre un montón de piezas oxidadas—. ¿Te acuerdas de Diana Rucklehouse?

—Ya lo creo —contestó Bob, y sonrió involuntariamente—. Era aquella de los melones. —Colocó ambas manos frente a su pecho.

—Exacto, viejo zorro. ¡Has acertado! ¿Sigue en la ciudad?

—Creo que se marchó a...

—Siempre lo mismo. Las que no se quedan, se van. Puedes ponerme una pegatina de inspeccionado en el coche, ¿verdad?

—Verás, mi mujer me espera para cenar y como cerramos a...

—¡Caray!, no sabes cuánto me ayudaría que lo revisaras. Te lo agradecería de verdad. Podría ocuparme de la colada de tu mujer. Así lo haré, en la Nueva Adams.

—Yo estoy aprendiendo —dijo Leo, y volvió a eructar.

—Lavaría su ropa interior, lo delicado, lo que quieras. ¿Qué me dices, Bobby?

—Bueno, supongo que podría echarle un vistazo.

—¡Claro! —asintió Rocky, dando una palmada a la espalda de Bob y guiñándole el ojo a Leo—. El mismo Bob. ¡Qué hombre!

—Sí —suspiró Bob. Bebió un sorbo de cerveza y sus dedos grasientos cubrieron la mayor parte de la cara de Mean Joe Green—. Te has cargado el parachoques, Rocky.

—Ponlo bonito. El maldito coche necesita algo de *clase*. Pero es un grandísimo hijoputa sobre ruedas, no sé si me comprendes...

—Creo que sí...

—¡Oye, quiero que conozcas al chico que trabaja conmigo! Leo, éste es el único jugador de baloncesto de...

—Ya nos has presentado —repuso Bob con una sonrisa desesperada.

—¿Cómo está usted? —dijo Leo. Revolvió en busca de otra lata de Iron City. Unas líneas plateadas, como raíles vistos al sol de mediodía empezaban a cruzarse por su campo visual.

—... Crescent High que no se cambió...

—¿Quieres encender los faros, Rocky? —pidió Bob.

—Por supuesto. Faros estupendos. Halógenos o nitrógenos o qué sé yo. Tienen clase. Pon esas cositas en marcha, Leo.

Leo encendió los limpiaparabrisas.

—Muy bien —dijo Bob, paciente, y bebió otro trago de cerveza—. Y ahora los faros.

Leo los encendió.

—¿Largas?

Leo buscó el conmutador con el pie izquierdo. Estaba seguro de que se encontraba por allí, y por fin dio con él. Los faros iluminaron violentamente a Rocky y Bob, como si fueran a ser identificados por la policía.

—Menudos faros de nitrógeno, ¿no te lo decía yo? —exclamó Rocky—. ¡Condenado Bobby! Haberte visto es mejor que recibir un cheque por correo.

—Ahora los intermitentes —pidió Bob. Leo sonrió bobaliconamente a Bob y no hizo nada.

—Mejor que lo haga yo —dijo Rocky. Se golpeó la cabeza al sentarse tras el volante—. El muchacho no está muy fino. —Pisó el pedal del freno al tiempo que

tocaba los intermitentes.

—Bien... pero ¿no funcionan sin el freno?

—¿Acaso en el manual de inspección de vehículos dice que *tienen* que hacerlo? —repuso Rocky.

Bob suspiró. Su mujer le esperaba con la cena preparada. Su mujer tenía unos enormes pechos caídos y cabello rubio teñido. Su mujer era aficionada a los donuts por docenas, unas rosquillas que se vendían en la tienda Giant Eagle de la localidad. Cuando su mujer iba al garaje los jueves por la noche en busca de dinero para el bingo, llevaba el pelo enroscado en grandes rizadores verdes cubiertos por un pañuelo de gasa verde. Eso hacía que su cabeza pareciera una radio AM/FM futurista. Una vez, a eso de las tres de la madrugada, había despertado y contempló su cara de pasta de papel a la luz pálida de la farola de la calle, frente a la ventana de su dormitorio. Pensó en lo fácil que sería saltar encima de ella, meterle la rodilla en el estómago para que perdiera aire y no pudiera gritar, y estrangularla con ambas manos. Luego meterla en la bañera y descuartizarla como un carnicero y facturarla a nombre de Robert Driscoll, a lista de correos. A cualquier parte. A Indiana, al Polo Norte, a New Hampshire. O a Pensilvania. A Iowa. A cualquier parte. Podía hacerse. Bien sabía Dios que se había hecho en el pasado.

—No —respondió a Rocky—. Creo que no dice en ninguna parte que tienen que funcionar por sí solos.

Inclinó la lata y se zampó el resto de la cerveza. En el garaje hacía calor y no había cenado. Sintió que la cerveza se le subía a la cabeza.

—¡Eh, Bob está seco! —exclamó Rocky—. Dale otra lata, Leo.

—No Rocky, yo no...

Leo, que ya no veía claro, consiguió al fin encontrar una lata.

—¿Queréis más? —preguntó, y se la pasó a Rocky.

Rocky se la entregó a Bob, cuyas objeciones se acabaron al tener en la mano la fría lata. Llevaba la cara sonriente de Lynn Swann. La abrió. Leo erupió para cerrar el trato. Todos bebieron a la vez, por un momento, de las latas con caras de futbolistas.

—¿Y el claxon? —terminó preguntando Bob.

—Bien. —Rocky tocó el volante con el codo y se oyó un débil quejido—. La batería está un poco baja.

Siguieron bebiendo.

—¡Esa maldita rata era tan grande como un cocker! —exclamó Leo.

—El muchacho lleva una buena carga de Iron City —explicó Rocky. Bob asintió.

Esa discreta respuesta hizo gracia a Rocky, que se echó a reír con la boca llena de cerveza. Le salió un poco por la nariz y esto hizo reír a Bob. Rocky se sintió feliz al oírle, porque Bob parecía un saco de penas cuando llegaron.

Bebieron un poco más.

—Diana Rucklehouse —musitó Bob.

Rocky sonrió.

Bob soltó una risita ahogada y sostuvo las manos delante del pecho.

Rocky soltó una carcajada y separó sus manos del pecho un poco más.

Bob no podía contenerse:

—¿Te acuerdas de aquel retrato de Úrsula Andress que Tinker Johnson pegó al tablón de anuncios de la vieja señor Freemantle?

—Y repintó aquellas dos grandes... y por poco le da un ataque al corazón... —rió Rocky.

—Vosotros podéis reír —declaró Leo malhumorado, y erupió.

—¿Qué dice? —parpadeó Bob.

—Reír —insistió Leo—. Dije que *los dos* podéis *reír*. Ninguno de vosotros tiene un agujero detrás.

—No le hagas caso —dijo Rocky incómodo—. El muchacho no puede con su parte.

—¿Tienes un agujero detrás? —preguntó Bob.

—La lavandería —explicó Leo sonriendo—. Tenemos esas lavadoras grandes, ¿comprendes? Sólo que las llamamos ruedas. Son ruedas de lavar. Por eso las llamamos ruedas. Yo las cargo, tiro de ellas, las vuelvo a cargar. Pongo la mierda sucia, saco la mierda limpia. Eso es lo que hago, y lo hago con clase. —Miró a Bob con ojos de loco—. Pero por hacerlo tengo un agujero detrás.

—No me digas. —Bob lo miró, intrigado. Rocky se removió inquieto.

—En el tejado hay un agujero —siguió Leo—. Justo sobre la tercera rueda. Son redondas, sabes, por eso las llamamos ruedas. Cuando llueve entra agua. Gota tras gota. Cada jodida gota me cae encima... ¡plaf...! detrás. Ahora tengo un agujero allí. Así. —Con una mano representó un hueco hondo—. ¿Quieres verlo?

—¡Él no quiere ver esa mierda! —le gritó Rocky—. Estábamos hablando de los viejos tiempos, de aquí, y además no hay ningún agujero en tu maldito culo.

—Quiero verlo —dijo Bob.

—Son redondos, y los llamamos lavadores —explicó Leo.

Rocky sonrió y dio unas palmadas en el hombro de Leo.

—Deja de hablar de decir gilipolleces y busca a mi tocayo y me lo pasas, si es que queda alguno.

Leo miró la caja de cerveza, y pasado un momento le entregó una lata con la

efigie de Rocky Blier.

—¡Buen chico! —exclamó Rocky, otra vez de buen humor.

Una hora más tarde la caja estaba vacía, y Rocky pidió a Leo que fuese al pequeño supermercado de Paulina, por más. Para entonces, los ojos de Leo estaban enrojecidos como los de un hurón y la camisa se le había salido de los pantalones. Intentaba, con concentración de miope, sacar sus Camel de su camisa. Bob estaba en el lavabo orinando y cantando una canción escolar.

—No quiero ir andando hasta allá —declaró Leo.

—Claro, pero estás jodidamente borracho para conducir.

Leo anduvo en semicírculo, tratando aún de convencer a sus cigarrillos que salieran de la manga.

—Está... oscuro. Y frío.

—¿Quieres o no que nos revisen el coche? —siseó Rocky.

Había empezado a ver cosas raras. La más persistente era un bicho enorme envuelto en telarañas, allá al fondo.

Leo le contempló con sus ojos escarlata, diciéndole con voz rasposa:

—No es mi coche.

—Y no volverás a montarte en él si no vas a buscar esa cerveza... Ponme a prueba y verás si te engaño. —A continuación miró hacia el bicho muerto, allá en el rincón.

—De acuerdo —dijo Leo—. Pero no tienes por qué hacerte el duro conmigo.

Se marchó haciendo eses. Cuando finalmente regresó otra vez al calor y la luz del garaje, los dos hombres cantaban la canción escolar. Bob había conseguido a duras penas poner al Chrysler sobre el foso. Ahora andaba por debajo, estudiando el oxidado tubo de escape.

—Hay agujeros en tu viejo tubo —dijo.

—Ahí no hay ningún viejo tubo —aseguró Rocky, y ambos rieron.

—¡Aquí está la cerveza! —anunció Leo, dejando la caja en el suelo. Se sentó sobre un neumático y se quedó adormilado. En el camino de vuelta se había bebido tres latas para aligerar el peso.

Rocky cogió una y tendió otra a Bob.

—¿Qué? ¿Una carrera, como antiguamente?

—Vale —dijo Bob. Sonrió. Mentalmente, se veía en el asiento de un Fórmula 1, a ras de suelo. Un competidor con las manos en el volante, en espera de la bajada de bandera, el otro rozando su amuleto, el ornamento del capot de un Mercury del 59. Se había olvidado del viejo tubo de Rocky y de su mujer con sus

grotescos rizadores.

Destaparon las latas y las vaciaron de un tirón. Hacía un calor agobiante, y ambos dejaron caer las latas al suelo y levantaron los dos dedos a la vez. Sus eruptos resonaron como disparos de rifle.

—Por los viejos tiempos —dijo Bob con nostalgia—. Nada es ya como los viejos tiempos, Rocky.

—Ya lo sé —asintió Rocky, y buscó una frase profunda e iluminadora—: Nos vamos haciendo viejos, Bob.

Bob suspiró y volvió a eruptar. Leo, en el rincón, soltó una pedorreta y empezó a tararear una canción.

—¿Qué? ¿Probamos otra vez? —propuso Rocky entregando otra lata a Bob.

—¿Por qué no? Adelante, Rocky, muchacho.

La caja que había traído Leo estaba terminada a medianoche y la pegatina de inspeccionado estaba pegada en el lado izquierdo, algo torcida, del parabrisas de Rocky. Rocky había rellenado personalmente los datos antes de pegarla, anotando los números que figuraban en la tarjeta de circulación, grasienta y medio rota, que por fin había encontrado en la guantera. Había tenido que hacerlo cuidadosamente, porque veía doble. Bob estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas como un maestro de yoga, con una lata de cerveza delante de él. Miraba fijamente al vacío.

—Bueno, Bob, me has salvado la vida —dijo Rocky.

Dio una leve patada a las costillas de Leo para despertarle; Leo gruñó y se revolvió. Sus párpados se entreabrieron fugazmente y se cerraron, pero volvieron a abrirse cuando Rocky le dio otra patada.

—¿Aún no estamos en casa, Rocky? Aún...

—Venga, mueve el culo —dijo Rocky. Lo cogió por las axilas y le llevó medio a rastras hasta el coche y lo metió dentro empujándole—. Bien, volveremos cualquier día y lo repetiremos.

—¡Qué días aquellos! —dijo Bob; se le habían humedecido los ojos—. Desde entonces todo ha empeorado, ¿sabes?

—Lo sé —asintió Rocky—. Todo se ha ido al carajo. Pero tú sigue en la brecha y no hagas nada que yo no hi...

—Mi mujer y yo llevamos año y medio sin hacer nada —se quejó Bob, pero las palabras fueron ahogadas por el motor del Chrysler.

Bob se puso en pie y miró cómo el coche salía marcha atrás del garaje, arrancando unas astillas del lado izquierdo de la puerta.

Leo se asomó por la ventanilla, sonriendo como un idiota, y gritó:

—¡Ven cuando quieras por la lavandería, tío! Te enseñaré el agujero que

tengo detrás. Te enseñaré mis ruedas. ¡Te enseñaré...! —El brazo de Rocky se disparó como un gancho y lo metió dentro.

—¡Adiós, colega! —gritó Rocky.

El Chrysler hizo un *slalom* alocado alrededor de las tres islas de los postes de gasolina y salió disparado hacia la noche. Bob siguió mirando hasta que las luces traseras desaparecieron y después caminó pesadamente hacia el interior del garaje. Sobre su banco de trabajo resplandecía un ornamento cromado de algún coche viejo. Empezó a jugar con él y no tardó en echarse a llorar por los viejos tiempos. Mucho más tarde, pasadas las tres de la madrugada, estranguló a su mujer y a continuación prendió fuego a la casa para que pareciera un accidente.

—¡Vaya! —dijo Rocky a Leo a medida que el garaje de Bob se transformaba en un punto de luz a lo lejos—. ¿Qué te ha parecido? ¡El viejo Bob!

Rocky había alcanzado el grado de borrachera en que todo se había nublado excepto un diminuto punto de sobriedad en mitad de su mente.

Leo no chistó. A la pálida luz verde del salpicadero tenía el aspecto del lirón del cuento de Alicia.

—Está como un cencerro —prosiguió Rocky. Condujo por la izquierda hasta que el Chrysler volvió a colocarse a la derecha—. Y ha sido una suerte para ti... probablemente no recordará nada de lo que le dijiste. En otro momento podía ser distinto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No debes contar nada sobre la idea de que tienes un cochino agujero ahí detrás.

—Pero *tú* sabes que sí tengo un agujero detrás.

—Bueno, ¿y qué?

—Que es *mi* agujero, eso. Y hablaré de *mi* agujero siempre que...

Inesperadamente, miró hacia atrás.

—Tenemos un camión detrás. Acaba de salir de esa calle lateral. Sin luces.

Rocky miró por el retrovisor. Sí, allí estaba el camión y su forma era característica. Era un furgón de lechero. No fue preciso que leyera GRANJA CRAMER en el lateral para saber de quién era.

—Es Spike —dijo Rocky, perplejo—. ¡Es Spike Milligan! ¡Jesús, yo creía que sólo repartía por las mañanas!

—¿Quién?

Rocky no contestó. Una sonrisa tensa iluminó su rostro. No llegó a los ojos, que ahora estaban enormes y enrojecidos como lámparas de petróleo.

Súbitamente pisó el acelerador del Chrysler, que vomitó un humo azulado y subió, de mala gana, a ochenta.

—¡Eh! ¡Estás demasiado bebido para ir tan deprisa! Estás...

Leo calló de pronto como si hubiera perdido el hilo de su mensaje. Los árboles y las casas pasaban veloces, como manchas vagas en el vacío de las doce y cuarto. Dejaron atrás un *stop* y derraparon por encima de un saliente, quedando por un momento fuera de la carretera. Cuando cayeron de nuevo, el silenciador provocó chispas al rozar contra el asfalto. En la parte de atrás, las latas vacías entrechocaron ruidosamente. Las caras de los jugadores del Steeler de Pittsburgh rodaron de un lado a otro, esporádicamente iluminadas.

—¡Te he engañado! —exclamó Leo como un poseso—. ¡No hay ningún camión!

—¡Es él, y mata gente! —chilló Rocky—. He visto a su bicho allá, en el garaje. ¡Maldito sea!

Rugieron Southern Hill arriba, por el lado izquierdo de la carretera. Un coche que venía en dirección contraria patinó sobre la gravilla de la cuesta y cayó en la cuneta en su esfuerzo por evitarles. Leo miró hacia atrás. La carretera estaba vacía.

—Rocky...

—¡Ven a ver si me coges, Spike! —chilló Rocky—. ¡Intenta cogerme!

El Chrysler iba a cien, una velocidad que Rocky en un estado más sobrio no hubiera creído posible. Llegaron a la curva que conduce a Johnson Flat Road, sacando humo de los gastados neumáticos. El Chrysler chillaba en la noche como un fantasma, con las luces horadando la desierta carretera.

Inesperadamente, un Mercury 1959 salió rugiendo de la oscuridad, por la línea del centro. Rocky gritó y se cubrió la cara con las manos. Leo sólo tuvo tiempo de ver el Mercury perdiendo el ornamento del capó antes del choque.

A un kilómetro detrás de ellos, unas luces señalaron un cruce, y un furgón GRANJA CRAMER arrancó y empezó a acercarse a la columna de fuego y hierros retorcidos en medio de la carretera. Iba a poca velocidad. El transistor colgado del techo dejaba oír un blues.

—Ya está —dijo Spike—. Ahora nos vamos a casa de Bob Driscoll. Piensa que tiene gasolina en su garaje, pero no lo creo así. Éste ha sido un día muy largo, ¿no les parece?

Pero cuando se dio la vuelta, la parte trasera del furgón estaba completamente vacía. Incluso el bicho había desaparecido.

EL BRAZO

«El Brazo era más ancho en aquellos días», contó Stella Flanders a sus bisnietos durante el último verano de su vida, el verano antes de que empezara a ver fantasmas. Los niños la miraban con ojos expectantes, silenciosos, y su hijo Alden se volvió en el banco del porche donde estaba sentado, tallando. Era domingo y Alden no sacaba la barca en domingos por alto que estuviera el precio de la langosta.

—¿Qué quieres decir, abuela? —preguntó Tommy, pero la anciana no contestó; siguió sentada en su mecedora junto a la estufa apagada, con las zapatillas golpeando plácidamente el suelo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tommy a su madre.

Lois se limitó a mover la cabeza, sonrió, y los mandó a recoger bayas.

Stella pensó: Se le ha olvidado. ¿O acaso lo había sabido?

El Brazo había sido más ancho en aquellos días. Si alguien podía estar enterado, esa persona era Stella Flanders. Había nacido en 1884, era la más antigua residente de Goat Island, y nunca, ni una sola vez en su vida, había estado en el continente.

¿Amas? Esta pregunta había empezado a obsesionarla y ni siquiera sabía lo que significaba.

Y llegó el otoño, un otoño frío sin la lluvia necesaria para que los árboles adquirieran un color bonito, ni en Goat, ni en Racon Head al otro lado del Brazo. Aquel otoño, el viento sopló con notas largas y heladas, y Stella sintió resonar cada nota en su corazón.

El 19 de noviembre, cuando los primeros copos empezaron a caer de un cielo plomizo, Stella celebró su cumpleaños. La mayor parte del pueblo vino a verla. Hattie Stoddard, cuya madre había muerto de pleuresía en 1954 y cuyo padre se

había perdido en el *Dancer* en 1941, también la visitó. Vinieron Richard y Mary Dodge, Richard andando despacio, con su bastón, caminillo arriba, invadido por la artritis como por un pasajero invisible. Naturalmente, Sarah Havelock también; la madre de Sarah, Annabelle, había sido la mejor amiga de Stella. Habían ido juntas a la escuela de la isla, desde el primer curso al octavo, y Annabelle se había casado con Tommy Frane, que le tiraba del pelo en clase de quinto y le hacía llorar, así como Stella se había casado con Bill Flanders, que una vez le tiró todos los libros al barro (pero ella había conseguido no llorar). Ahora, tanto Annabelle como Tommy, habían desaparecido y Sarah era la única, de sus siete hijos, que quedaba aún en la isla. Su marido, George Havelock, conocido por todo el mundo como Big George, había muerto de una muerte horrenda en el continente, en 1967, el año que no hubo pesca. Un hacha había resbalado en manos de George, se había derramado sangre —¡demasiada!—, y tres días después hubo un funeral en la isla. Y cuando llegó Sarah a la fiesta de Stella y gritó: «¡Feliz cumpleaños, abuela!». Stella la abrazó con fuerza y cerró los ojos.

(¿Amas?)

Pero no lloró.

Hubo un enorme pastel de cumpleaños. Hattie lo había hecho con la ayuda de su mejor amiga, Vera Spruce. Todos los reunidos cantaron *¡Cumpleaños Feliz!* en un coro bastante fuerte para ahogar al viento, al menos por un momento. Incluso Alden cantó, que en el curso normal de la vida sólo cantaba *Adelante soldados de Cristo* y el *Gloria*, en la iglesia, y pronunciaba las palabras como todos los demás pero con la cabeza gacha y sus grandes orejas enrojecidas. En el pastel de Stella había noventa y cinco velas, e incluso oía el viento por encima de la canción, aunque su oído ya no era el de antes.

Le pareció que el viento la llamaba por su nombre.

«Yo no era la única», hubiera contado a los niños de Lois, de haber podido. «En mi tiempo había muchos que vivían y morían en la isla. En aquellos días no había barco correo; Bull Symes solía repartir el correo cuando lo había. Tampoco había ferry. Si uno tenía algo que hacer en tierra, vuestro hombre os llevaba en la barca langostera. Por lo que he oído decir, en la isla no hubo retrete con sifón hasta 1946. Fue precisamente el hijo de Bull, Harold, quien instaló el primero, al año siguiente de que un ataque de corazón se llevara a Bull mientras recogía las redes. Recuerdo haber visto cómo llevaban a Bull a su casa. Recuerdo que le trajeron envuelto en un hule, y cómo sobresalía una de sus botas verdes. Recuerdo...»

*Y ellos dirían: «¿Qué, abuela? ¿Qué recuerdas?»
¿Cómo les contestaría? ¿Acaso había más?*

El primer día de invierno, un mes o así después del cumpleaños, Stella abrió la puerta trasera para recoger leña y descubrió a un gorrión muerto en el umbral. Se agachó cuidadosamente, lo levantó por una pata y lo contempló.

—Helado —dictaminó, y algo en su interior pronunció otra palabra. Hacía cuarenta años que no veía un pájaro helado, desde 1938. El año en que el Brazo se heló.

Estremecida, se ciñó más el abrigo y tiró el gorrión muerto al viejo incinerador oxidado. Era un día frío. El cielo era de un azul limpio y profundo. En la noche de su cumpleaños cayeron doce centímetros de nieve, y desde entonces no había vuelto a nevar.

—No tardará mucho —dijo Larry McKeen, en la tienda de Goat Island, como si desafiara al invierno a mantenerse alejado.

Stella llegó al montón de leña, cogió una brazada y la llevó a la casa. Su sombra, nítida y bien recortada, la seguía.

Al llegar a la puerta trasera, donde había caído el gorrión, Bill le habló... pero el cáncer se había llevado a Bill hacía doce años.

—Stella —dijo Bill, y vio su sombra caer junto a ella, más larga pero igualmente recortada, la sombra de la visera, inclinada coquetamente a un lado, como siempre la había llevado.

Stella sintió que un grito se le helaba en la garganta.

—Stella —volvió a decirle—, ¿cuándo vas a venir al continente? Pediremos el viejo Ford de Norm Jolley y bajaremos a Bean's en Freeport para echar una cana al aire. ¿Qué te parece?

Se volvió bruscamente, dejando casi caer la leña, pero allí no había nadie. Sólo el patio trasero que bajaba por la ladera, luego la hierba salvaje, y más allá, al borde de todo, claro y magnífico, el Brazo... y más allá el continente.

«Abuela, ¿qué es el Brazo?», podía haber preguntado Lona... aunque nunca lo había hecho. Y ella habría dado la respuesta que cualquier pescador sabía de memoria: «un Brazo es la extensión del agua que hay entre la isla y el continente», dándoles pasteles de melaza y té caliente y muy azucarado. «Esto lo sé bien. Lo sé tan bien como el nombre de mi marido... y cómo solía llevar la gorra».

«¿Abuela? —diría Lona—. ¿Cómo es que nunca has cruzado el Brazo?»
«Cariño —le contestaría—, nunca vi ninguna razón para hacerlo».

En enero, dos meses después de la fiesta de cumpleaños, el Brazo se heló por primera vez desde 1938. La radio advirtió a los isleños y a los del continente que desconfiaran del hielo, pero Steve McClelland y Russell Bowie cogieron el patín especial de Steve después de una larga tarde dedicada a beber vino de Apple Zapple, y claro, el patín se hundió en el Brazo. Steve consiguió salvarse (aunque perdió un pie por congelación). El Brazo se quedó con Russell Bowie y se lo llevó.

En aquel 25 de enero hubo un funeral para Russell, Stella fue con su hijo Alden y éste pronunció las palabras de los himnos y cantó con su potente voz desafinada, antes de la bendición. Después, Stella se sentó, con Sarah Havelock, Hattie Stoddard y Vera Spruce al calor del fuego de leña de los bajos del ayuntamiento. Se celebraba una fiesta en memoria de Russell, en la que se servía ponche y unos pequeños bocadillos de queso de crema cortados en triángulos. Naturalmente, los hombres entraban y salían en busca de algo más fuerte que el ponche. La flamante viuda de Russell Bowie estaba sentada con los ojos enrojecidos y todavía impresionada al lado de Ewell McCracken, el capellán. Estaba embarazada de siete meses (sería el quinto), y Stella, medio adormilada al calor del fuego, pensó: No tardará en cruzar el Brazo. Se trasladará a Freeport o Lewiston y se pondrá a trabajar de camarera.

Miró alrededor, a Vera y Hattie, para enterarse de qué se hablaba.

—No, no me he enterado —decía Hattie—. ¿Qué *dijo* Freddy?

Estaban hablando de Freddy Dinsmore, el más viejo de la isla (dos años más joven que yo, pensó Stella, con cierta satisfacción), que había vendido su tienda a Larry McKeen en 1960 y que ahora vivía de su renta.

—Dijo que nunca había visto un invierno semejante —aclaró Vera sacando su labor de punto—. Dice que mucha gente enfermará.

Sarah Havelock miró a Stella, y le preguntó si recordaba otro invierno como aquél. No había vuelto a nevar desde aquel entonces; la tierra estaba tiesa, desnuda y oscura. El día antes, Stella había caminado unos pasos por el campo que había detrás, y la hierba que crecía allí se había partido con un ruido seco, como si se rompiera vidrio.

—No —contestó Stella—. El Brazo se heló en el treinta y ocho, pero fue un año de nieve. ¿Te acuerdas de Bull Symes, Hattie?

Hattie se echó a reír.

—Creo que todavía conservo el cardenal que me dejó en las posaderas en la fiesta de Año Nuevo del cincuenta y tres. ¡Vaya pellizco que me dio! Nunca supe por qué lo hizo.

—Lo hizo porque Bull y mi propio hombre cruzaron aquel año el Brazo a pie para ir al continente —explicó Stella—. Fue en febrero de 1938. Se calzaron zapatos de nieve y anduvieron hasta Dorrit's Tavern en Head, se bebieron un vaso de whisky y regresaron. Me pidieron que fuera con ellos. Eran como dos chiquillos que fueran a deslizarse en un tobogán.

Todos la miraban, asombrados. Incluso Vera la contemplaba con ojos muy abiertos, y Vera seguro que había oído la historia antes. Si uno iba a creer lo que se decía, Bull y Vera habían jugado a parejas, tiempo atrás, aunque resultaba difícil, mirándola ahora, creer que Vera había sido tan joven.

—¿Y no fuiste? —preguntó Sarah, viendo quizá el alcance del Brazo en su imaginación, tan blanco que casi parecía azul bajo el helado sol invernal, el brillo de los cristales de nieve, el continente cercano, Stella cruzando el Brazo, sí, cruzando por encima del océano como Jesús al bajar de la barca de los pescadores, saliendo de la isla por primera y única vez en la vida a pie...

—No —respondió Stella. De pronto deseó haber traído su propia labor de punto—. No fui con ellos.

—¿Por qué no? —insistió Hattie, casi indignada.

—Era el día de la colada —dijo secamente Stella, y en aquel momento Missy Bowie, la viuda de Russell prorrumpió en sollozos fuertes como rebuznos. Stella miró hacia ella y vio allí sentado a Bill Flanders, con su chaquetón a cuadros rojos y negros, la gorra ladeada, fumando un Herbert Tareyton, con otro sobre la oreja, para después. Sintió que el corazón le daba un vuelco y casi se ahogó en sus latidos.

Se le escapó un gemido, pero un leño crepitó en el hogar, y ninguna de las mujeres lo oyó.

—Pobrecilla —la compadeció Sarah.

—Se ha librado de ese zángano —masculló Hattie. Rebuscó en las negras profundidades de la verdad todo lo concerniente a Russell Bowie y lo encontró—. No era más que un vagabundo. Por lo menos se ha librado de *esa* carga.

Stella apenas oyó lo que decían. Allí seguía Bill, sentado, lo bastante cerca del reverendo MacCraken para pellizcarle la nariz; no parecía mayor de cuarenta, con las patas de gallo apenas marcadas bajo los hundidos ojos, con los pantalones de franela y las botas de goma, con los calcetines de lana gris doblados sobre la parte alta.

—Te esperamos, Stel —le dijo—. Cruza con nosotros y verás el continente.

Este año no necesitarás botas de nieve.

Y seguía sentado allí en los bajos del ayuntamiento, tan grande como era Bill, y luego otro leño crepitó y él desapareció. Y el reverendo MacCraken siguió consolando a Missy Bowie como si nada hubiera ocurrido.

Aquella noche, Vera telefoneó a Annie Phillips y en el curso de la conversación mencionó que Stella Flanders parecía no estar nada bien.

—Alden tendría un trabajo ímprobo para sacarla de la isla si cayera enferma —comentó Annie.

A Annie le gustaba Alden porque su propio hijo Toby le había dicho que Alden no bebía nada más fuerte que cerveza. Annie era una tenaz detractora del alcohol.

—No podría sacarla a menos que estuviera en coma —dijo Vera—. Cuando Stella dice «rana», Alden da un salto. Alden es muy corto, ¿sabes? Stella lo domina.

—¿Ah, sí? —murmuró Annie.

En ese momento se oyó un chasquido metálico en la línea. Vera pudo oír a Annie Phillips unos segundos más... no las palabras, sino el sonido de su voz que seguía hablando entre chasquidos, y después nada más. El viento había soplado con fuerza y las líneas telefónicas se habían caído, quizá por Godlin's Pond o a lo mejor en Borrow's Cove, donde entraban en el Brazo, forradas de goma. También era posible que se hubieran caído al otro lado, en Head... y algunos podían incluso decir (sólo en broma, claro) que Russell Bowie había sacado una mano helada y partido el cable, por hacer algo.

A pocos metros de distancia, Stella Flanders descansaba bajo su colcha de retales y escuchaba los ronquidos de Alden en la otra habitación. Escuchaba a Alden para no tener que escuchar el viento... pero seguía oyéndolo, oh sí, el viento que llagaba a través de la extensión helada del Brazo, algo más de un kilómetro de agua ahora cubierta por una placa de hielo, hielo con langostas por debajo, y meros, y quizá el cuerpo retorcido y bailarín de Russell Bowie, que solía ir cada mes de abril con su vieja motosierra Rogers a trabajarle el jardín.

¿Quién me trabajará la tierra, este abril?, se preguntó mientras estaba aterida bajo su colcha de retales. Y como en un sueño, oyó que su voz contestaba a su voz: ¿Amas? El viento arreció y sacudió la ventana. Parecía como si la ventana le hablara, pero volvió la cara para no oír las palabras. Y no lloró.

—Pero, abuela —insistiría Lona (ésa no se daba por vencida, era como su madre, y su abuela antes que ella)—, todavía no me has dicho por qué nunca cruzaste el Brazo.

—Porque, niña, siempre he tenido todo cuanto quería aquí, en Goat.

—¡Pero es tan pequeño! Nosotros vivimos en Portland. ¡Hay autobuses, abuela!

—Veo en la televisión todo lo que ocurre en las ciudades. Creo que me quedaré donde estoy.

Hal era más joven, pero en cierto modo más intuitivo; no insistiría como hacía su hermana, pero sus preguntas se acercarían más al fondo de la cuestión: «¿Nunca quisiste cruzar, abuela? ¿Nunca?»

Y ella se inclinaría hacia él y cogería sus manitas y le contaría cómo su padre y su madre habían venido a la isla poco después de casarse y cómo el abuelo de Bull Symes había tomado al padre de Stella como aprendiz en su barca. Le contaría que su madre había concebido cuatro veces, pero que uno de los niños no había llegado a buen fin y otro había muerto una semana después de nacer... habría salido de la isla si hubieran podido salvarlo en el hospital, pero naturalmente todo había terminado antes de que pudieran pensarlo.

Le contaría que Bill había ayudado a nacer a Jane, su abuela, pero no que cuando hubo terminado fue al cuarto de baño, donde vomitó y después se echó a llorar como una mujer histérica que tiene reglas especialmente dolorosas. Jane, naturalmente, había salido de la isla a los catorce años para asistir al instituto; las niñas ya no se casaban a los catorce años y cuando Stella la vio marcharse en la barca con Bradley Maxwell, cuya obligación aquel mes era llevar y traer a los niños, sintió en el fondo de su corazón que Jane se había ido para siempre, aunque volviera por cierto tiempo. Les contaría que Alden había llegado diez años más tarde, cuando ya no le esperábamos, y como si quisiera compensar su tardanza, allí estaba Alden, soltero de por vida, y Stella lo agradecía porque Alden no era muy inteligente y había muchas mujeres dispuestas a aprovecharse de un hombre algo retrasado y de buen corazón (aunque tampoco les diría esta última parte a los niños).

Les diría: Louis y Margaret Godlin concibieron a Stella Godlin, que después fue Stella Flanders; Bill y Stella Flanders concibieron a Jane y Alden Flanders; y Jane Flanders pasó a ser Jane Wakefield; Richard y Jane Wakefield concibieron a Lois Wakefield, que fue Lois Perrault; David y Lois Perrault concibieron a Lona y Hal. Éstos son vuestros nombres niños: sois Godlin-Flanders-Wakefield-

Perrault. Vuestra sangre está en las piedras de esta isla y yo me quedo aquí porque el continente está demasiado lejos para alcanzarlo. Sí, amo: he amado, o por lo menos he tratado de amar, pero el recuerdo es tan vasto y tan profundo, y no puedo cruzar, Godlin-Flanders-Wakefield-Perrault...

Éste fue el febrero más frío en mucho tiempo, y a mediados de mes la capa de hielo del Brazo no entrañaba peligro. Los pequeños vehículos para andar por la nieve zumbaban y a veces incluso volcaban cuando tomaban mal una pendiente. Los niños trataban de patinar, pero encontraban el hielo demasiado irregular, y como no era divertido regresaron a Godlin Pond, en el lado opuesto de la colina, no antes de que el pequeño Justin McCracken, el hijo del reverendo, encallara el patín en una grieta y se rompiera el tobillo. Le llevaron al otro lado, al hospital, donde un doctor que era propietario de un Corvette le dijo:

—Hijo, vas a quedar como nuevo.

Freddy Dinsmore murió tres días después de que Justin McCracken se rompiera el tobillo. Había enfermado de gripe a últimos de enero, no quiso que le viera el médico y le dijo a todo el mundo que se trataba de «un resfriado por ir a recoger el correo sin mi bufanda», se metió en la cama y murió antes de que nadie pudiera llevarle al continente para que lo enchufaran en todas aquellas máquinas que tienen dispuestas para casos como el de Freddy. Su hijo George, un bebedor de primera incluso a la avanzada edad de sesenta y ocho años, encontró a Freddy con un ejemplar del *Bangor Daily News* en una mano y su Remington, descargado, cerca de la otra. Al parecer había pensado limpiarlo antes de morir. George Dinsmore se fue tres semanas de juerga financiada por alguien que sabía que George iba a cobrar el seguro de su viejo papá. Hatti Stoddard fue diciendo, a todo el que quería oírla, que el viejo George Dinsmore era una vergüenza, y apenas mejor que un vagabundo.

Había mucha gripe. En aquel febrero, la escuela cerró dos semanas en lugar de una porque muchos alumnos estaban enfermos.

—La nieve no trae microbios —declaró Sarah Havelock.

Casi a final de mes, cuando la gente empezaba a mirar esperanzada la insegura comodidad de marzo, Alden Flanders enfermó también de gripe. La paseó casi una semana y por fin cayó en cama con cuarenta y pico de fiebre. Lo mismo que Freddy, se negó a ver al médico, y Stella se consumió, se preocupó y sufrió. Alden no era tan viejo como Freddy, pero en mayo cumpliría sesenta.

Por fin llegó la nieve. Un palmo, el día de San Valentín, otro palmo el veinte, y dos con un fuerte viento el día bisiesto, 29 de febrero. La nieve se extendía

blanca y rara entre la isla y el continente, como un prado blanco donde, desde tiempo inmemorial, sólo había habido agua turbulenta y gris en esta época del año. Varias personas fueron y volvieron andando. No eran necesarias las botas de nieve porque la nieve al helarse había formado un costra firme y brillante. También, a lo mejor, se bebían un vaso de whisky, pensó Stella, pero no en Dorrit's. Dorrit's había ardido de arriba abajo en 1958.

Y vio a Bill cuatro veces. Una vez le dijo:

—Deberías venir pronto, Stella. Iremos andando. ¿Qué te parece?

No pudo decirle nada. Se había metido todo el puño en la boca.

Todo lo que quería o necesitaba estaba aquí, les diría. Teníamos la radio y ahora tenemos la televisión, y con esto me basta respecto al mundo más allá del Brazo. Tuve un jardín año sí, año no. ¿Y langosta? Vaya, siempre tuvimos una olla de estofado de langosta sobre los fogones y solíamos sacarla y esconderla detrás de la puerta de la despensa, cuando venía el reverendo de visita para que no viera que comíamos «sopa de pobre».

He conocido buen tiempo y mal tiempo, y si alguna vez me pregunté cómo sería comprar en Sears en lugar de encargarse por catálogo, o entrar en uno de los supermercados que veo en la televisión en lugar de comprar en una tienda de aquí, o mandar a Alden al otro lado por algo especial como un capón para Navidad o un jamón para Pascua... o si en alguna ocasión hubiera querido estar en Congress Street, en Portland, y mirar cómo pasaba la gente en sus coches y por la acera, más gente de un solo vistazo que la que hay en toda la isla hoy en día... si alguna vez he querido todas estas cosas, después he querido esto más. No soy rara. No soy peculiar, ni siquiera excéntrica para una mujer de mis años. Mi madre solía decirme: «toda la diferencia del mundo está entre trabajo y necesidad», y lo creo de todo corazón. Creo que es mejor arar profundamente que en extensión.

Ésta es mi tierra y la amo.

Un día de mediados de marzo, con un cielo tan blanco y pesado como pérdida de memoria, Stella Flanders se sentó en su cocina por última vez, ajustó los cordones de las botas a sus delgadas pantorrillas por última vez, y se enroscó un chal de lana roja (un regalo de Navidad de Hattie, tres años atrás) al cuello por última vez. Debajo del traje llevaba un juego de ropa interior de Alden. La cintura de los calzoncillos le llegaba exactamente debajo de los desmañados vestigios de

pechos; la camisa, hasta las rodillas.

Fuera, volvía a levantarse viento y la radio dijo que por la tarde nevaría. Se puso el abrigo y los guantes. Después de pensarlo un momento, se puso un par de guantes de Alden sobre los suyos. Alden se había recuperado de la gripe y esta mañana él y Harley Blood estaban recomponiendo y reforzando una puerta de Missy Bowie, que había dado a luz una niña. Stella la vio y la pobrecilla era igualita a su padre.

Estuvo un rato frente a la ventana, mirando el Brazo, y allí estaba Bill, como había esperado, de pie a mitad de camino entre la isla y Head, de pie sobre el Brazo lo mismo que Jesús, llamándola, diciéndole con el ademán que se estaba haciendo tarde si se proponía ir alguna vez al continente en esta vida.

—Si eso es lo que quieres, Bill —murmuró—, bien sabe Dios que yo no quiero.

Pero el viento dijo otras palabras. Quería ir. Quería disfrutar de aquella aventura. Había sido un mal invierno para ella. La artritis, que iba y venía con irregularidad, había vuelto con fuerza, inflamando las articulaciones de sus dedos y rodilla con fuego rojo y hielo azul. Uno de sus ojos se había apagado y veía borroso (precisamente el otro día Sarah había comentado, con cierta inquietud, que la mancha roja que estaba allí desde que Stella cumplió sesenta años o así, parecía crecer a saltos). Lo peor era que le había vuelto aquel dolor que le desgarraba el estómago, y dos mañanas atrás se había levantado a las cinco y se había arrastrado por el suelo helado hasta el cuarto de baño, donde escupió un gran coágulo de sangre en la taza del retrete. Esta mañana también había vomitado algo de mal sabor, cobrizo y espantoso.

El dolor de estómago había sido intermitente en los últimos cinco años, a veces mejor, a veces peor, y casi desde el principio temía que fuese cáncer. Se había llevado a su madre y su padre, y al padre de su madre. Ninguno de ellos había vivido más de setenta años, así que suponía que había vencido a las estadísticas de los aseguradores.

—Comes como un caballo —le había dicho Alden, riendo, poco después de que le empezaran los dolores y de haber observado por primera vez sangre en sus deposiciones—. ¿No sabes que las viejas como tú deben comer como pajaritos?

—¡Déjame en paz o recibirás tu merecido! —respondió Stella alzando una mano hacia su canoso hijo, que se encogió, simuló miedo y gritó:

—¡No lo hagas, Ma! ¡Retiro lo dicho!

Sí, había comido bien, no porque quisiera hacerlo sino porque creía (como muchos de los de su generación) que si se daba de comer al cáncer, éste te dejaba en paz. Y quizá funcionó, por lo menos una temporada: la sangre en sus

deposiciones iba y venía, y hubo largos períodos en que no apareció. Alden se acostumbró a verla servirse por dos veces (o tres, cuando el dolor era especialmente fuerte), pero nunca aumentó de peso.

Ahora parecía como si el cáncer hubiera finalmente llegado a lo que los franceses llaman la *pièce de résistance*.

Fue hacia la puerta y vio el gorro de Alden, el que tenía las orejeras forradas de piel, colgado de una percha de la entrada. Se lo puso; la visera le llegaba a las canosas cejas. Después miró alrededor por última vez, para ver si se le había olvidado algo. La estufa estaba baja, y Alden había dejado otra vez el tiro demasiado abierto. Se lo decía y repetía, pero esto era algo que nunca llegaría a entender.

—Alden, cualquier invierno cuando yo no esté quemarás demasiada leña... — murmuró y abrió la estufa. Miró al interior y soltó un suspiro angustiado. Cerró de golpe y arregló el tiro con dedos temblorosos. Por un instante había visto a su vieja amiga Annabelle Frane entre las brasas. Su rostro era como en vida, hasta el lunar en la mejilla.

¿Annabelle le había guiñado el ojo?

Pensó dejar una nota a Alden explicándole a dónde había ido, pero pensó que quizá Alden lo entendería, a su aire, aunque lento.

El viento la zarandeó y tuvo que volver a ponerse el gorro de Alden antes de que las ráfagas se lo quitaran, para jugar, y se lo llevaran lejos. El frío parecía encontrar cualquier resquicio para meterse dentro de ella; un frío húmedo, cargado de nieve mojada y mal intencionada, propio de marzo.

Inició el descenso hacia la orilla, cuidando de pisar la ceniza y serrín que George Dinsmore había esparcido sobre el camino. Una vez, cuando George había conseguido el empleo de conducir el arado mecánico para la villa de Raccoon Head, pero durante la galerna del 1977 se había emborrachado con whisky de centeno y se estrelló, no contra un poste, sino contra tres postes de alta tensión. Durante cinco días el Head se había quedado sin luz, Stella recordaba ahora qué raro le había parecido mirar a través del Brazo y no ver más que oscuridad. Un cuerpo se acostumbra a ver aquel pequeño conjunto de lucecitas. Ahora, George trabajaba en la isla, y como no había arados, no se metía en ningún tropiezo.

Les diría esto:

En la isla siempre cuidábamos de los nuestros. Cuando Gerd Henreid tuvo una hemorragia en el pecho, todos economizamos en la comida para poder pagar su operación en Boston... y Gerd regresó con vida, gracias a Dios. Cuando

George Dinsmore derribó aquellos postes y la compañía le puso un gravamen sobre su casa, procuramos que la compañía recibiera su dinero y George tuviera un empleo que le mantuviera de cigarrillos y bebidas, ya que una vez terminada su jornada de trabajo no servía para nada más, pero mientras trabajaba lo hacía como un caballo. Esa vez se metió en el lío porque era de noche y por la noche era cuando George bebía. Su padre, por lo menos, le daba de comer. Ahora Missy Bowie tiene otro hijo. Quizá se quede y cobre la seguridad social aquí, pero es probable que no sea suficiente y necesite toda clase de ayuda. A lo mejor se irá, pero si se queda no morirá de hambre... Y escuchadme bien, Lona y Hal: si se queda podrá conservar algo de este pequeño mundo con el Brazo pequeño en un lado y el gran Brazo en el otro, algo que fácilmente perdería sirviendo desayunos en Lewiston, o donuts en Portland, o bebidas en el Nashville North de Bangor. Yo ya soy lo bastante vieja para no andarme por las ramas respecto a lo que es aquello: una forma de vivir, de ser... un sentimiento.

También habían cuidado de los suyos de otra forma, pero de eso no quiso hablarles. Los niños no lo comprenderían, ni siquiera Lois y David, aunque Jane se había enterado de la verdad. El niño de Norman y Ettie Wilson había nacido mongólico, con sus piecitos torcidos hacia dentro, y su cráneo calvo lleno de bultos, con los dedos pegados como si hubiera dormido demasiado profundamente mientras nadaba en el útero de su madre; el reverendo McCracken había ido y bautizado al niño, y un día después fue Mary Dodge, que ya entonces había traído al mundo más de cien niños, y Norman se llevó a Ettie colina abajo para que viera la barca nueva de Frank Child y aunque apenas podía andar, Ettie fue sin protestar, pero se paró en la puerta para mirar a Mary Dodge que estaba sentada, haciendo punto tranquilamente, junto a la cuna del niño idiota. Mary había levantado la vista y cuando sus ojos se encontraron, Ettie se echó a llorar. «Vamos —le había dicho Norman, turbado—. Venga, Ettie, vámonos». Y cuando regresaron, una hora más tarde, el niño había fallecido de muerte dulce, y no era una suerte que el niño no hubiera sufrido. Y muchos años antes de eso, antes de la guerra, durante la Depresión, tres chiquillas habían sido atacadas al volver de la escuela, atacadas donde no podía verse la herida, y todas contaron que un hombre les ofreció mostrarles un mazo de naipes que tenía un dibujo distinto en cada carta. Les mostraría esa maravillosa baraja, les dijo el hombre, si se metían con él entre las matas, y una vez entre la maleza el hombre dijo: «Pero tenéis que tocar esto primero». Una de las niñas era Gert Symes, que en 1978 sería votada como Profesora del Año en Mine por su trabajo en el instituto de Brunswick. Y Gert, que entonces contaba cinco años, dijo a su padre que al hombre le faltaban unos dedos en la mano. Otra de las niñas lo corroboró. La

tercera no recordaba nada. Stella se acordaba de que Alden había salido un día de tormenta, aquel verano, sin decirle a dónde iba, aunque se lo preguntó. Mirando por la ventana había visto que Alden se reunía con Bull Symes al final del camino y luego se les había unido Freddy Dinsmore, y abajo, en la playa, vio a su propio marido, al que había despedido aquella mañana con la fiambarrera bajo el brazo como siempre. Otros hombres se les unieron y cuando por fin se pusieron en marcha, contó una docena menos uno. El antecesor del reverendo McCracken estaba entre ellos. Y aquella noche, un individuo llamado Daniels fue encontrado al pie del cabo Slyder, donde las rocas asoman sobre el agua como los dientes de un dragón que se ahogara con la boca abierta. Este Daniels era un tipo que George Havelock había contratado para que le ayudara a colocar nuevas puertas en su casa y un motor nuevo en su camión Ford A. Procedía de New Hampshire y era convincente al hablar lo que le había valido otros trabajos cuando hubo terminado el de Havelock; y en la iglesia, ¡cómo cantaba! Se decía que, por lo visto, Daniels había estado paseando por Slyder's Point y habría resbalado, cayendo hasta el fondo. Se había roto el cuello y aplastado la cabeza. Como no había nadie que le conociera, fue enterrado en la isla y el reverendo, el antecesor de McCracken, pronunció el responso en el cementerio y dijo que Daniels había sido un gran trabajador y una gran ayuda aunque le faltaran dos dedos de la mano derecha. Luego volvió a leer la bendición y el grupo que fue al cementerio regresó a los bajos del ayuntamiento, donde bebieron ponche y comieron bocadillos de queso, y Stella nunca preguntó a sus hombres a dónde habían ido aquel día en que Daniels se cayó de Slyder's Point. Niños, les diría, siempre cuidamos de los nuestros. Teníamos que hacerlo, porque en aquellos días el Brazo era más ancho y cuando soplaba el viento y los rompientes rugían y la noche caía pronto, nos sentíamos muy pequeños... poco más que motas de polvo a los ojos de Dios. Así que era natural que nos uniéramos, unos y otros.

Juntamos nuestras manos, niños, y si alguna vez nos preguntamos por qué lo hacíamos, o si existía una cosa llamada amor, era sólo porque habíamos oído el viento y las aguas a lo largo de interminables noches de invierno, y teníamos miedo.

No, nunca sentí la necesidad de abandonar la isla, Mi vida estaba aquí. El Brazo, en aquellos días, era más ancho.

Stella llegó a la playa. Miró a derecha e izquierda y el viento agitó su traje como una bandera. Si hubiera habido alguien allí, habría avanzado algo más entre las rocas, aunque estaban cubiertas de hielo. Pero no había nadie y anduvo hacia el

muelle, pasado el cobertizo para las barcas del viejo Symes. Llegó a la punta y permaneció allí, un momento, con la cabeza levantada y el viento soplando entre las orejas del gorro de Alden.

Bill estaba allí, llamándola. Detrás de él, pasado el Brazo, podía ver la iglesia del Head, con su campanario casi invisible contra el cielo blanquecino.

Con dificultad, se sentó al final del muelle y después apoyó los pies en la capa de nieve. Sus botas se hundieron un poco. Se colocó bien el gorro de Alden —el viento estaba empeñado en quitárselo—, y echó a andar hacia Bill. Pensó en volver la cabeza y mirar atrás, pero no lo hizo. No creía que su corazón pudiera soportarlo.

Andaba, sus botas crujían sobre la costra de nieve y escuchaba el rumor del paso sobre el hielo. Bill seguía allí, un poco más lejos ahora, pero llamándola aún. Tosió y escupió sangre sobre la nieve que cubría el hielo. Ahora veía el Brazo extendido a ambos lados y pudo, por primera vez en su vida, leer el cartel de Stanton's Bait & Boat sin los prismáticos de Alden. Podía ver los coches que circulaban por la calle principal de Head, y se dijo asombrada: Pueden ir tan deprisa como quieren... Portland... Boston... Nueva York. ¡Imagínate! Y casi podía hacerlo, imaginar un camino que sencillamente avanzaba, sin tener en cuenta los límites del mundo.

Un copo de nieve pasó ante sus ojos. Otro. Un tercero. Pronto empezó a nevar ligeramente y ella anduvo a través de un mundo de un blanco brillante, delicioso y cambiante; vio Raccoon Head detrás de una cortina de gasa que a veces se aclaraba. Alzó la mano para volver a colocarse bien el gorro de Alden y la nieve metió la visera en sus ojos. El viento volvió a levantar remolinos de nieve y en uno de ellos vio a Carl Abersham, que se había hundido en el *Dancer* junto con el marido de Hattie Stoddard.

Sin embargo, muy pronto empezó a apagarse el brillo porque la nieve caía más espesa. La calle principal de Head fue apagándose, alejándose, hasta que desapareció. Durante cierto tiempo pudo distinguir la cruz que remataba el campanario y luego también se fue, como un mal sueño. Lo último en desaparecer fue el letrero amarillo y negro de Stanton's Bait & Boat, donde también vendían aceite para motor, papel matamoscas, sandwiches italianos y Budweiser para acompañar.

Después, Stella caminó por un mundo totalmente incoloro, un sueño blanco-grisáceo de nieve. Igual que Jesús-bajando-del-bote, pensó, y por fin volvió la cabeza para mirar atrás, a la isla, pero ahora la isla también se había ido. Podía ver la huella de sus pisadas retrocediendo, perdiendo la forma hasta que sólo podía verse la marca borrosa de los semicírculos de sus tacones... y después nada.

Absolutamente nada.

Pensó: El blanco me ha cegado. Debes tener cuidado, Stella, no llegarás nunca al continente. Caminarás dando vueltas en círculos cada vez mayores hasta agotarte y morirás congelada aquí fuera.

Se acordó de Bill diciéndole que cuando uno se pierde en el bosque, hay que imaginar que la pierna del mismo lado que tu mano hábil cojea. De lo contrario la pierna hábil te haría andar en círculos, sin que te dieras cuenta, hasta volver a encontrarte en el punto de partida. Stella no podía creer que fuera a ocurrirle esto. La radio había dicho que habría nieve hoy, esta noche y mañana, y en medio de una blancura como ésa ni siquiera sabría si volvía al punto de partida, porque el viento y la nieve fresca borrarían las huellas mucho antes de que pudiera volver.

Iba perdiendo la sensibilidad de las manos pese a los dos pares de guantes que llevaba, y hacía rato que ya no sentía los pies. En cierto modo esto era casi un alivio. La insensibilidad cerraba, por lo menos, la voz de su rabiosa artritis.

Stella empezó a cojear, obligando a su pierna izquierda a esforzarse más. La artritis de sus rodillas no se había dormido. Su pelo blanco ondeaba tras ella. Sus labios se habían apartado de los dientes (excepto cuatro, los demás eran todavía suyos) y miraba fijamente ante sí, esperando a que aquel letrero amarillo y negro se materializara en medio de aquella blancura flotante.

Pero no sucedió así.

Poco después, se dio cuenta de que la blancura esplendorosa del día había empezado a transformarse en un gris uniforme. La nieve caía con más fuerza. Sus pies seguían aún plantados sobre la costra, pero ahora avanzaba a través de varios centímetros de nieve. Miró el reloj, pero se le había parado. Stella comprendió que aquella mañana se había olvidado de darle cuerda por primera vez en veinte o treinta años. ¿O acaso se había parado definitivamente? Había sido de su madre, y lo había tenido que mandar, con Alden, un par de veces a Head, donde el señor Dostie se había maravillado y lo había limpiado. Su reloj, por lo menos, había ido al continente.

Cayó, por primera vez, un cuarto de hora después de empezar a observar que el día iba oscureciendo. Por un momento permaneció a gatas, pensando qué fácil sería quedarse allí, enroscarse y escuchar al viento, pero entonces la determinación que la había llevado a través de tantas dificultades se reafirmó, y se levantó con una mueca. Permaneció en pleno viento, mirando fijamente al frente, queriendo que sus ojos vieran... pero no vieron nada.

Pronto será de noche, pensó.

Bueno, se había perdido, de lo contrario ya habría llegado al continente. No obstante, no creía haberse desviado tanto que anduviera ahora paralelamente a la

costa, o incluso de vuelta a Goat. Una brújula interior, en su cabeza, le murmuró que se había pasado, así que torció hacia la izquierda. Creía estar acercándose a tierra pero en realidad seguía una línea diagonal que le resultaría cara.

La brújula indicaba que girara a la derecha, pero ella no le obedecería. Por el contrario, volvió a caminar de frente, pero esta vez sin la cojera artificial. Una tos espasmódica la sacudió, y escupió sangre en la nieve.

Diez minutos más tarde, (el gris era ahora realmente oscuro y se encontraba metida en la fantasmagórica media luz de una fuerte tormenta de nieve) volvió a caer. Intentó levantarse, y por fin lo consiguió. Se quedó tambaleándose en la nieve, apenas capaz de mantenerse en pie contra el viento, sacudida por oleadas de desfallecimiento que la hacían sentirse alternativamente pesada y ligera.

Tal vez todo el ruido que tenía en los oídos no era del viento, pero fue el viento el que al fin logró arrancarle de la cabeza el gorro de Alden. Tendió la mano para agarrarlo, pero el viento lo lanzó fuera de su alcance y sólo pudo verlo un instante rodando alegremente en la gris oscuridad, como un brillante punto naranja. Cayó en la nieve, rodó, volvió a alzarse y desapareció. Ahora su cabello se agitaba libremente.

—No importa, Stella —le dijo Bill—. Puedes ponerte el mío.

Jadeó y miró la blancura que la rodeaba. Sus manos enguantadas habían subido instintivamente hacia el pecho, y sintió que unas uñas aceradas le arañaban el corazón.

No vio otra cosa que membranas de nieve que se movían... y entonces, saliendo de la garganta gris de la noche, el viento chilló como la voz de un demonio en un túnel de nieve, y apareció su marido. Al principio era sólo un conjunto de colores moviéndose en la nieve: rojo, negro, verde oscuro, verde más claro; luego esos colores se transformaron en un chaquetón de lana con un gran cuello, pantalones de franela y botas verdes. Sostenía el gorro en la mano en un gesto que parecía casi absurdamente cortesano, y el rostro era de Bill, sin las huellas del cáncer que se lo había llevado (¿sólo de eso tenía miedo?, ¿de que una sombra descarnada de su marido se le acercara, una figura de campo de concentración, con la piel brillante y tensa sobre los pómulos y los ojos hundidos en las cuencas?), y ella sintió una oleada de alivio.

—¿Bill? ¿Eres realmente tú?

—Claro.

—Bill —repitió y dio un paso hacia él.

Las piernas la traicionaron y creyó que caería, que caería a través de él, porque después de todo era un fantasma, pero él la cogió en sus brazos, tan fuertes y firmes como aquellos que la levantaron para cruzar el umbral de la casa que

sólo había compartido con él y con Alden esos últimos años. La sostuvo y poco después sintió que le ponía firmemente el gorro en la cabeza.

—Soy yo —dijo—. Somos todos nosotros.

Entonces ella vio a los otros saliendo de entre la nieve que el viento dispersaba a través del Brazo en la creciente oscuridad. Un grito de felicidad y de miedo se le escapó al ver a Madeleine Stoddard, la madre de Hattie con un traje azul que el viento agitaba como una campana, y cogido de su mano estaba el padre de Hattie, no un esqueleto podrido en el naufragado *Dancer*, sino entero y joven. Y luego, detrás de esos dos...

—¡Annabelle! —gritó—. Annabelle Frane, ¿eres tú?

Era Annabelle; incluso en aquella luz sombría, Stella reconoció el traje amarillo que Annabelle lució el día de la boda de Stella, y al esforzarse por acercarse a su querida amiga, del brazo de Bill, pensó que olía a rosas.

—¡Annabelle!

—Ya casi hemos llegado, querida —le dijo Annabelle, sosteniéndola por el otro brazo. El traje amarillo que había sido considerado atrevido en su día (pero que, por fortuna para Annabelle y alivio de todos, no demasiado escandaloso) dejaba los hombros al descubierto, pero Annabelle no parecía sentir el frío. Su cabello, de un suave caoba oscuro, ondeaba al viento—. Sólo unos pasos más.

Cogió el otro brazo de Stella y volvieron a avanzar. Otras figuras fueron saliendo de la noche nevada (porque ya había caído la noche). Stella reconoció a muchos de ellos, pero no a todos. Tommy Frane se había unido a Annabelle; el gran George Havelock, que había muerto como un perro en los bosques, andaba detrás de Bill; también estaba aquel hombre que cuidó del faro de Head durante más de veinte años y que solía ir a la isla en los campeonatos de *cribbage* que Freddy Dinsmore organizaba cada febrero; Stella casi podía recordar su nombre. ¡Y allí estaba el propio Freddy! Andando a su lado, solo y asombrado, iba Russell Bowie.

—Mira, Stella —dijo Bill, y ella vio una masa oscura alzándose de las tinieblas como la proa astillada de varios barcos.

No eran barcos, sino rocas escarpadas. Había llegado a Head. Había cruzado el Brazo. Oyó voces, pero no estaba segura de que hablaran:

Dame la mano, Stella...

(¿quieres?)

Dame la mano Bill...

(¡oh!, ¿quieres, quieres...?)

Annabelle... Freddy... Russell... John... Ettie... Franck... dame la mano, dame la mano... la mano.

(¿amas?)

—¿Quieres darme la mano, Stella? —preguntó una voz.

Se volvió y allí estaba Bull Symes. Le sonreía afectuosamente, no obstante, sintió miedo por lo que vio en sus ojos y por un instante se apartó de él, acercándose a Bill, del otro lado.

—¿Es...?

—¿Si es la hora? —preguntó Bill—. Oh, sí, Stella, creo que sí. Pero no duele. Por lo menos, nunca lo oí decir. Eso ya pasó.

De pronto se echó a llorar —todas las lágrimas que nunca lloró—, y tendió su mano a Bill.

—Sí —le dijo—, sí quiero, sí quise, sí querré.

Y los muertos de Goat Island, formaron un círculo y el viento chilló alrededor, arrastrando nieve, y de ella surgió como una canción. Se alzó en el viento, y el viento se la llevó lejos. Entonces todos empezaron a cantar, como cantan los niños con sus voces finas y dulces cuando un atardecer de verano atrae la noche de verano. Cantaban, y Stella se sintió atraída hacia ellos y con ellos se fue finalmente a través del Brazo. Sintió un poco de dolor, pero no mucho; la pérdida de su virginidad había sido peor. Siguieron cantando y...

... y Alden no pudo contárselo a David y Lois, pero en el verano siguiente a la muerte de Stella, cuando llegaron los niños para sus dos semanas anuales, se lo contó a Lona y Hal. Les contó que durante las grandes tormentas del invierno, el viento parece cantar con voces casi humanas y que a veces casi le parecía entender: «Gloria a Dios, de quien vienen todas las bendiciones. Alabemos a Dios, nosotros criaturas de la tierra...»

Pero no les dijo (¡imaginen al torpe y poco imaginativo Alden Flanders diciendo semejantes cosas en voz alta, aunque fuera a los niños!) que a veces oía ese sonido y sentía frío aun estando junto a la estufa; que entonces dejaba su talla a una lado, o la red que intentaba remendar, pensando que el viento cantaba con todas las voces de aquellos que habían muerto y se habían ido... que estaban por algún lugar del Brazo y cantaban como los niños. Le parecía oír las voces y aquellas noches a veces dormía y soñaba que cantaba la doxología, invisible e inaudible, en su propio funeral.

Hay cosas que nunca pueden contarse, y hay cosas, no precisamente secretas, que no se discuten. Encontraron a Stella congelada en el continente, un día después de que la tormenta hubiera amainado. Estaba sentada en una especie de silla natural, de roca, a unos cien metros del límite de Racoon Head, helada,

pero tan compuesta como siempre. El doctor, propietario del Corvette, dijo que estaba desconcertada. Debió de recorrer unos cinco kilómetros, y la autopsia había revelado un avanzado proceso canceroso... ¿Iba Alden a contar a David y Lois que la gorra que llevaba no era la suya? Larry McKenn lo había reconocido. También John Benson. Lo había leído en sus ojos, y supuso que ellos lo habían visto en los de él. No era tan viejo como para olvidar la gorra de su difunto padre, su aspecto y los puntos en que la visera se había roto.

«Éstas son cosas propias para pensarlas despacio», habría contado a los niños, si hubiera sabido cómo hacerlo. «Las cosas hay que meditarlas mucho, mientras las manos hacen su trabajo y el café espera en un tazón de porcelana. Quizá haya preguntas sobre el Brazo: ¿cantan los muertos?, ¿aman a los vivos?»

La noche después de que Lona y Hal regresaran al continente, junto a sus padres, en la barca de Al Curry, con los niños de pie en la popa despidiéndose, Alden se planteó la cuestión, y lo de la gorra de su padre.

¿Cantan los muertos? ¿Aman?

Y en aquellas largas noches de soledad, con su madre Stella Flanders por fin en la tumba, a Alden le pareció que hacían ambas cosas.

NOTAS DEL AUTOR

No todo el mundo se interesa por la procedencia de los cuentos, y es perfectamente normal —uno no tiene por qué comprender el funcionamiento del motor para conducir un coche—, y tampoco precisan saber las circunstancias que rodean la creación de una historia para leerla con amenidad. Los motores interesan a los mecánicos; la creación de las historias interesa a los académicos, fans y curiosos (los primeros y los últimos son casi sinónimos, pero qué más da). He incluido unas breves notas sobre algunos relatos, los que creía podrían interesar a un lector normal.

Hay Tigres. Mi primera maestra en Stratford, Connecticut, fue la señora Van Buren. Era temible. Supongo que si hubiera aparecido un tigre y se la hubiera comido, yo me habría alegrado. Ya saben cómo son los niños.

El camión del tío Otto. El camión es auténtico, y también la casa; yo inventé la historia, mientras iba conduciendo, para pasar el tiempo. Me gustó, así que dediqué unos días a escribirlo.

El Brazo. El hermano pequeño de Bobby, Tommy, había estado en la Guardia Costera. Estaba destinado allá en el área de Jonesport-Beals, de la larga y accidentada costa de Maine, donde la principal obligación de los guardacostas consiste en cambiar las baterías de las grandes boyas y en rescatar a contrabandistas idiotas que se pierden en la niebla o encallan en las rocas. Allá hay muchas islas, e infinidad de comunidades isleñas, muy unidas. Me habló de una mujer que era la encarnación real de Stella Flanders, que vivió y murió en su isla. ¿Era la isla Pig? ¿Era Cow? No puedo recordarla. Me costaba creerlo. «¿Nunca *quiso* siquiera cruzar el continente?», le pregunté. «No; dijo que no quería cruzar el Brazo hasta que muriera», explicó Tommy. Yo desconocía el término Brazo, y Tommy me lo explicó. También me contó que los pescadores de langostas tienen una pregunta divertida sobre lo largo que es el brazo entre Jonesport y Londres, y lo mencioné en la historia. Se publicó por primera vez en

Yankee como «¿Cantan los muertos?», un título bastante bueno pero después de pensarlo he vuelto al título original.

Bien, no queda más que decir. No sé lo que piensan ustedes, pero yo, cada vez que llego al final, es como si despertara. Es un poco triste perder un sueño, pero todo lo que nos rodea, la realidad, me parece muy interesante, ¿no creen? Gracias por leer mi libro. Espero que hayan llegado sanos y salvos, y que vuelvan otra vez... porque, como dice ese mayordomo divertido en aquel extraño club de Nueva York, siempre quedan historias por contar.

STEPHEN KING

Bangor, Maine